

FRANDEMINO & CANSADO

EL ORGULLO DEL TERCER MUNDO



LA SERIE MÁS INNOVADORA DEL HUMOR ESPAÑOL

Lectulandia

«Para los artistas es muy importante la presencia del público, sobre todo para artistas como nosotros, que todo esto lo hacemos... por la pasta». Esta declaración irónica con la que suelen abrir sus espectáculos revela ya qué clase de humor es el de Faemino y Cansado: fresco, transgresor, surrealista, innovador.

El dúo se prodiga poco. Bien lo saben quienes tienen la suerte de asistir a alguna de sus actuaciones (y lo lamentan quienes se quedan sin entradas). De ahí la oportunidad de esta recopilación de su programa más recordado, el legendario Orgullo del Tercer Mundo, una serie que forma parte ya de la historia del humor en nuestro país.

Una joya para coleccionistas, un regalo para incondicionales y un feliz descubrimiento para quienes aún no saben lo divertidamente corrosivos que son Javier Cansado y Carlos Faemino.

Lectulandia

Faemino y Cansado

El orgullo del tercer mundo

ePub r1.0

jandepora 21.11.13

Faemino y Cansado, 2003

Editor digital: jandepora
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

U N

T R O

D U C

C I Ó N

FAEMINO Y CANSADO:

Beckett en la barra de un bar

La cosa es complicada para el joven periodista.

El individuo del bigote explica que cuando trabajaba en la calle siempre estaba cansado y que jamás le apetecía trabajar. Y que, por eso, se hace llamar Cansado. Afirma que, en realidad, no es muy original. El otro, el largo, asombra al periodista diciendo que lo de «Faemino» no es más que un concepto esdrújulo que le convenía especialmente. El periodista puede haber tomado tila: no importa, se volverá loco de todos modos. Añaden estos dos hombres «ignominiosos» que, al principio, se hicieron llamar Cansado y Faemino, pero como a veces los presentaban como «Calzado femenino», el asunto les creó algunos problemas. En cierta ocasión, un maestro de ceremonias se equivocó y les dio paso del siguiente y extraño modo:

—¡Faemino y Cansado!

Y así quedó. Cansado admite que, en realidad, ellos no tuvieron nada que ver.

El periodista no se rinde y, haciendo gala de su buen talante, pregunta por sus inicios artísticos, sus proyectos y sus objetivos. En principio hablan de Norma Duval y dicen no sentir remordimientos por haber trabajado con ella, después advierten que para el 2004 piensan hacer un trío con Montserrat Caballé. Respecto a sus objetivos, Faemino asevera, entre displicente y enojado, que jamás tuvo la pretensión de actuar en el Teatro Real «y sitios así».

La entrevista prosigue en estos términos, anunciando que Cansado es aficionadísimo al fútbol australiano y Faemino a la publicidad televisiva nocturna. El paroxismo, que ni siquiera Kierkegaard entendería —por citar sólo a uno de sus filósofos favoritos—, llega cuando hablan de sus fobias: Faemino detesta el hígado humano, y Cansado odia los protones. El periodista abandona la reunión, convencido de que la información es interesantísima y profunda.

Carlos Faemino y Rudy Cansado, Juan Carlos Faemino y Francisco Javier Cansado, Carlos Arroyo y Javier Pozuelo, o como quiera que se llamen, son los insensatos autores de este *Orgullo del Tercer Mundo*.

Siendo jóvenes —pero con estudios: a Cansado le molesta interpretar a un tendero de frutas, precisamente por eso, porque él tiene estudios...—, alguien les presentó, cuando Cansado vendía «de todo un poco» en un puesto del rastro

madrileño. A Faemino no le interesaba mucho el comercio ni los grandes *holdings*, pero permaneció junto a su amigo conversando de esto y de aquello, de Pepe Rubianes, de los Monty Python y de Les Luthiers. Como en el puesto del rastro no se vendía a espuestas y, además, no había mucho divertimento, los dos comenzaron a gritar y a dar alaridos. Recuerdan que vender, no vendieron nada, «ni un clavel», pero la gente se arremolinaba en torno al tenderete para observarlos. El estímulo del público les obligaba a continuar y aquél fue el primer número de Faemino y Cansado, en el que interpretaban un *sketch* simulando que eran dos vendedores en el rastro de Madrid.

Los dos cómicos advierten que *Los caballeros de la Mesa Cuadrada* (Monty Python and the Holy Grail, 1975, de Terry Jones y Terry Gillian) fue un hallazgo y supuso una verdadera revolución en su modo de entender el humor. El grupo argentino Les Luthiers^[1], que comenzó su andadura en 1967 y fue muy popular en España por su *Mastropiero que nunca* y *Por humor al arte* (1977 y 1983), les hizo ver, además, que había otros modos de entender el humor, de escenificado y de ofrecérselo al público. Javier Cansado, que ha procurado diversificar sus trabajos, comenzó escribiendo en revistas universitarias y realizando de este modo sus primeros intentos creativos, en la línea de lo que le sugerían los artistas citados.

En alguna ocasión se han referido a su humor como una mezcla de referencias cultas y populares, como si Beckett estuviera gamberreando en la barra de un bar madrileño. De Samuel Beckett se dice que su sentido del humor salva el nihilismo. Es difícil saber hasta dónde pretenden llegar Faemino y Cansado con su humor, pero es bien cierto que no se trata de un humor que siga los caminos trillados. Apelar a la inteligencia es una de sus prioridades —«uno sabe lo que sabe»— y continuamente dejan sentada su preferencia por lo absurdo. En este sentido, es curiosa una coincidencia: José Luis Coll ha declarado en varias ocasiones que la mayoría de la gente no acierta a vislumbrar lo absurdo de la existencia y del mundo; en parecidos términos se expresa Cansado —«La gente vive en el absurdo»—, pero advierte que ellos siempre parten de la realidad^[2]. El autor de *Esperando a Godot* en la barra de un bar.

En ocasiones definen su estilo como «realismo surrealista», aderezado con «conocimientos arcanos».

A partir de la fijación de los límites y en consonancia con su peculiar modo de hacer, comienza la investigación, los continuos viajes a Londres para aprender, para conocer el medio en el que han de desarrollar su humor.

Pero antes de llegar aquí, era necesario probarse. Una de las etapas más queridas por los dos humoristas fue la que desarrollaron como artistas callejeros. El reto consistía en ir al parque madrileño de El Retiro y hacer corro. Un breve espectáculo serviría para poner en claro si su estilo tenía algún futuro o no.

Algunos años después, siendo ya muy populares, volvieron a intentar la escenificación en El Retiro. Pero el público no lo comprendió: eran Faemino y Cansado, los que salían en la «tele». ¿Qué sentido tenía hacer un espectáculo gratis? Los espectadores se acercaban, querían hacerse fotos con ellos, interrumpían el *show* para pedirles autógrafos... Un desastre. Faemino y Cansado recuerdan que, cuando actuaban en el parque, tenían la pretensión de hacerlo en salas e, incluso, en la televisión, y cuando les llegó la fama, echaban de menos la libertad de hacer lo que les viniera en gana, con público que llegaba y se iba, o se reía con gusto en un espectáculo por el que no habían tenido que pagar una entrada.

El aplauso del público sirvió de acicate para probar en algunas salas madrileñas. Aquellos ochenta eran los años de la popular «movida» madrileña. No puede afirmarse que Faemino y Cansado pertenezcan a aquella tendencia —sobre todo musical— que revitalizó el arte popular en España, pero sin duda el dúo de humoristas aprovechó la efervescencia social en una época donde se admitía de buen grado cualquier innovación. Por ejemplo, los barrios de Lavapiés y de Malasaña estaban atestados de bares donde las bandas de música interpretaban, mal que bien, sus composiciones, y allí iban también actores, fotógrafos o pintores que pretendían dar a conocer sus obras. Uno de aquellos famosos lugares se llamaba —aún se llama— El Café del Foro, y por allí se dejaban ver los productores y los artistas consagrados en busca de nuevos talentos. Otro de los recintos clásicos de la época era el Café del Arte Nuevo.

La popularidad obtenida en las salas y en los cafés de la capital les lleva directamente a los estudios de TVE, donde participan en *Cajón desastre*, un programa infantil presentado por Miriam Díaz Aroca —siempre con patines, por aquellos primeros ochenta—, y dos años más tarde, en 1984, comienza uno de los programas míticos de la televisión en España: *La bola de cristal*. En aquellas mañanas de sábado se reunían, a las órdenes de Lolo Rico, los famosos electroduendes, Javier Gurruchaga, dos individuos de los que cabía desconfiar —Pedro Reyes y Pablo Carbonell, que también hicieron sus pinitos en el concurrido parque de El Retiro— y la musa de la modernidad madrileña: Olvido Gara, Alaska. Aquel programa se observa hoy como una verdadera revolución: las historias estaban basadas en cuentos clásicos, modificados convenientemente, se pasaban antiguos capítulos de *La familia Monster* o de *La Pandilla*, las canciones estaban compuestas por Santiago Auserón y se emitían cortinillas que invitaban a apagar la televisión: «Si no quieres ser como éstas...» —y aparecía un rebaño de ovejas— «... lee».

En aquella época, Faemino y Cansado ponían en escena algunos de los episodios más famosos de la Historia, muertes sangrientas, asaltos, envenenamientos... y ya contaban con el aprecio de los más jóvenes, y de los mayores, que permanecían ante la pantalla desternillándose de risa.

La pareja de cómicos encontró serias dificultades para llevar a cabo la grabación de la serie *El orgullo del Tercer Mundo* (TVE, 1993) que ahora se recopila. Faemino y Cansado lograron que, finalmente, el programa se grabara con presencia real de espectadores, una exigencia a la que los artistas no renunciaron.

El programa duraba media hora y se emitía por La 2 de TVE. Una de las claves tradicionales del humor es la repetición de momentos especialmente felices: Faemino y Cansado trataron de jugar con ello para burlarse de ese método. La estructura de los espectáculos era fija, y así se recoge en esta recopilación: presentación —con repeticiones y variaciones, y avances sobre el mismo tema—, el número del psiquiatra o la consulta, el número didáctico —con Kierkegaard incluido—, malabarismos o página musical, y el colofón con Arroyito y Pozuelón, que cuentan un chiste.

Los incondicionales esperaban el programa y disfrutaban especialmente con la parte final, cuando, a modo de fin de fiesta, aparecían Faemino y Cansado ataviados con sus brillantes chaquetas, roja y azul respectivamente, recordando a sus parientes Arroyo y Pozuelo, de Murcia, fumando y tomándose una copa de coñac. Durante un buen rato trataban de contar un chiste, pero se enredaban en discusiones:

FAEMINO. —Yo creo que hay dinosaurios. ¡En todos lados!

CANSADO. —En Siberia tiene que haber así, así... con el fresquito que hace en Siberia... Mamuses, diplodocus, pterodáctilos, pitecántropus. Todo eso tiene que estar lleno.

FAEMINO. —¡Claro! ¡El origen del hombre! ¿Cuál es? O sea, un microbio.

CANSADO. —Un microbio...

FAEMINO. —Claro. ¿Y luego qué es?

CANSADO. —Luego un reptil, asqueroso...

FAEMINO. —Claro. ¿Y luego qué es?

CANSADO. —Una sanguijuela.

FAEMINO. —Luego es un cuadrúpedo y ya el hombre.

Solían cerrar cantando una canción de Los Chunguitos: «¡Dame veneno que quiero la muerte, dame veneno, que antes prefiero la muerte que vivir contigo... dame veneno...!».

En los espectáculos reducen la escenografía al mínimo posible: un biombo, una mesa, una silla, las chaquetas, una pera... Conversan sobre asuntos como el perejil o un señor que trabajaba en una caja de ahorros de Madrid —sin querer dar publicidad—; podía aparecer el Gran Mimón o podían intentar una imitación, como la que hicieron de Txiqui Benegas cuando va al dentista.

—¡Y ahora sin anestesia!

Podía aparecer el gran Johnny Benítez, o podíamos ver a Faemino imitando a un

loro, o a cualquier otro animal o, en un más difícil todavía, podía admirarse a Cansado haciendo ventriloquía con una pera llamada María Elena:

CANSADO. —Bien, como hay un ambiente un poco gélido, vamos a romper el hielo. A ver, María Elena: ¿cuál es tu cantante favorito?

FAEMINO (*Escondido tras un biombo*).— ¡José Luis Perales!

(*Aplausos*)

CANSADO. —Gracias, gracias. Muchas gracias. ¿Y cuál es el cantante que menos te gusta?

FAEMINO (*Sigue escondido*). —¡Manzanita!

El número proseguía en el mismo tono: Cansado le preguntaba a la pera si era verdad que iba a rodar una película con Almodóvar. La pera, Faemino, contestaba que sí, que le habían hecho la oferta, pero la iba a declinar porque tenía que salir pelada. El número final de ventriloquia, por el que, según el propio Cansado, había obtenido el subcampeonato en un festival de La Rioja, consistía en que la pera cantase *Granada*.

Finalmente, cuando todo concluye, Faemino se asoma tras el biombo, mira al público y dice:

—¡Era yo la pera!

Visto o no visto (2001) y *Están aquí dentro* (2002) son sus últimos trabajos. El libro *Siempre perdiendo* (Aguilar, 2002) recopila los mejores momentos de su carrera humorística. Cansado colabora habitualmente en *La ventana* (Cadena SER) con Gemma Nierga, dirige y presenta *De nueve a nueve y media* (Cadena SER) y es articulista habitual en distintos medios de prensa. Por su parte, Faemino dedicó parte de su tiempo a la realización de un cortometraje que lleva por título *¿Quieres que te lo cuente?* (2001).

Los espectadores acuden a los teatros —pasaron algún año sin trabajar «por pura cabezonería»: decidieron que sólo actuarían en teatros— para degustar ese humor inteligente e irreverente con la inteligencia: «Se ha muerto el Fary». «¿Quién? ¿Ese insigne y polifacético cantante de tonadilla españooooola?». «No, hombre, no. ¡El científico!». «¡Ah! ¡Que le den po'l culo! ¡Me había asustao, macho!». Ni cuando actuaban para cuatro o cinco personas, ni cuando ahora actúan para teatros llenos a rebosar han pensado variar su modo de hacer. Los humoristas admiten que no son artistas de grandes multitudes, pero están satisfechos comprobando que cada vez que actúan en una ciudad las entradas se agotan. Por eso comienzan siempre agradeciendo al público su presencia, «porque para los artistas es muy importante la presencia del público, sobre todo para los artistas como nosotros, que todo esto lo hacemos... por la pasta, ¡gracias!».

Capítulo primero



CANSADO: —¡A bailar! ¡Toma, toma! ¡Viva el Calatayud! ¡Toma, toma...! Bien, muchas gracias de verdad por vuestra presencia aquí, porque para los artistas sois muy importantes. Como siempre digo, la presencia del público es muy importante, sobre todo para artistas como nosotros, que todo esto lo hacemos ¡por la pasta! ¡Gracias!

FAEMINO: —Y no tengáis miedo, amigos, no tengáis miedo, porque vuestro dinero va a ser muy bien utilizado, puesto que el chalé en la sierra no se paga solo...

C.: —Bien, muchas gracias, gracias de verdad, vamos a empezar ya el...

F.: —Y dicen que esto es fácil, macho... ¡Una mierda va a ser fácil! ¡Ay, qué retortijones! ¡Me dan punzadas!

C.: —Bien, vamos a empezar ya el programa de hoy. Hoy tenemos humor blanco...

F.: —¡Ja, ja, ja...! ¡Vamos a tener humor negro...!

C.: —¡Ja, ja, ja...! ¡Humor-cilla!

F.: —¡Ja, ja, ja...! ¡Humor blanco! ¡*Habemus papa...*!

C.: —Humor negro, no. ¡*Habemus papa...*! ¡Humor benigno! ¡Y, también, juegos de palabras! ¡Ay, qué buen humor tenemos! ¡Qué bueno! Bien, para que no cunda el desánimo, vamos a empezar ya el espectáculo, no sea que nos tiréis algo. Vamos a empezar con la presencia física, además, de dos científicos que nos van a solucionar algunos problemas. Con todos vosotros...

C. y F.: —¡Los científicos! ¡Fuerte el aplauso!

Los científicos

CANSADO: —O sea, unos científicos como nosotros, que resolvamos...

FAEMINO: —¡Vamos, vamos! Que estamos en el laboratorio tranquilamente haciendo nuestras cosas y ahora que nos llaman a resolver... ¡Vamos! ¡Que nos llamen a nosotros, que estamos en el laboratorio, vamos, con los tubos de ensayo y con las cosas...!

C.: —¡A resolver problemas de tráfico, vamos, que hemos tenido que dejar el laboratorio ahí, con todos los mecheros...! ¡Venga, encendido! Que a ver quién paga el gas...

F.: —¡Manga por hombro! ¡Venga por aquí, venga por allá, con el alcohol...! ¡Y nos mandan a arreglar el tráfico!

C.: —O sea, es que, claro, es que los alcaldes son unos burros, joer...

F.: —¡Burros, burros!

C.: —¿Es que no pueden ni resolver el tráfico, que tienen que venir dos

científicos a arreglarles el tráfico?

F.: —Están a su rollo, allí, y tenemos que venir a arreglarles el tráfico. Pues muy bien, pues muy bien, pues arreglamos el tráfico...

C.: —¡Profesionales! Lo mismo arreglamos...

F.: —¡Profesionales! Ocho que ochenta, nos da igual, sí señor, un roto que un descosío, nos da igual...

C.: —¡Profesor, perdone! ¡Profesor, perdone!

F.: —Es que... ¡El tráfico! ¡El tráfico! Pero bueno...

C.: —Profesor, es que dice: «No, es que en las grandes ciudades hay muchos atascos, y la gente no circula, hay muchos atascos». ¡Pongan ustedes los semáforos en verde, hombre!

F.: —¡Y ya está, y solucionado el problema! Pim pam, pim pam, todo el mundo circulando. O todo el mundo a trabajar a las cuatro de la madrugada, que no hay ni Dios.

C.: —Y cuando nosotros vamos a trabajar al laboratorio a las seis de la mañana... ¿Quién hay?

F.: —Nadie, nadie... ¡Pues todo el mundo a trabajar los domingos...!

C.: —A las seis de la mañana.

F.: —Pim pam, pim pam, y el tráfico ya está: y arreglado, arreglado...

C.: —No, es que, claro, «el tráfico es muy lento en las grandes ciudades, es que va mal, es que la velocidad media es muy corta»...

F.: —No, es que, jolín, claro, porque sí... porque no puede ser... porque ahora esto, lo otro...

C.: —¡Engrasen ustedes las calles con tocino!

F.: —¡Y ya está, y se acabó, con tocinito, con tocinito, producto nacional, que se vengán los finlandeses a comprarlo aquí! ¡Ya no hay gasolina! ¡Sólo hay tocino, aquí a comprarlo!

C.: —De todos modos, profesor, estamos dando soluciones parciales.

F.: —Sí señor, sí señor.

C.: —Pero lo que hay que buscar es una solución total.

F.: —Total... ¿qué podemos hacer, qué podemos hacer...?

C.: —Y se lo digo yo, ¿eh?, que soy una eminencia en el litio, pero vamos...

F.: —¿Éste? ¿Éste? ¡Usted es una eminencia en litio, sí señor, una eminencia! Y, sí señor, ¡este señor es una eminencia en litio! ¿Qué pasa?

C.: —Bueno, venga, vale, vale...

F.: —No, no, no, ¡que lo sepan, que lo sepan! Que tiene que estar usted aquí perdiendo el tiempo con el tráfico. ¡A este señor hay que hacerle un monumento! ¿Por qué? Porque es una eminencia en litio...

C.: —Venga, venga, profesor...

F.: —No, no, no, de verdad, no, que me da coraje, me da coraje, no señor. Este señor tiene que estar con su litio y no aquí, perdiendo el tiempo...

C.: —Profesor, profesor, venga, cálmese...

F.: —No, es verdad...

C.: —Tenemos que buscar una solución ¡total! al problema del tráfico.

F.: —¡Ya está!

C.: —¿Cuál es?

F.: —Suprimir la gasolina. Se acabó, no hay gasolina ya.

C.: —Pero eso es imposible, eso entra en consonancia con el orden mundial, le van a usted a pegar un tiro por decir eso, hombre. Eso no es solución, hay que buscar otra solución.

F.: —No hay gasolina, amigo. Bueno, está bien, cinco litros.

C.: —¿Cinco litros por persona? ¿Cada día?

F.: —¡Qué coño por día! ¡Por año! ¡Cinco litros al año, y ya van servidos!

C.: —Problemas.

F.: —¿Cuál?

C.: —Los taxistas.

F.: —¡Ahí va! Pues diez litros. A los taxistas, diez litros.

C.: —Cada día.

F.: —¡Qué cada día! ¡Cada año, y ya está! ¿O no? El problema del tráfico es de aquí, de cabeza, amigo.

C.: —Sí, eso es verdad.

F.: —Es un problema mental.

C.: —De todos modos, profesor, hay un problema añadido al problema del tráfico, que es el aparcamiento.

F.: —Sí, señor, el aparcamiento.

C.: —O sea, la gente, sí, bueno, circula y tal, pero ¿y el aparcamiento? ¿Qué podemos hacer para evitar el problema del aparcamiento?

F.: —El aparcamiento: ¿qué podemos hacer con el aparcamiento? ¿Qué podemos hacer? ¡Ya está! Que no aparquen. Prohibido aparcar; en la ciudad se prohíbe aparcar, todo el mundo rulando, pim pam, pim pam, pim pam...

C.: —¡Eso es! ¡Vamos, venga, venga! ¡Circula, tú! ¡Vamos, vamos! ¡A circular, a circular...!

F.: —¡Eeeh! ¿Qué está usted haciendo ahí, qué está usted haciendo ahí? Y ese tío aparcando... ¡Que no se puede, señor mío! ¡Venga, circulando, circulando! «Es que... mmm... tengo que dejar las gaseosas». Me da igual, ¡fuera! ¡Circulando!

C.: —Y si quieren aparcar de todos modos, que aparquen en los híper.

F.: —Sí, señor: en los híper, que ahí hay muchísimo sitio para aparcar.

C.: —¿Y para qué son los híper?

F.: —Para aparcar, para aparcar, sí señor.

C.: —Exactamente.

F.: —Para ir de compras y aparcar y pasar los domingos.

C.: —De todos modos, profesor, profesor, una cosa: y si de todos modos hay alguien que es un burro y aparca en la ciudad, ¿qué hacemos?

F.: —Pues se le sanciona, señor mío, ¿sabe cómo?

C.: —No.

F.: —No hay cocido. Y ya está.

C.: —¡Oye! ¿Y ese claxon?

F.: —¡Ahí va! ¡Un claxon!

C.: —Que hemos dejado el coche en doble fila...

F.: —El coche en doble fila...

F. y C.: —¡Eeeeh! ¡Un momentito, un momentito! ¡Ahora volvemos!

Cómo colarse en un museo

CANSADO: —¿Qué va, qué va, qué va?

PÚBLICO: —¡Yo leo a Kierkegaard!

C.: —Perfecto, bien. Bien, vamos a ofrecerlos... ¿cómo decir...? una fantasía de siempre: que os pillen en algún marrón. Cómo salir de él y cómo deshacer el entuerto: hoy vamos a explicaros, vamos a dar una explicación, de qué hacer si algún día, que, ¿cómo no?, os pillan colándoos en un museo. Cuando quieras, Carlos. Qué hacer si os pillan colándoos en un museo.

CANSADO: —¡Che, che, che!

FAEMINO: —¿Eh? ¿Qué pasa, qué pasa?

C.: —Es que le he estado mirando y veo que usted... se está colando aquí.

F.: —No, no, si voy ahí dentro, si voy a comprar carne...

C.: —No, pero aquí no se vende carne, ¿eh?

F.: —Sííí, voy a comprar chuletas, para esta noche, para comeeeeeeer, claro.

C.: —No, que aquí no se vende carne.

F.: —¿Ah no? ¿No se vende carne? ¿Ah no? ¿No?

C.: —Nooooo.

F.: —Y, entonces ¿esto qué es?

C.: —¿Esto? Es un museo.

F.: —¡Ah! ¿Un museo?

C.: —Síííí.

F.: —¡Ah! ¿Y qué es un museo?

C.: —Un museo es un edificio o local donde se exhiben sin afán de lucro y con afán divulgativo obras de arte tales como pinturas, armas, esculturas, monedas, etcétera.

F.: —Vale. Si voy dentro a comprar carne...

C.: —No, pero es que en el etcétera no se incluye la carne.

F.: —¿Ah, no? ¿Es que no hay carne ahí dentro?

C.: —Nooo.

F.: —Entonces, ¿qué hay ahí?

C.: —Pues hay, yo qué sé... esto es una pinacoteca, pinturas, pues hay, yo qué sé... un señor a caballo, un señor así, un señor asá, un faisán...

F.: —¿Un faisán? ¡Pues eso es carne!

C.: —No, pero, o sea, es carne pintada.

F.: —¿Carne pintada? ¡Pero eso es ilegal!

C.: —No, o sea, vamos a ver, es que es un bodegón, o sea, son lo que se llaman naturalezas muertas.

F.: —Ya, claro, claro... Ah, o sea, que entonces, ¿son como alimentos pintados?

C.: —Eso es, pero eso no se puede comer.

F.: —¿No? ¿No se come?

C.: —No, está todo caducado.

F.: —Ah. ¿Los pintores no se lo comían después? ¿Los pintores no comen o qué?

C.: —Bueno, los grandes artistas sí, pero los otros no comen muy bien.

F.: —Bueno, pues ya voy a pasar...

C.: —No, que no puede pasar usted, por favor.

F.: —Sí, déjeme pasar.

C.: —No. Si paga el tique, sí.

F.: —Sí, no, no... pero es que voy a pasar ya...

C.: —No, usted no pasa. Además, le voy a llevar al calabozo del museo.

F.: —¡No, no, no! ¡Ay, por favor! ¡No, no, no!

C.: —Sí, ahora mismo lo llevo al calabozo del museo. ¡Sí, al calabozo del museo!

F.: —No, qué va, qué va, qué va...

PÚBLICO: —¡Yo leo a Kierkegaard!

C.: —Ah, bueno, en ese caso... ¡Cuélese, cuélese!

Página musical: 'Of ladí, of ladá'

CANSADO: —Bien, queridos amigos, vamos a abrir la página musical: la página...

musical. Hoy vamos a atrevernos con el idioma de Shakespeare: vamos a cantar una canción en inglés, a nuestro nivel. Una canción de los Beatles que lleva por sitio, digo, título *Of ladí, of ladá*, o algo. Por favor, cuando la santa asistencia lo quiera, ¡adentro el *playback*!

TODOS: —*Es mojjajis perro in de market pleis,
moley is de single in de ben,
des mor sei tumole guer alaik yur feis,
aemole seis, disa secan beiguin ejem,
¡Hei! Of ladí, of ladá,
laf gouson ¡ba!,
laf bejan belaf gouson.
Of ladí, of ladá,
laf gouson, ¡ba!,
lafdela dela gouson.
Of ladí, of ladá, laf gouson,
¡Aaaah, lafdela dela gouson...
Of ladí, of ladá, lafgouson...!*
CANSADO: —*¡Zenkiu!*

Me como un cordero. Yo solo

CANSADO: —Bueno, aquí estamos en la parte izquierda del escenario, según miramos nosotros; según miráis vosotros, la parte derecha. Y las personas más avispadas ya sabrán que éste es el *sketch* de silla y mesa, el cual se desarrolla en el despacho de un psiquiatra. Yo hago de psiquiatra y Faemino... no. Y el *sketch* comienza inmediatamente.

FAEMINO: —*Pom, pom, pom.*

C.: —¿Sí? Adelante, pase usted.

F.: —¿Se puede?

C.: —Adelante.

F.: —¡Joder! ¡Vaya choza que tenemos aquí! ¿Eh? ¡Vaya, vaya! ¡Joé, qué muebles! Esto es caro, amigo, ¿eh? Aquí hay un dinero puesto, ¿eh? ¡Vaya, vaya! Me voy a sentar.

C.: —Bien, pues usted dirá.

F.: —¿Es usted el psiquiatra, tío melenas?

C.: —Sí, señor. Soy doctor en psiquiatría.

F.: —Muy bien, hombre, muy bien. Joer, cómo vive usted, ¿eh?

C.: —¡Doctor!

F.: —Ya, ya, ya, tío melenas. ¡Vaya aparato y vaya cosas que tiene! ¡Vaya teléfono! Esto no sale del sueldo, ¿eh? Vaya, tío melenas, muy bien, muy bien...

C.: —Bien, pues dígame usted si tiene algún problema...

F.: —¡Cuánto lujo y cuánta cosa pa' un tío melenas! Doctor, pero melenas.

C.: —Vamos a ver, vamos a ir un poco al grano, por favor: ¿cuál es el problema que le aqueja a usted? ¿Qué problema tiene y tal?

F.: —Puedo tener algún problema o a lo mejor no... ¡Se lo diré si quiero, tío melenas!

C.: —Usted viene a la consulta del psiquiatra porque tendrá algún problema y quiere que yo le ayude. Por favor, dígame qué le pasa.

F.: —A lo mejor el problema lo tiene usted...

C.: —Mire, si no le pasa nada, por favor, coja la puerta y márchese, por favor.

F.: —Nooo, no, si se lo digo, se lo digo ahora mismo... ¿Qué pasa? ¡Si me da la gana se lo digo! ¿Se lo digo?

C.: —Venga, dígamelo.

F.: —Vale. Que soy muy tímido.

C.: —¿Que es usted tímido?

F.: —Sí señor, soy muy tímido.

C.: —¿Y de qué provincia es?

F.: —Yo soy de Sepúlveda. De un pueblecito, bueno provincia... término provincial del mismo Sepúlveda. O yo qué sé, ¿no ve que estoy mal de la cabeza?

C.: —¿De qué pueblo es usted?

F.: —Pero ¿para qué lo quiere saber? ¿Le interesa? ¿O esto para qué es?

C.: —Es que tengo una hoja en blanco y quiero rellenarla, hombre.

F.: —¡Uaaahh! ¡Soy de Sepúlveda, de Segovia! ¿Qué pasa? ¡Uuaaaahh!

C.: —De Sepúlveda, de Segovia... Muy buenos corderos allí. Muy bien.

F.: —Sí, señor. Sí, señor.

C.: —O sea, que allí hay corderos, ¿no?

F.: —Sí, muchísimos. Más que personas.

C.: —Ya. Dígame: ¿cuál es su problema que tiene y tal...?

F.: —Mire usted, yo vivo en una casita de campo, y resulta de que por las noches oigo venir los camiones frigoríficos y que se quieren llevar a los corderos, y a mí me da mucha pena, y digo: «Voy a salvar a los corderitos, voy a salvar a los corderitos». ¿Y sabe lo que hago cuando llego allí? Intento salvarlos, pero se los han llevado a todos, y entonces cojo a uno pequeñito y me lo llevo. ¿Y sabe, en vez de salvarlo, lo que hago?

C.: —Me lo imagino.

F.: —¡Me lo comoooo! ¡Uuaaaah!

C.: —¿Se come usted un cordero lechal?

F.: —Sí señooooor.

C.: —¿Solo?

F.: —Me lo comooooo, síííí.

C.: —¿Seis kilos y se lo come usted solo?

F.: —¡Sí señor, sí señor! ¡Soy un bribón! ¡Uuaaaah! ¡Soy un majara y un bribón!
¡Uuaaaah! ¡Estoy mal de la cabeza...!

C.: —Es usted un majara indio de éstos, ¿no?

F.: —¡Sí señor, uaaaah! ¡Me lo como regadito de vino de Rueda que está
buenísimo, uaaah...!

C.: —Bueno, mire, eso hoy día no es problema, amigo.

F.: —... y llamo a mis amigotes y les digo: «¿Qué estáis haciendo, amigotes?». Y
dicen: «Nada». «Pues venirse a comer un cordero». ¡Uuaaaah!

C.: —Eso hoy día no es problema, con la técnica de hoy día no hay problema.
Mire, va a dejar usted de comer cordero y va a tomar, ¿a que no sabe qué?

F.: —Me lo imagino.

C.: —¡Verdura! Se va usted a hinchar a verdura.

F.: —Bueno, pues me ha salvado usted la vida. Muy bien, adiós jefe, adiós.

C.: —Adiós.

CANSADO: —Bueno pues, ya está resuelto el problema. Y entonces vamos a
acabar hoy, con... vamos a acabar con un... como siempre, hacemos un homenaje...

FAEMINO: —*Pom, pom, pom*. Perdona, perdona, ¿sabe usted un doctor que
había por aquí? ¡Ah, ah, perdón, es usted! Mire, es que no me acuerdo qué es lo tengo
que comer. O sea, ¿qué es lo que puedo comer y no comer?

C.: —O sea, tiene que comer cordero y no puede comer verdura.

F.: —Ah, ¿cordero?

C.: —Cordero sí, verdura no. No. Cordero no, verdura sí.

F.: —Vale, vale, gracias ¿eh?, perdona.

C.: —Bien, acabamos ya el espectáculo de esta noche con un homenaje,
homenaje a un...

F.: —*Pom, pom, pom*. Perdona, mire, es que como estoy muy desmemoriado y
estoy mal de la cabeza, lo voy a apuntar si no le parece mal: o sea, que lo que no
puedo comer ¿son?

C.: —Cordero, o sea: cordero no.

F.: —Cordero, muy bien.

C.: —Y verdura sí.

F.: —Verdura sí.

C.: —Mire, póngale una cruz a los corderos y un aspa a las verduras.

F.: —Vale, vale, una cruz y un aspa, vale... y perdona, ¿eh?

C.: —Bien, acabamos ya, no os preocupéis, acabamos con un bonito...

F.: —*Pom, pom, pom.* ¿Qué es lo que me dijo usted? Que no podía comer aspás, ¿no?

C.: —Vamos a ver, o sea: el aspá significa que no puede comer verdura.

F.: —¿Pero aspás puedo comer? ¿Si quiero?

C.: —Sí, o sea, sí, aspás puede hincharse.

F.: —Pero redondeles de éstos, no.

C.: —No.

F.: —Ni cruces tampoco. ¡Huyyyyy! ¡Cruces no!

C.: —No, no.

F.: —Adiós.

C.: —Adiós.

F.: —Perdone, ¿eh?

C.: —Bien, nos despedimos ya, queridos amigos, con dos cachondos mentales: dos tíos que cuentan chistes, ellos dicen que muy bien. Con todos vosotros, con todos ustedes, dos cachondos mentales que tienen el nombre de ¡Arroyito y Pozuelón!

Diez mil millones de pesetas

CANSADO: —Buenas noches a todos, de que buenas noches, lo cual que muy buenas noches, buenas noches a todos, de que...

FAEMINO: —Estoy que me muero, macho, ¡tengo un dolor! Dicen que debe ser del coñá. Digo: no. Será de la magdalena que me he tomado esta mañana.

C.: —Lo más seguro.

F.: —Que me ha hecho daño la magdalena.

C.: —Claro, seguro.

F.: —¡Va a ser de esto! ¡Esto es zumo, amigo!

C.: —Bien, buenas noches.

F.: —Un chorrito de alcohol, coño, pa' darle alegría, joer...

C.: —Buenas noches a todos, lo cual que... o sea que...

F.: —Tengo más colesterol que éste, vamos, más que tú cien veces.

C.: —Ya lo sé, o sea que la magdalena te ha sentado mal esta mañana ¿no?

F.: —Sí señor.

C.: —Vaya por Dios. ¿No habrá sido otra cosa?

F.: —Pues no sé, como no haya sido el redoxón o algo que me he tomado.

C.: —¿Has mezclado redoxón con magdalena?

F.: —Sí.

C.: —¿No sabes que está contraindicado? ¡Ay, madre mía! ¡Hay que leerse los prospectos!

F.: —Ah, bueno, habrá sido eso.

C.: —Los prospectos de la magdalena: «¡No tomar con redoxón!». «Posología: tómese una y nunca con redoxón...». ¡Huyyyy, que tenemos la cabeza encima de los hombros!

F.: —¡Sí! ¡Pero tengo más colesterol que túúúú! ¡Cien veces, durmiendo!

C.: —Bueno, muchísimas gracias. Vamos a contar esta noche...

F.: —¿Sabes que el otro día...? Macho, bueno, ¡insólito, macho! Resulta que el otro día va, me levanto por la mañana, llego, cojo, voy...

C.: —¿Quién, tú?

F.: —¡Yo, coño, sí! Ya ves, ¡menudo soy yo!, digo: «Me voy a levantar y ya está...».

C.: —... *Eight o'clock*.

F.: —¡Ya ves! Y, total, que llego aquí y empiezo aquí a peinarme, me empiezo a dar tirones aquí en el pelo... ¡Uuaagg! ¡Qué tirones, qué tirones y tal! Empiezo a tirarme y ¡bum!, y ¿sabes lo que tenía en el pelo?

C.: —Pues no.

F.: —Diez mil millones de pesetas. En el peine, macho, diez mil millones de pesetas. Ya ves.

C.: —¡Joder, no sé si decirte qué suerte o qué guarro!

F.: —¿Y a que no sabes lo que he hecho con ese dinero?

C.: —Pues supongo que lo habrás invertido en bonos o algo...

F.: —Digo: «¿Me voy de cañas o pongo un negocio...?». Y he puesto un negocio, amigo. ¿A que no sabes cuál? He comprado el aeropuerto.

C.: —¿El aeropuerto de Barajas?

F.: —Sí señor. ¿Y sabes lo que he hecho con él? Lo he tirado a tomar por culo. ¿Y a que no sabes lo que voy a hacer?

C.: —¿En su lugar?

F.: —En su lugar. Montar una estación de Renfe. ¡Coño, para la seguridad, joer, para que despeguen los aviones, coño!

C.: —¿Por los raíles?

F.: —¡Claro! A lo mejor empiezo perdiendo.

C.: —Sí.

F.: —Pero, oye, que en cuanto esto esté en marcha, ya verás...

C.: —A mí se me ocurre una crítica: o sea, para despegar, de puta madre, pero para aterrizar...

F.: —¿Yo me he metido contigo?

C.: —Nooo.

F.: —¡Pues entonces!

C.: —Pues yo, el otro día, me voy a una piscina... me voy a una piscina municipal... Arroyo, escucha esto, que tiene gracia... Me voy el otro día a una piscina municipal y me pongo el bañador del año pasado, y me lo empiezo a meter, y que no me entraba... y venga, y que no entra, que no entra, y yo... «joer, qué gordo estoy, qué gordo estoy...». ¿Gordo? ¡Qué va! ¡Que había diez mil millones puestos en el bañador, así...!

F.: —¡Qué suerte tiene el cabrón!

C.: —Ya ves. Digo: «No sé si irme de copas... comprar el aeropuerto de Barajas...». Y fui, y ya había un listo que lo había comprado... Y digo: «No. En vez de comprar el aeropuerto de Barajas, voy a comprar otra cosa más importante...».

F.: —Hombre, claro.

C.: —Y he comprado un chalé aquí en un barrio de Madrid, en un barrio residencial, en tanto en cuanto la gente vive... en San Blas. He comprado... he comprado un chalé en San Blas. ¿Y sabes lo que voy a hacer en el chalé?

F.: —Lo ignoro.

C.: —Voy a poner la colección de pinturas de Thyssen-Bornemisza. Y voy a hacer una guardería para que los chavales hagan manualidades con la plastilina, y que lo rompan para hacer así puzzles y cosas...

F.: —A lo mejor empiezas perdiendo pero...

C.: —Sí... No lo sé.

F.: —El otro día estoy comiendo pollo, ¡no me jodas...!

C.: —¿Sí? ¿Tú? ¿Pollo?

F.: —Sí, ya ves. Me levanto y digo: «Voy a comer pollo...». Y empiezo y digo: «¡Ahí va! ¡Me cago en la mar!». Un tendoncito de éstos que se me queda aquí, en la muela, ¿no?, y que ni pa'lante ni pa'atrás. Me voy al dentista. Digo: «Mire usted, que tengo aquí un tendón y tal, de pollo y tal, a ver qué puede hacer y tal...». Empieza a hurgar el tío... *ñññiii...* dice: «Bueno, está... ¡Oiga, señor mío! No le quiero a usted molestar pero ¿a que no sabe lo que tiene dentro de la muela?». ... ¡Once mil millones de pesetas! Pero calla... ¡en calderilla...!

C.: —¿Pero limpia o con sarro? ¡Qué asco!

F.: —¡Qué asco, por Dios! Y dice el dentista: «Perdone que le moleste». Y digo: «No, hombre, los dentistas nunca son molestia». Y, total, que cojo el dinero y digo: «¿Ahora qué hago? ¿Me voy de copas o qué?». Y rápido, como siempre, ya lo sabes...

C.: —¡Hombre...!

F.: —Digo: «Me voy a poner un negocio». ¿Sabes lo que he puesto?

C.: —Lo ignoro.

F.: —Una tienda de sanitarios. De estos de bideses. Cosas así, pero abierta sólo

por la noche. Sí señor, sí señor.

C.: —¿Veinticuatro horas?

F.: —Veinticuatro horas no, sólo por la noche, sí, sí, sí...

C.: —¿De guardia?

F.: —De guardia, sí señor... Portarrollos, bideses, papel higiénico... Todo eso, pero por la noche, y una hora para comer.

C.: —Pues a lo mejor empiezas perdiendo...

F.: —Ya pero... los negocios son así, amigo... Si no arriesgas...

C.: —Pues yo el otro día vengo de comprar una cosa, y llego a mi casa, me quito los zapatos, cojo las zapatillas de estar en casa, las chanclas, me las pongo y ¿a que no sabes qué había en las zapatillas?

F.: —Diez mil millones.

C.: —Cinco mil.

F.: —Ah.

C.: —Y digo: «Voy a mirar en la otra, a ver si...». Y entonces me acerco... ¡que la había cogido el perro, el chucho ese guarro, que...!

F.: —El guachi, guachi...

C.: —Ese asqueroso, sí. Y estaba allí...

F.: —Que no ha vendido ni un disco, el cabrón.

C.: —Nooo, ya, tú vas a ese tío, le coges, le dices: «Luis Cobos, ponle una batería aquí... chapumpum, y a lo mejor...», bien. Conque busco y encuentro otros cinco mil millones. Hago cuentas y digo: «Cinco mil más cinco mil... ¡Diez mil!»...

F.: —Es que tú cuando te pones, macho...

C.: —¡Nos ha jodido! ¡Que tengo estudios secundarios! Y entonces digo: «Voy a poner un negocio». Y he comprado una cadena de televisión.

F.: —¡Coño!

C.: —Ésa del aspa, ésa de así...

F.: —Esto que es así una... ¿La de los corderos?

C.: —No, una que tiene una cruz, así...

F.: —¡Ah, sí! Una cruz, ya, y un redondel.

C.: —Sí.

F.: —Que hace *tinlililín lalalalalín*... ¿Ése?

C.: —Sí. Me la he comprado.

F.: —Ya. ¿Y qué vas a hacer?

C.: —Pues, de momento, la voy a desmantelar.

F.: —Pues mira...

C.: —Y voy a poner programas de esos buenos, con Manolo Escobar y con chavalas... y voy a ganar dinero. Lo que pasa es que no sé cómo llamarla.

F.: —Llámala Antena 3. ¿O no?

C.: —Bueno, sí.

F.: —¡Pues claro, coño! Es tu dinero ¿no? ¡Haz lo que quieras!

C.: —¡Por cierto, se nos ha hecho tardísimo! ¡Tengo el coche en doble fila!

F.: —¡Ahí va! ¡Pues nos tenemos que marchar! ¡Ahí va, el pito! ¡El coche en doble fila! ¡Oye, gracias, muchas gracias!

C.: —¡Oye, disculpad por este mal rato! ¡Perdonad...!

Capítul segund

CANSADO: —¡Muchas gracias! ¡Muchas gracias, querido público, por estar aquí esta noche con nosotros! ¡Un placer estar aquí, con todos vosotros! Queremos empezar...

FAEMINO: —¡Huy, y dicen que esto es fácil, macho...! ¡Una mierda, va a ser fácil!

C.: —Bien, esta noche tenemos preparado un programa magnífico, un programa que tiene cantidad de gente invitada...

F.: —Sí, hemos traído invitados enormes.

C.: —Vamos a tener invitados enormes, de todo tipo, de todas las artes, de todas las categorías.

F.: —Sí, hemos traído invitados del mundo de la política, como... ¡ja, ja, ja!

C.: —Del mundo de la economía viene el señor Paco, el de las rebajas, ¡ja, ja, ja!

F.: —Del mundo de la ciencia, un señor alto con gafas, bigote y bata, ¡ja, ja, ja!

C.: —Del mundo de la investigación y de la aventura, el gran Viernes, ¡ja, ja, ja!

F.: —Yo es que no le veo sentido, macho, es muy malo eso, ¡es muy malo!

C.: —No, es que es una pedantería.

F.: —¡Ah!, es que es una pedantería, ¡ja, ja, ja!

C.: —Tenía que haber dicho el gran Robinson.

F.: —Robinson, ¡ah, bueno!

C.: —Robinson, el descubridor, el de la isla misteriosa, ¡ja, ja, ja!

F.: —No sigas, no sigas por ahí. No puedo más.

C.: —Esto es un programa plagado de buen humor que va a comenzar inmediatamente, así que, por favor, Carlos...

F.: —Yo me abro, yo me abro, gracias, yo me abro, adiós, me abro, adiós...

El Gran Mimón

CANSADO: —Bien, vamos a empezar esta noche, bienvenidos a un nuevo espectáculo de *El orgullo del Tercer Mundo*, vamos a empezar recibiendo con un fuerte aplauso, si queréis, o sea, vosotros veréis, al rey del gesto, al monarca, al... alguien que es expresivo por antonomasia; con todos vosotros, y solicito un fuerte aplauso: «El Gran Mimón».

Bien, vamos a ver, Mimón, ¿qué vas a hacer esta noche para el público? ¿Qué vas a hacer? (*Aquí no se ve, claro, porque el Gran Mimón es un mimo y actúa como con gestos*). Eeeeh... Un viaje, un gran viaje, bien, vale, un gran viaje, eeeh... ¿Adónde vas? Lejos... claro, como es un gran viaje, lejos, pero ¿adónde vas?... Lejos, sí, pero ¿adónde, adónde?... ¡A China! A China, sí, vas a China, vas a China, vale, a China,

sí, sí a China, o sea, a China, vale, vale, Mimón, te he entendido, te he entendido: es a China, es a China, vale, vale, vale Mimón, que es a China, vale, tranquilo que es a China, vale, lo he entendido. Bien, es a China. ¿Quién hace el viaje? ¿Quién sale de viaje...? Tú, ya, pero bueno ¿quién es el personaje que viaja? Eeeeh... un cuadro... ¡Ah, marco, marco, marco, marco...! ¡Un bombón helado! Un bombón helado no, un frigodado, no. ¿Un semáforo? No. ¿Un helado al corte? No. Un... se te va a derretir, macho... ¡Ah, un polo! ¡Marco Polo! Marco Polo, vale. Marco Polo va a... bien, gracias. ¿De qué es? ¿De limón? Eeeeh... vas a... ¿adónde vas? Marco Polo va a la China. Bien, va a la China, y ¿de dónde sales? De aquí, bien, vale. ¿Dónde es esto? ¿Dónde estás? En... Venecia, Venecia, bien, vale, vale. Venga, sales de camino de Venecia. ¿Por dónde vas? ¿Por dónde sales...? Por allí, bien, vale, vale. ¿Vas en... por ahí? Bueno, mejor. ¿Vas caminando? No, qué va, vas en coche... ¡Ah en camello! ¡Claro, vas en camello! Bueno, vas en camello y ya vas por Rusia. Vas por Rusia ¿no? Por la estepa rusa, ¿no? Sí, por la estepa rusa... ¡Sal de ahí, sal de ahí! ¡Márchate, márchate! Ya estás en... ¿Dónde vas ahora...? Al desierto de... Sí, ¡qué calor hace! ¡Qué horrible! ¡Qué sed...! No, vale, tú y yo, amigos, amigos, esto no... Tú y yo, amigos, amigos, vale, amigos. Estás en el desierto de... Ya, entonces... ¡qué sed, qué calor, qué horrible, qué mal lo estás pasando! ¿No? Ah, ¿si tengo fuego? Toma, vale. ¿Ya estás en China? Venga, entra en China. ¿No puedes pasar a China o qué? ¿No puedes pasar? ¿Por qué? Un castillo... Una gran ciudad... Un bastión... Un búnker... un... No, espérate, un... un... un... pum pum pum... ¿Quién es? Pum pum pum... ¿Quién es? ¡Ah, la muralla! La muralla, la muralla, vale, vale: estás en la muralla china, vale, okey, vale. ¿Y no puedes pasar? ¿No puedes pasar? Venga, pum pum pum... ¿Quién es? La paloma y el laurel, abre la muralla. ¿Qué ha pasado? ¿Ya estás en China? Joer... te ha quedado fantástica China, está muy bien. Sigue. Estás en China ya, bien. ¿Con quién vas a hablar entonces? ¿Con quién? Con... el emperador... Fumanchú, con el gran Fumanchú, bien, vale, bien... amigos, amigos, vale. Vamos a hablar con el gran Fumanchú. Vas a negociar con él ¿no? Venga, negocia. ¿Qué te da Fumanchú? ¿Qué es eso? Pólvora. ¿Y para qué sirve la pólvora? Ya, pero ¿qué le está dando? ¿Qué le está dando usted, Fumanchú, qué le está dando usted? Por favor, venga, otra cosa, que le dé otra cosa, que le dé otra cosa. A ver, ¿qué es eso? ¿Eso qué es? ¿Pegamento? Hombre, pero qué..., pero Fumanchú, por favor... ¿Qué le está dando al pobre muchacho? Hombre, ¡Fumanchú, por favor! A ver si tiene otra cosa, Fumanchú. ¿Eso qué es? ¿Seda? ¿Seda china? Mmmm... ¡Qué buena...! ¡Pero hombre, pero Fumanchú... que éste es un pobre joven que viene de Europa, pero hombre...! ¿Cómo le puede usted hacer esto? ¿Qué hacemos con Fumanchú ahora, qué hacemos con Fumanchú?

FAEMINO: —A tomar por culo Fumanchús.

Póngame una pirámide

FAEMINO: —¿Síííí?

CANSADO: —Buenos días, ¿es usted el notario?

F.: —Sí, sí, sí señor.

C.: —Es que venía a sentarme.

F.: —Muy bien, pues siéntese. Usted dirá, caballero.

C.: —¿Ustedes hacen testamento? Puesto que yo quiero hacer un nuevo testamento y quería saber si ustedes lo...

F.: —Pues sí, señor, sí hacemos testamento. Muy bien, ¿y qué tipo de testamento le interesa?

C.: —Pues mire, uno que esté bien de precio, que sea bueno, y que... vaya, que esté bien.

F.: —Muy bien, pues hemos recibido uno ahora mismo, uno japonés, muy bueno, ¿verdad?, que acaba de llegar ¿a que no sabe de dónde...? ¡De Japón!

C.: —Usted es el famoso notario Wasón, ¿no? ¿Qué le iba a decir yo? ¿Y está traducido este...?

F.: —Hombre, viene con traducción simultánea y eso, con cascos, casete o sea *compact disc*, láser, o sea de todos los elementos, sí señor, sí sí.

C.: —Perfecto. Y esto ¿por cuánto me saldría?

F.: —Pues por el diez por ciento.

C.: —El diez por ciento... ¿de qué?

F.: —Pues del porcentaje.

C.: —Bien, pues ya que estamos de acuerdo, pues dígame las condiciones y eso.

F.: —Muy bien. Bueno, vamos a ver: ¿a favor de quién quiere usted testar?

C.: —No, a favor de nadie.

F.: —Ah, no.

C.: —No, yo es que soy muy avaro. Yo quiero llevármelo todo a la tumba. Yo soy avaro, como Moliere, igual, igual.

F.: —Muy bien, ¿está usted casado?

C.: —Sí señor, muy bien casado. Tengo esposa y tres hijos.

F.: —Estupendo.

C.: —Pero no quiero dejarles nada de nada: que trabajen ellos como he trabajado yo.

F.: —Hace usted muy bien, estupendo.

C.: —Y habrá que nombrar albacea testamentaria...

F.: —¿Perdón?

C.: —Albacea testamentaria.

F.: —¿Y eso qué es?

C.: —Yo es que lo oigo en las películas y eso y...

F.: —Ah, bueno, eso sí, ya, lo puso de moda Madonna, ¿no? Sí, bah, nada, no, ni caso, eso viene de América, eso no nos interesa, no, no, fuera, fuera.

C.: —Bien, vale, pues estamos de acuerdo, me voy a acercar un momento a la funeraria, que estoy haciendo unas gestiones allí para la cosa de la tumba y esto y...

F.: —¿Que va a la funeraria? No, hombre, si nosotros nos encargamos de eso también. Sí hombre, si nosotros somos un *holding*.

C.: —¿Ah, sí?

F.: —Sí, sí, nos dedicamos también a los muertos y eso, sí, sí.

C.: —¿Ah, sí?

F.: —¿Los notarios? Sí, los muertos, todo, sí... *Holding*, sí señor.

C.: —¿Y tienen tumbas... y de todo lo que me haga falta?

F.: —Sí, sí. Mire, yo creo que lo que mejor se adapta a sus posibilidades es una pirámide.

C.: —¿Como los faraones?

F.: —Hombre, como los faraones, en sus posibilidades... O sea, una pirámide, vamos a ver: ¿usted dónde vive?

C.: —Yo vivo en la calle Gómez Honrubia, número 18, 2.º derecha, interior-centro. Espere, voy a repetir a ver si lo he dicho bien.

F.: —A ver.

C.: —Gómez Honrubia, número 18, 2.º interior-centro.

F.: —Eeeeh, vamos a ver: esto es céntrico, ¿verdad?

C.: —Sí, está en el centro.

F.: —Céntrico... Se aparcará mal...

C.: —Fatal. Bueno, en el garaje se aparca bien, pero...

F.: —No, pero puede valer, puede valer. Vamos a construir la pirámide en su pisito. ¿Cuántos metros tiene?

C.: —Setenta metros.

F.: —Huy, un poco pequeño. Un poquito pequeño. Es que con 75 nos apañábamos. ¿Usted se lleva bien con sus vecinos?

C.: —Sí, me llevo muy bien. Bueno, con los del 3.º C no me llevo muy bien, no. El 5.º derecha tampoco, porque su hijo un día se enfadó con el mayor mío. Con el bajo izquierda tampoco me acabo de llevar bien, con el del... Bueno, en general me llevo bien con ellos.

F.: —Bueno, pues entonces lo que vamos a hacer es utilizar el rellano de la escalera, para esos cinco metros que nos faltan. ¡Bum! Lo encasquetamos ahí. O sea: pirámide. Setenta y cinco metros cuadrados. Eeeeh... ¿tiene usted posesiones y eso?

C.: —Sí, bueno tengo un monísimo y coquetón apartamento en Torre vieja,

precioso, bueno, coquetón más que precioso, y tengo bonos del Estado, un taco así...

F.: —Bueno, muy bien, pues mire usted: el apartamento de Torre vieja lo vamos a tirar a tomar por culo, ¡pum!

C.: —¿Lo van a demoler?

F.: —Sí, lo vamos a derruir.

C.: —Me parece muy bien. Sí señor, y además que, ya que se pongan, demolan bastante pero no en Torre vieja: de muchos, muchos sitios.

F.: —Sí señor. ¿Y sabe qué le vamos a hacer con los cascotes? ¡El laberinto de la pirámide! Sí señor, sí señor. ¿Y con los bonos del Estado? ¡Le vamos a enterrar con ellos!

C.: —Perdone, perdone que haga un inciso: ¿y quién me garantiza a mí que ustedes van a ser legales y después van a hacer todo lo que están diciendo?

F.: —¡Hombre, por Dios! ¿Pero cómo puede dudar usted de este gremio? ¿Es que acaso usted cree que los notarios trabajamos por dinero? No señor: trabajamos por vocación. Vamos a ver: ¿cómo prefiere usted? ¿En caja, al aire libre o así envuelto tipo momia?

C.: —Hombre, yo creo que lo que se adecua es envuelto tipo momia... Y, ¿qué le iba a decir...? ¿Y cosas de comida y eso para el último viaje?

F.: —Bueno, pues tenemos el *lunch*, o sea, lo que es el *lunch* piramidal que le llamamos nosotros, consistente en leche de burra, fundamentalmente.

C.: —¿En *tetrabrik*?

F.: —No, no, lo traemos al aire, así en las manos, pone usted así las manitas...

C.: —A buchitos...

F.: —A buchitos... Se lo ponemos a buchitos, y le advierto que se estropea enseguida, la podríamos uperizar, pero no nos da la gana.

C.: —Bien, y... oye, ¿y cosas de maldiciones para los saqueadores de pirámides y eso, una maldición...?

F.: —Es que maldiciones, con lo ruin y miserable que es usted, le va a salir por un pico, ¿eh?

C.: —Eso sí, es que ruin soy cantidad.

F.: —Sí, sí.

C.: —¿Qué podríamos hacer?

F.: —No sé. Lo único que podríamos hacer es ponerle un felpudo en la entrada secreta de la pirámide, que en vez de poner «Bienvenido», ponga «Maldita sea mi estampa».

C.: —Bien. ¿Y eso me saldría mucho más caro?

F.: —No, no, no, esto va incluido. O sea, en el precio, lo que es todo el precio, va incluido la pirámide, los laberintos, la puerta, el felpudo y una llave.

C.: —¿Una llave?

F.: —Sí, una llave para la señora de la limpieza. Ya sabe usted que las pirámides cogen un polvo...

C.: —¿Y no podría ponerme algún animal? Así... para darle un poco de tipismo, un áspid... o algo así, un poco venenoso, un...

F.: —¿El qué? ¿Una bicha, una serpiente o algo?

C.: —Sí, unos toros de... algo así un poco...

F.: —Mmmm... Es que, es que no, ¿sabe?, porque es que antes poníamos serpientes, pero es que se quejaba la señora de la limpieza. Lo único que podríamos ponerle, a lo mejor, es un perro.

C.: —Un perro loco.

F.: —Un perráncano, un perráncano loco, chiquitujo.

C.: —Un perro de agua, de esos criminales, locos.

F.: —Locos.

C.: —No.

F.: —No, ¿no?

C.: —No, porque luego cuando me quede en los huesos...

F.: —Muy bien. ¿Y para cuándo quiere usted que procedamos?

C.: —Bueno, yo me estoy poniendo lánguido... y calculo que para finales de éste, para el 23 o 24, obitaré ya.

F.: —Pues, entonces, firme usted aquí, haga el favor.

C.: —Sí, hombre, cómo no, con su mismísimo gusto.

F.: —Ahí, sí señor. Ahora yo firmo aquí, eeeeh... Esto me lo como yo... y esto se lo come usted.

Página musical: 'Questa picolísima serenata'

CANSADO: —Muchas gracias. Vamos a abrir la página musical del día. Yo voy a cantar una canción dedicada a todas las señoritas, a todas las chicas, a todas las mujeres, a todas las señoras. Carlos va a tocar el saxo: dedicado a todos los varones, a todos los chicos, a todos los hombres. Y vamos a abrir, en definitiva, la página musical; espero que os guste.

FAEMINO: —Esto es página musical porque yo toco un instrumento. No tanto porque cante él sino porque yo toco un instrumento. Gracias.

C.: —Bien. Una canción muy romántica que lleva por título... Bueno, yo lo sé en italiano, *Questa picolísima serenata*. Prego. ¡Dentro!

*Questa picolísima serenata,
buchi-buchi bo, te voy a cantá,
un enamorado a la inamorata,
la susurrelá, la susurrelá.
Y voy a cortare un trochito di chelo,
perque regalare... sol pío di capelo
questa picolísima serenata,
lo voy a cantá,
un enamorado a la inamorata,
la chuchurrerá, la chuchurrerá,
la chuchurrerá, ¡la chuchurreráááá!*

A vueltas con los corderos

FAEMINO: —¿Qué hay, Cansado? ¿Qué pasa?

CANSADO: —Doctor Cansado.

F.: —¿Doctor Cansado?

C.: —Doctor Cansado.

F.: —¿Desde cuándo tú eres doctor?

C.: —Pues desde que ha empezado este *sketch*. Es que en este *sketch* yo hago de psiquiatra, hago de doctor. Además, date un poquito de prisa, que tengo cosas que hacer.

F.: —¡Ah, que tienes prisa...!

C.: —Vamos, ve un poco al grano, por favor, que tengo cosas que hacer.

F.: —Doctor.

C.: —Doctor.

F.: —No sabía yo que eras doctor.

C.: —Por favor, dígame usted: ¿cuál es su problema? ¿Cuál es el problema que tiene usted?

F.: —¿Quién? ¿«Usted»? ¿Me llamas de usted ahora? ¿Al cabo de los años me llamas de usted?

C.: —Pero, es que...

F.: —Nos conocemos hace la tira de años ¿y me llamas de usted? ¿A qué viene esto?

C.: —No, no... Estamos haciendo el *sketch* y yo no te conozco... ¡El *sketch*, tío! ¡No te conozco!

F.: —¿Que no me conoces?

C.: —No te conozco en el *sketch*.

F.: —¡Diez años por lo menos que llevamos juntos! ¡Cansado y Faemino!

C.: —Que no te conozco. ¡En el *sketch* no te conozco, tío! Venga, vamos a empezar otra vez, vamos a empezar otra vez. Tengo prisa, así que vamos a hacer un...

F.: —Vale, vale, vale.

C.: —Vamos a empezar.

F.: —Hola, doctor.

C.: —Pero vamos a empezar desde el principio, desde la puerta. Vete a la puerta...

F.: —¿Tienes prisa? ¿Tienes prisa?

C.: —Sí, tengo un poco de prisa.

F.: —Vale. *Pum, pum, pum*. Eeeeh, por favor, ¿puedo entrar? ¿Doctor?

C.: —Sí, ¿quién es?

F.: —Mire, soy un paciente, que vengo a tratarme. Faemino, ¿le suena?

C.: —No, no tengo ni idea, pase deprisa por favor, que tengo muchísima prisa.

F.: —Sí, yo quisiera pasar, pero es que aquí hay una señorita que me impide la entrada, puesto que dice que es su enfermera y no quiere que pase.

C.: —¡Jenifer, déjale pasar ya, por favor! ¡Venga!

F.: —«No, no, no le deajo pasar».

C.: —Venga, que sí, Jenifer.

F.: —«No, no, porque luego me dice usted que deajo pasar sin ton ni son a la gente».

C.: —Que nono, Jenifer, venga, déjale pasar.

F.: —«Bueno, vale. Le deajo, pero bajo su responsabilidad. Vale, vale. Hala, puede usted pasar». Gracias, Jenifer. Hola, doctor.

C.: —Bien, pues usted dirá qué problema tiene.

F.: —Empezando por lo primero, yo no tengo ningún problema, o sea, como Faemino, no tengo ningún problema.

C.: —Vamos a ver, si yo sé lo que te pasa.

F.: —Como paciente, pudiera ser, pero, como Faemino no tengo ningún problema.

C.: —¡Por favor! Si yo sé lo que te pasa, es que me lo sé de memoria, sé lo que te pasa, sé tu problemática: lo que pasa es que se tiene que enterar la gente, tienes que explicar lo que pasa.

F.: —Bueno, vale.

C.: —Que vienes de Segovia... de un pueblo de Segovia, que escuchas los corderos por la noche, que has escuchado a los corderos, venga a escucharlos, venga a escucharlos y que te da mucha pena...

F.: —¡Buaaaah...!

C.: —Venga, cuéntaselo.

F.: —¡No quiero! ¡Ya no quiero contarle! ¡Buaaahh...!

C.: —Por favor, cuéntaselo, venga.

F.: —No, ya no quiero contarle, me da igual. ¡Buaaahh...! Cuéntalo tú si quieres.

C.: —Él es que vive en un pueblo de Segovia.

F.: —De... sí; de... no, sí, no... De Arévalo, que es de Ávila.

C.: —Bueno, él vive en Ávila, o sea, en Arévalo, entonces tiene un problema: él se va de marcha y es insomne, no puede dormir en las discotecas por la noche.

F.: —Sí, soy un insomne y un miserable.

C.: —Y es un miserable. Entonces, cuando se va a casa, se pone a dormir, venga a dormir, venga a dormir, y, de pronto, hay unos ruidos de corderos que le despiertan.

F.: —Sí, de corderitos pequeñitos. ¡Buaaahh...! Unos corderos así de pequeños.

C.: —Hay unos corderos muy pequeñitos que le despiertan. Entonces, él se levanta y ve a una gente del matarife de los corderos, de esto... ¿cómo es la palabra?, ¿cómo es la palabra esta donde van los corderos...? ¡Al matadero!

F.: —¡Al matadero! ¿Qué pasa?

C.: —Matadero, y entonces coge, se va al matadero y dice: «¡No matéis a los corderos!». Y coge un lechal y se lo lleva al campo, atraviesa campo.

F.: —No, campo atraviesa, no. Por un bosque atraviesa.

C.: —Se va por un bosque atraviesa.

F.: —¡Buaaah! ¡Me lo como, me lo como y lo riego de vino de la tierra! ¡Aaaahhh! ¡Y en vez de salvarlo, me lo como! ¡Soy un miserable y un baboso! ¡Aaaahhh...! ¡Y me lo zampo! ¡Aaaahhh...! ¡Y llamo a mis amigotes, y les digo: «Venirse que nos vamos a comer un corderito, que en vez salvarlo junto con los otros me lo he zampao»! ¡Aaaahhh...! ¡Y soy un miserable! ¿Qué pasa? ¡Aaaahhh...!

C.: —Hombre, no te preocupes. Esto tiene arreglo muy fácilmente, no te preocupes. En vez de tomar cordero, vas a tomar verdura. Verdura. O sea, el cordero prohibido de tu dieta: solamente toma verdura.

F.: —Verdura.

C.: —Toma verdura, eso es.

F.: —Muy bien, pues me has salvado la vida.

C.: —Muy bien. Claro, si es que no son maneras de hacer un *sketch* así, no son maneras. Bueno, vamos a despedirnos ya. Vamos a despedir el espectáculo de esta noche con un homenaje...

F.: —Eeeeh... Perdón, doctor: ¿qué me dijo usted que no podía comer? ¿Cordero o qué?

C.: —No. Le dije que comiera cordero y que no comiera verdura.

F.: —Ah, vale: verdura sí, cordero... Vale, vale...

C.: —Bien, estaba antes explicando que vamos a acabar ya el espectáculo con un homenaje a nuestros tíos abuelos, Arroyito y Pozuelón, que estuvieron cuarenta años contando chistes y...

F.: —Perdón, doctor, una cosa, una duda: eeh... el cordero, ¿qué es? ¿Animal, vegetal o mineral?

C.: —El cordero es animal.

F.: —Animal. O sea, que animales no puedo comer.

C.: —Eso es. O sea, come más bien vegetales.

F.: —Vegetales.

C.: —Eso es.

F.: —O sea, minerales no puedo comer, tampoco.

C.: —¿Minerales? Bueno, bajo tu responsabilidad, sí.

F.: —Un poco de mica o algo, un... mármol, en fin, si me da la gana...

C.: —Sí, pero eso con tu responsabilidad.

F.: —Vale, de acuerdo.

C.: —Bien, eeh... Nos despedimos ya, insisto, con un homenaje póstumo...

F.: —Otra duda: el cordero, ¿qué es? ¿Sólido, líquido o gaseoso?

C.: —El cordero es sólido.

F.: —Ah, sólido.

C.: —Sólido, o sea...

F.: —Líquido no puedo tomar tampoco.

C.: —No. O sea, del cordero no puede tomar bajo ninguna especie. Nada.

F.: —Nada, ni licuado, ni un zumo de cordero.

C.: —Nada.

F.: —No. Vale, vale. Perdona, ¿eh?

C.: —Bien, estaba explicando antes que nos despedíamos ya esta noche con un homenaje póstumo a nuestros tíos abuelos. Ellos son de la Comunidad de Murcia, de Águilas. Es un pequeño pueblo pesquero y, bueno, espero que os lo paséis bien, es un... Dos cachondos mentales, gente muy divertida y muy simpática. ¡Con todos vosotros, Arroyito y Pozuelón!

El famoso chiste del muerto

CANSADO: —Buenas noches a todos. La verdad es que no sé por qué gozamos de tan buen humor, porque estamos muy mosqueados, es lo que se dice técnicamente, estamos...

FAEMINO: —¡Uuuuj! Me ha dicho el médico que deje el tabaco. ¿Y sabes lo que

voy a hacer?

C.: —¿Qué?

F.: —Dejarle a él.

C.: —Bien. Estamos hoy un poco lo que se dice técnicamente de mala leche, por circunstancias que no queremos amargarles a ustedes la velada...

F.: —Estamos de mal humor y vamos a respetar a las personas...

C.: —Sí. Y ya está. Y, oye, tenemos que hacer chistes... ¡pues hacemos chistes!

F.: —¡Porque estamos de muy mal humor!

C.: —Pero, por nosotros... mrggrffgrfdiós que no estaríamos por ahí, porque estamos de muy mala leche, francamente. Entonces, como estamos de muy mala hos... leche, perdón, vamos a contar un chiste que es de humor negro, que es lo que se adecua mejor, después de darle vueltas a nuestro estado de ánimo. Es un chiste de humor negro, que es el chiste del muerto, o sea de un muerto...

F.: —¡Muerto!

C.: —De un muerto de nicho.

F.: —Sí, porque estamos de mal humor.

C.: —¿Sabéis el chiste del muerto de nicho que está poseído? ¿No lo sabéis?

F.: —¿No lo sabéis? Bueno, pues os lo vamos a contar.

C.: —Os lo vamos a contar. Esto es un muerto de tumba... Bueno, sabéis que hay dos tipos de muerto: o sea, los muertos de tumba, que son los que viven bien, en su chalé unifamiliar y tal, y luego están los muertos de nicho, que son los que viven ahí en un tercer piso, que pagan comunidad y tal, como mosqueaos ¿no? Y esto es un muerto de tumba que va caminando por el cementerio, que es su hábitat, ¿no?, y va caminando...

F.: —Va, va... Los muertos ahí, tranquilamente... ¿Habéis visto, además, qué caras llevan los muertos? Que van así los esqueletos, van así... O sea, ¿y de qué se ríen los gilipollas? ¡Si están muertos! ¡Gilipollas! ¡Que están con los ojos que se les salen de las cuencas! ¡Uuuuhhh! Siempre como muy asombrados ¿no?, como muy pendientes de todo, a ver qué pasa, ¿eh?, a ver qué pasa, ¿te has fijado?

C.: —Conque... esto es un...

F.: —Con los ojos en las cuencas. ¡Uuuuuuhhh! ¿De dónde eres? ¿De dónde eres tú? Dice: «Adivínalo». Es un chiste inglés, que he hecho.

C.: —¿Sí? ¿Por qué? Porque era de... ¿no?

F.: —Un poco absurdo, ¡ja, ja, ja!

C.: —Ja, ja, ja. Bien, con que esto es un muerto de tumba que va caminando, pim pam, pim pam, pim pam...

F.: —Y eso que estamos de mala hostia, si no estuviéramos...

C.: —Sí, vale. Esto es un muerto de tumba que va caminando y se encuentra con otro muerto de tumba, que estaba así, de muy mal humor, también. «¿Qué te pasa,

muerto de tumba?». «No, que estoy muy mosqueao y tal, que he puesto un negocio y me va muy mal y tal». «¿Y de qué has puesto el negocio?». «Bah, no sé, estoy criando malvas y no me va bien y tal, no sé...». Y, bueno, sigue caminando el muerto...

F.: —«¡Venga, déjate! ¡Venga! ¡Vente conmigo y te invito a un copazo! ¡Venga, vente a la cantina del cementerio! ¡Venga, vente! Te vienes...».

C.: —«¿A qué? ¿A tomar un güisqui?».

F.: —«¡Qué coño güisqui! ¡Calcio! ¡Calcio! ¿No eres esqueleto? Bueno, venga... Tengo un calcio de doce años, doce *years*, que no veas, macho. Además, un calcio culero, de esos que se pegan en el... culero, vamos, pa' qué te voy a dar más señas, sí».

C.: —¿Y los pasan los esqueletos mismos por la aduana?

F.: —Sí, señor. Bueno, los cogen enseguida. Un buen aduanero se fija y dice: «Eh, che, che, esqueleto, esqueleto: ¿qué lleva ahí?».

C.: —¿Qué lleva ahí? «No, es Calcio-20. Yaaaa...».

F.: —«Y yo también soy Calcio-20».

C.: —Conque va nuestro simpático muerto de tumba caminando... Se nos ha olvidado decir también que hay muertos de pirámides, que ésos son los importantes.

F.: —¡Ah, sí! Ésos son los importantes. Bueno, ésos son los caros, los que van envueltos así en... ¿No habéis visto, envuelto y tal, un muerto de pirámide? ¿No? Sí, hombre... Que dice: «Voy a regalar algo para el día de la madre a mi madre, voy a un piso a ver qué compro o a una tienda o algo de regalos y tal ¿no?». Llega, pum: «Por favor, ¿me puede dar un muerto de pirámide pa' mi madre?». «¡Ay, es que no tenemos! Se nos han acabado porque tienen muchas salidas y tal, bueno y tal». «¿Cuánto cuestan?». Dice: «Pues cuestan... un ojo». ¿No habéis visto los precios... cómo vienen en los muertos de pirámides? Un ojo, un señor así, un águila...

C.: —Un ñu.

F.: —Un ñu, unas aguas así...

C.: —Conque, sigue nuestro simpático muerto de tumba...

F.: —Un búfalo...

C.: —Un búfalo de las aguas Osiris... Conque va caminando el muerto de tumba y va caminando y ya va llegando al final del cementerio y ya, al final, al final, pues hay un muerto de nicho, que está dándole patadas ahí al nicho... ¡paa!, ¡paa! Bueno patadas... pataditas, ¿no? Porque, si no, se va a fastidiar las falangitas y esas cosas, ¿no? ¡Paa!, ¡paa! Y dice: «¡Eh! ¿Qué te pasa, muerto de nicho?». Dice: «¿Qué me pasa? ¿Que qué me pasa? Pues que esto ni es vida ni es na'».

F.: —¿No lo habéis cogido? No lo habéis cogido. Bueno, es igual, que haya paz en el mundo. Gracias, gracias, esto ha sido todo, adiós.

C.: —Bueno, lo importante es tener... lo importante es tener salud, muchas

gracias.

F.: —Muchas gracias, adiós.

Capítulo tercero

The title 'Capítulo tercero' is rendered in a large, bold, black sans-serif font. The letters are partially filled with grayscale images of human faces. The 'o' in 'Capítulo' and the 'o' in 'tercero' contain a man's face with dark hair. The 'e' in 'tercero' contains a man's face with a mustache and a shaved head.

CANSADO: —Buenas noches, amigos. Muchas gracias por vuestra presencia aquí, porque para los artistas es muy importante la presencia del público, sobre todo para artistas como nosotros que todo esto lo hacemos ¡por la pasta!

FAEMINO: —Muy bien, bien dicho. Gracias amigos, si los aplausos son importantes, ¿cómo no?, también el dinerito, porque el recibo de la luz no se paga solo.

C.: —Bien, buenas noches, amigos. La verdad es que... estamos muy... muy contentos...

F.: —Joer... Y dicen que esto es fácil, macho. ¡Una mierda, va a ser fácil! ¡Ay, me dan punzadas aquí, en el bazo...!

C.: —Estamos muy contentos esta noche y tenemos invitados, mucha gente. Invitados, vamos a tener, en primer lugar, ni más ni menos que a una estrella del Greenpeace: ¡a Jonás y sus ballenas! ¡Ja, ja, ja...!

F.: —Muy bien, muy bonito... ¡ja, ja, ja...! ¡Vamos a tener también a Daniel, Daniel y sus simpáticos leones! ¡Ja, ja, ja...!

C.: —Este, este... ¡Paco de Asís y sus pájaros amaestrados! ¡Ja, ja, ja...!

F.: —Y el patrón de la Seguridad Social: ¡el Santo Job! ¡Ja, ja, ja...! ¡Ay, no sigas por ahí, ja, ja, ja! Pues, con este buen rollo y con esta simpatía, vamos a empezar. ¿Por qué? Porque yo ya me abro.

C.: —Bien. Vamos a empezar, como cada día, haciendo un ligero *sketch*, no es más que esto, un ligero *sketch* de silla y mesa. El *sketch* se llama «El mundo al revés de la Seguridad Social». Gracias.

El mundo al revés de la Seguridad Social

FAEMINO: —A ver, el siguiente doctor, que pase. ¡Venga, venga, venga, venga, rapidito, venga!

CANSADO: —Buenos días, señor paciente.

F.: —Vale, muy bien. A ver, ¿qué me pasa?

C.: —¿Me puedo sentar?

F.: —No. ¿Qué me pasa? Venga, deprisa.

C.: —Vamos a ver, es algo de... garganta.

F.: —Vamos a ver. No, frío.

C.: —Déjeme que me siente, por favor.

F.: —No. Bueno, siéntese, venga. Pero deprisa, vamos, venga, deprisita.

C.: —Vamos a ver... no es de garganta...

F.: —No, frío.

C.: —Es de... de algunas articulaciones. ¿De huesos? Algo de huesos, sí.

F.: —Vamos a ver... No, frío. No.

C.: —No es de huesos ni de garganta. Es algo de... malas digestiones. ¿Le duele el estómago...? ¿Y los intestinos delgados tienen...?

F.: —No, frío, frío, helado...

C.: —No...

F.: —Se está usted congelando. No.

C.: —No es interno, ¿no?

F.: —No.

C.: —No es interno... A ver, ¿cómo era, cómo se explicaban en la facultad...? O sea, que si no es interno es... ¡externo, externo!

F.: —Bueno, bueno, puede ser... Caliente, caliente, caliente.

C.: —Tiene usted un problema externo.

F.: —¿Eh? Bueno, caliente, caliente. Vamos a ver, caliente, deprisita, vamos, vamos.

C.: —Externo, externo... de la piel. Un problema de la piel.

F.: —Puede ser, caliente, venga... Se está usted calentando, venga, venga...

C.: —Tiene como manchas, ronchones, quemaduras...

F.: —Nooo, no, no. Está usted congelado.

C.: —Alergias...

F.: —No, no, no, congelado.

C.: —Bueno, pues, mmmm...

F.: —Venga, dese usted prisa, que hay otros doctores esperando, venga.

C.: —Pues... bueno, mire, ¿sabe lo que le digo? Que se va a tomar usted estas cápsulas, después de las comidas, se toma usted...

F.: —«Se va usted a tomar estas cápsulas, después de las comidas...», «se va usted a tomar estas cápsulas...».

C.: —Y vuelve dentro de dos meses.

F.: —«Y vuelve dentro de dos meses...», «dentro de dos meses vuelve». ¡Uaaaahhhh! ¡Aaaaahhh...!

C.: —Oiga, pero qué... ¿no le valen las cápsulas?

F.: —¡Nooo...! ¡Es de la cabeza, lo mío es de la cabeza! ¡Uaaaaah...! ¡Yo soy de un pueblecito, uaaaaah, de Segovia, y padezco insomnio, uaaaaah...!

C.: —¡Ah, insomnio...!

F.: —Sí, y me levanto por las noches, y de repente veo venir el camión de los mataderos frigoríficos... ¡Uaaaaah...!

C.: —Y se llevan a los corderos.

F.: —Sí, se llevan a los corderos, ¡uaaaaah!, y entonces yo soy un canalla que cojo a un corderito para salvarle, pero, en vez de salvarle, ¿sabe lo que hago?

C.: —Lo ignoro.

F.: —¡Me lo como! ¡Uaaaah...! ¡Me lo como con patatas, regado con vino de la región, de Rueda! ¡Riquísimo! Y con... y con leña de encina, ¿qué pasa?

C.: —Bueno, pues mire, la solución está muy clara: va a dejar usted de tomar cordero y va a tomar verdura, mucha verdura, tenga usted...

F.: —Pues me ha salvado usted la vida.

Otro número

CANSADO: —Os voy a contar esta noche una historia, bueno, que tampoco es historia, es una anécdota... paradójica. ¿Por qué es paradójica? Porque parece irreal pero, sin embargo, son dos números reales, ¡ja, ja, ja...! Esto son, eran, dos números reales, el 6 y el 9, que eran hermanos gemelos y se parecían muchísimo, sobre todo si se daban la vuelta. Su mamá no sabía diferenciarlos, entonces, ellos, cuando estaban en el instituto tenían una pandilla, pues la típica pandilla de cuando estaban en el COU, ¿no? Pues estaba así uno muy roto, muy roto... el 7; uno muy chulo, muy chulo... el 8; uno, el 214, que era más chulo que el 8, y eran una pandilla de jóvenes, pues... enrollaos ¿no? Pues estaban todos por la defensa de los números quebrados y cosas así ¿no? Y, entonces, pues todos pensaban en el futuro ¿no? Pues... «Y tú, NIF, ¿qué quieres ser de mayor?». «Pues yo quiero trabajar en Hacienda». «Vale». «¿Y tú, 080?». «Yo quiero ser bombero». «Bueno, vale». «Y yo quiero hacer negocio», decía el 903, ¿no? Y, pues les pasaba lo típico, ¿no? Pues un día estaban allí fumándose un porrito y tal y de pronto... «Apagarlo, apagarlo que viene el 091» y tal... Y la anécdota, que es lo que quiero contar, es que ellos se fueron de vacaciones una vez a un bello pueblo de la costa de Levante. Precioso. Y estaba allí la pandilla y llegó gente nueva, ¿no?, había uno así: «Ah estoy harto, la vida no me interesa, todo es una mierda...». «¡Pero coño, -4, no seas tan negativo!». Y había uno así, muy raro, con una, con una... así, extraño... «¿Tú cómo te llamas?». «Yo soy 3,1416, pero me podéis llamar “pi”». «Cursi, griego, que eres un cursi». Y, entonces, este verano el 6 y el 9, que eran hermanos, aquí viene la anécdota, se enamoraron ambos de la misma chica, de la... bueno, del tónico, del 15, ¿no?, la niña bonita, y que si yo, que si tú, que si con cuál, que con cuál nos quieres..., que tal..., dijeron: «Pues somos el 6 y el 9, pues... ¡nos hacemos un 69 y hala!». Y ya está. Y ésta es la anécdota.

Ejemplo práctico: Qué hacer para colarse en la cola de un cine

CANSADO: —Bien, hay gente que dice que... bueno, que este espectáculo no sirve para nada y que no tiene ningún interés. Y, bueno, es la verdad, pero nosotros queremos paliar esto de alguna manera: queremos ofrecer alternativas, y hoy vamos a daros una posibilidad de aprender qué hacer si os pillan, en alguna ocasión, colándoos en una cola de cine. Si os pillan en una cola de cine colándoos, pues podéis hacer esto que va a pasar ahora. Cuando quieras, Carlos. Yo estoy en la cola del cine...

FAEMINO: —Por favor, me da en la fila once centradas... ¿Eh? ¿Qué?

C.: —Perdone, es que me parece que se ha colado.

F.: —¡Ah! ¡Ah, no, no! Gracias. Mire, me da de la fila once, centradas si es posible.

C.: —Pssschh, oye, jefe, jefe.

F.: —¿Eh?

C.: —Es que yo estaba aquí...

F.: —Sí.

C.: —Y de pronto ha llegado usted.

F.: —Sí. Yo también estoy aquí ya. Gracias. Eh... me da de la fila once...

C.: —Oiga, oiga, perdone... Es que yo estaba aquí antes, y ha llegado usted después, lo lógico es que se ponga detrás de mí.

F.: —No, ya, pero si es que yo estaba allí, pero es que ahora estoy aquí, ¿eh? Vale. Me da por favor de la fila once...

C.: —Oiga, perdone...

F.: —¡Ay con el dedito! ¡Jolín con el dedito! ¡Estamos dando con el dedito! ¿Le gusta a usted que le haga yo así con el dedito, eh? Me da de la fila once por favor, centradas a ser posible...

C.: —Es que yo quiero sacar entradas para la película.

F.: —Yaaaa, pero si estamos de acuerdo, estamos hablando de lo miiismooo. Ya, pero es que esto es una fila ¿verdad?, que está aquí, ¿eh?, entonces esta fila es aquí y esta otra fila es aquí, o sea usted pertenece...

C.: —Es que yo soy el primero de esta fila.

F.: —Claaaro. O sea, esta fila es indistinta a esta otra, o sea, usted corresponde a esta segunda fila, yo soy el último de esta fila, pero ya me toca, o sea, ya soy el primero, ¿eh? Por favor me da dos...

C.: —Oiga, perdone, perdone, es que, vamos, yo creo que el ser humano, pues en cuanto tal, debe ser más solidario, y si usted se ha colado no...

F.: —Ya, ya, sí... Si a mí no me gusta la película ni nada, ni me gusta el cine ni nada, pero estoy aquí, oiga, y ya, pues cojo las entradas ya y...

C.: —Oiga, perdone, perdone...

F.: —Vamos a ver si nos aclaramooooos, vamos a ver si hablamos como las personaaaaaas...

C.: —Vamos a ver, yo llevo aquí un cuarto de hora...

F.: —Usted, sí, usted sí, claro...

C.: —Llevo un cuarto de hora aquí, y cuando ya me va a tocar de *repronto* noto un señor, que es usted, en este caso, perdone, y de pronto dice: «Oiga, deme las entradas». Y digo: «Y yo, entonces, ¿qué soy?».

F.: —Ya, otro señor...

C.: —Aaaah.

F.: —Creo que otro señor. A simple vista, otro señor.

C.: —Ya. Lo que pasa es que los seres humanos tienen que respetarse.

F.: —Sííí, es verdad...

C.: —No es normal que usted vaya haciendo de su capa un sayo y que a las personas no las respete.

F.: —Vamos a ver, vamos a ver...

C.: —Porque usted no está respetándome a mí, ni a mi familia ni a nadie...

F.: —Sííí, vale, vamos a ver si nos aclaramooooos...

C.: —Y ahora mismo me va usted a acompañar al calabozo de la fila.

F.: —Nooo, si hay normas, hay normas que cumplir...

C.: —Hay unas normas que hay que cumplir...

F.: —Si estamos de acuerdo...

C.: —Hay unas normas de convivencia en el cine.

F.: —Hay normas, hay normas... Hablar por el... por ejemplo, es una norma...

C.: —Claro, pues eso es.

F.: —Claaaro.

C.: —Lo que pasa es que los seres humanos tienen que defenderse, no puede ser que uno de tu...

F.: —Claro, dar propina al acomodador, si se quiere, porque es un acto voluntario...

C.: —Ya, pero no se puede aturullar a las personas que llevan a lo mejor toda una juventud...

F.: —Yaaa, claro, no comer patatas fritas...

C.: —No, mire, usted mire...

F.: —Bueno, no comer cosas que ronchen en el cine...

C.: —¡Usted me va a acompañar ahora mismo al calabozo de la fila!

F.: —Nooo, no, no, no...

C.: —¡Ahora mismo me acompaña al calabozo de la fila!

F.: —¡No, no, no, por favor, no, no, no!

C.: —¡Ahora mismo me acompaña al calabozo de la fila!

F.: —¡No, no, no, no me lleve, por favor!

C.: —¡Ahora mismo me acompaña al calabozo...!

F.: —¡No, no, no...! ¡Qué va, qué va, qué va!

PÚBLICO: —¡Yo leo a Kierkegaard!

C.: —Aaaah, bueno, en ese caso... Saque las entradas.

F.: —Vale.

Detective en el bar

(Cansado es detective, y va vestido de detective. Entra en un bar. El camarero es Faemino. Estamos en la época de la Ley Seca.)

CANSADO: —Buenas noches.

FAEMINO: —Hola, buenas noches. ¡Quite usted los codos de aquí, hombre, quite usted los codos de aquí, golfo, borracho, quite usted los codos de aquí, hombre, mal educado, es usted un mal educado! ¡Borracho, quite usted los codos de ahí, es lo que tiene que hacer!

C.: —Ponme un... ponme un güisqui.

F.: —No hay güisqui, estamos en la Ley Seca.

C.: —Además, yo no soy un borracho, ¿eh? Yo soy un detective, yo no soy nada de un borracho.

F.: —Detective-borracho, borracho-detective... Detective es una profesión y borracho es un adjetivo, con lo cual un borracho puede ser detective y viceversa. ¡Que no soy tonto, amigo!

C.: —Pues vaya un tío listo.

F.: —Nada más que molestar y molestar...

C.: —Ponme un güisqui, tío listo.

F.: —No hay güisqui.

C.: —Toma, tío listo, a ver si hay güisqui o no hay güisqui.

F.: —¡Hombre, por favor! Naturalmente que hay güisqui, ya lo creo que sí. Eeeh... Aquí está, tome usted, güisqui, güisqui.

C.: —Bueno, pero... y un vaso. ¿Es que no hay vasos o qué?

F.: —No hay vasos.

C.: —Pero ¿y eso que está limpiando...?

F.: —¡No hay vasos, golfo! ¡Golfo, borracho!

C.: —¿Y eso? ¿Y eso? Bueno, a lo mejor eso, a lo mejor eso no, pero ¿y los de ahí...?

F.: —Es que esos no son vasos, son cosas que ponemos ahí, pero no son vasos. ¡No son vasos, no son vasos! ¡Golfo, borracho!

C.: —Okey, toma...

F.: —¡Hombre, hombre, claro que sí! Aquí está el vaso, ¿eh? Éste, ¿eh? Te voy a poner dos y tres. Y póngase usted cómodo, amigo. ¿Está cómodo? Ponga usted el hombro ahí y lo que quiera. Aquí está, mire: cuatro vasos para usted, ¿eh?

C.: —Vale, vale, el güisqui, los vasos, pero... ¿y el hielo?

F.: —No hay hielo.

C.: —¿Y esto de aquí...?

F.: —No, es que no hay hielo, no hay hielo, ya no hay hielo, si llega usted a venir un poco antes... Es que se ha derretido con los focos, ¡ya no hay hielo!

C.: —Pero si está frío todavía... Esto es hielo, hombre.

F.: —No, eso no es. Eso no es hielo, eso es otra cosa.

C.: —Ya sé, ya sé, tío listo, ya sé, ya sé... toma.

F.: —¡Hombre, claro que sí! Hielo y bien fresquito que se lo voy a poner, ¿eh? Fresquito, hielo fresquito para el caballero, uno, dos ¿eh? Venga, a rebosar, ¡a tirar la casa por la ventana! Toma, venga güisqui, hielo, hielo, güisqui, le voy a poner de todo, ¿eh? ¡Qué bien! ¡Qué maravilla! ¡Ahí está! ¡Golfo! ¡Detective! ¡Ahí está, tome!

C.: —¿Qué tiempo hace que está abierto este bar? Bueno, bueno, ya me conozco el juego, toma...

F.: —Dos años, dos años lleva ya abierto, o a lo mejor más o a lo mejor menos... a lo mejor.

C.: —Toma, cuánto tiempo...

F.: —Dos años y tres meses, ¿eh? Justamente dos años y tres meses.

C.: —Pues si son dos años y tres meses a lo mejor conoces a esta chica...

F.: —Yo no la he visto en mi vida. Que me quieres liar, golfo, detective.

C.: —Mira aquí, pero mira aquí, mira aquí.

F.: —No, no la he visto en mi vida. No, no, no, yo no la he visto, noooo.

C.: —A lo mejor esto te refresca la memoria, toma...

F.: —Mmmm, el caso es que... ya voy yo coscándome...

C.: —Bueno, pues mira, tío listo, mira lo que tengo, ¿ves todo esto? Pues para ti, toma, tío listo, todo eso para ti.

F.: —Ya lo creo que me acuerdo: sí, hombre, si es una parroquiana estupenda, si viene mucho por el programa, sí, sí, sí.

C.: —¿Podría decirme a qué dedica el tiempo libre? ¿En qué lugar se enamoró de ti? Es que es una ladrona que me ha robado todo.

Humor de vanguardia y de Segovia

CANSADO: —Bien, gracias, gracias, gracias... Bien. Vamos a hacer, de despedida, como siempre hacemos en este espectáculo, hacemos un homenaje póstumo a nuestros tíos abuelos, estuvieron...

FAEMINO: —*Pom, pom, pom.* Eeeeh... perdone: ¿qué es lo que no tenía que comer? ¿Cordero o verdura?

C.: —No, vamos a ver, o sea, no puede tomar cordero, que es lo que le sienta mal, la verdura le sienta muy bien.

F.: —¡Aaah! Vale, vale, vale, perdón.

C.: —Bien, insisto: un homenaje a nuestros tíos abuelos, de la Comunidad de...

F.: —*Pom, pom, pom.* Perdone, es que me hago un lío, porque es que, o sea, «cordero» tiene tres sílabas, y «verduras» también, o sea, ¿qué puedo comer? Entonces, si acaso...

C.: —Pues... coma puerros.

F.: —Pu-e-rros, tres. Tres sílabas.

C.: —Pues... tomates.

F.: —To-ma-tes.

C.: —Lechuga.

F.: —Le-chu-ga.

C.: —Guisantes.

F.: —Gui-san-tes. Es que me hago un lío.

C.: —Coliflor.

F.: —Co-li-flor. Tres. Mire, ¿sabe lo que puedo comer?, por ejemplo, cor-de-ri-to. Tiene cuatro. O por ejemplo, cor-de-ri-ti-ti-to. ¿Quiere que le haga una de diez?, mire, cor-de-ri-ti-ti-ti-ti-ti-to.

C.: —Coma lo que le dé la gana, por favor...

F.: —Bueno, podía haber empezado por ahí.

C.: —Zanjado el tema, homenaje póstumo a nuestros tíos abuelos, Arroyito y Pozuelón, que estuvieron cuarenta años contando chistes, siempre los mismos, y nosotros estamos aquí para seguir su saga. Con todos vosotros, con todos ustedes... ¡Arroyito y Pozuelón, dos cachondos mentales!

CANSADO: —Buenas noches.

FAEMINO: —Buenas noches.

C.: —Hola, buenas noches, no sé si se acuerdan de nosotros, somos...

F.: —Un día me voy a morir y te voy a dejar ahí con dos palmos de narices.

C.: —Bueno... Bien, eeeeh... esta noche vamos a hacer un chiste de vanguardia

del gran Heineken...

F.: —Efectivi... eeeeh, ¿cómo era...? Efectivi... ¿cómo era eso? Efectivi... calla, ¿cómo era...? Efectivi...

C.: —Efectivi ¿qué?

F.: —Que lo dicen en las oficinas y los chavales y eso...

C.: —Que lo dicen en los comercios.

F.: —Que lo dicen en los mercados y en los comercios... efectivi...

C.: —Que dicen: «Tráeme un kilo de patatas». «¿Cuánto es?». «Efectivi...».

F.: —¿«Cuánto es...»? ¿«Efectivi...»?

C.: —Efectivi... ya, ya. Bueno.

F.: —¿No? ¡Bah!, es igual.

C.: —¿Es importante o...?

F.: —No, no, es igual.

C.: —Bueno, entonces es igual.

F.: —Vamos a seguir viviendo, gracias.

C.: —Podemos seguir respirando igual, ¿no?

F.: —No, pero coño, me da rabia. Efectivi...

C.: —Bien, vamos a contar un chiste del Inersor, que es de un... el chiste de un jubilado que está en su casa un viernes tarde, viernes tarde-noche, y dice: «No tengo planes para mañana por la mañana. ¿Qué es lo que voy a hacer?». Dice: «Pues me voy a ir al Inersor, a los autobuses del Inersor...».

F.: —«Sí, me voy a ir...». Efectivi... Nada, no me sale.

C.: —«Me voy a ir a los autobuses del Inersor, que hay ahí en Plaza España. Salen autobuses del Inersor para visitar distintas capitales cercanas a Madrid, en gira jubilada con unos cuantos amigos, de compañeros de jubilación...».

F.: —Sí, sí, del Inersor, muy bien...

C.: —Del Inersor. Hay unos autobuses que pone, claramente, «Inersor».

F.: —Pone: «Cartel del Inersor».

C.: —Inersor, sí. Si vuestros jubilados no pueden verlo, pues llevarlos vosotros, porque el día de mañana vosotros también seréis jubilados y querréis que os lleven al Inersor.

F.: —Claro. Plaza de España. Inersor. Autobuses.

C.: —Eso es.

F.: —Por favor, no confundirse, que hay muchos autobuses que salen de Martín... de otra calle. No. Que se han dado muchos casos de jubilados que han aparecido en Santiago de Compostela. No: Inersor-Segovia.

C.: —Y coge el autobús del Inersor y se va a Segovia, ¿no? El viaje hasta Segovia, pues no tiene así gran cosa que contar, es un viaje normal...

F.: —No, bueno, las tonterías, la gente de atrás, los jubilados del asiento de atrás,

que van cantando... «Insero, Insero, Insero, el señor conductor no es del Insero, no es del Insero». En fin, cosas: «Vamos, vamos, dale caña, dale caña, vamos cobarde, acelera, déjale a éste que fue ferroviario».

C.: —«Vamos, dale marcha». Y por fin llegan ya a Segovia, después de un trucu...

F.: —Efectivi...

C.: —Un truculento... No me acuerdo, lo siento.

F.: —Nada, nada.

C.: —Un truculento viaje.

F.: —Verás, verás...

C.: —Y, entonces, llega ya a Segovia y dice: «Bueno, pues ya que estoy aquí en Segovia, no obstante, pues voy a visitar la ciudad, ¿no?». Y, entonces, el tío se pone a visitar la ciudad y dice: «En primer lugar, voy a visitar un monumento civil». Y se pone a visitar lo que es el Alcázar de Segovia, ¿no? Y se va a las afueras, pim pam, andando, andando, andando, y llega y dice: «¡Oh, qué bella atalaya se divisa desde aquí, desde el Alcázar de Segovia! Igual que lo pone en el folleto ¿eh? ¡Lo mismo y tal, qué cosa más...!». Dice: «Es tan bonito, que ni siquiera voy a entrar». Y, entonces, coge y dice...

F.: —«Y además es de Segovia, coincide, de que es el Alcázar de Segovia que está en Segovia. ¡Qué bien pensado!».

C.: —Eso es la oficina de turismo. Y entonces dice: «Bueno, ya que he visto un monumento civil, voy a ver un monumento histórico, ¿no?». Dice: «Voy a ver el acueducto de Segovia».

F.: —Total que... pim pam, pim pam, pim pam.

C.: —Y se pone a caminar, pim pam, vuelve otra vez, vuelve a Segovia, al centro capital, y dice: «Joer, podía haber empezado por esto que está tan cercano», y tal. Y se pone a ver el acueducto de Segovia y dice: «¡Joder, qué acueducto! ¡Buuuuuhh, qué listos eran los romanos! ¡Buuuhh, dejarle huecos para que pasaran los coches el día de mañana! ¡Qué listos...!».

F.: —¡Qué listos eran!

C.: —«¡Qué listos los romanos, por Dios!».

F.: —Y, además, que también es de Segovia, o sea, el acueducto coincide ser de Segovia, o sea, el Alcázar de Segovia, el acueducto de Segovia... Allí todo es de Segovia, menos el Banco de Santander. Todo lo demás es de Segovia.

C.: —Y, entonces, está así pensando el señor y dice: «Bueno, pues ya que he estado dando una visita, voy a ver si como algo, ¿no?».

F.: —Claro.

C.: —«Porque me están sonando las tripitas». Y va a un mesón, ¿no? Y entra en el mesón y dice: «¿Quiere usted que le ponga unos cochinitos amaestrados o algo?».

Dice: «No, porque prefiero algo así más suave, unas habas fritas... o una cosa así más suave...».

F.: —Unos torraos...

C.: —«Unos torraos, no sé, algo de la huerta», y tal, ¿no? Y entonces le trae una tortilla francesa y coge el mesonero... pam, pam, pam, pam, con un plato, pam, pam, pam, pam... «De segundo plato, ¿qué pidió el señor? ¿unas acelgas?». Pam, pam, pam, pam... «¿Un flan de huevo?». Pam, pam, pam, pam... «¿Un café con leche?». Pim, pam, pim, pam... «La cuenta». Pim, pam, pim, pam. «Oye, ¿cómo sube esto tanto? A ver si voy a tener que pagar yo los platos rotos». Y, entonces, coge y, después de pagar la cuenta...

F.: —Si es muy normal allí eso, en Segovia es muy normal: pim, pam, pim, pam, pim, pam... Es una cosa... Es una tradición que tienen: pim, pam, pim, pam. Allí estudian, ¿no? Los chavales estudian, y dicen... matemáticas, muy bien, esto... no sé qué, muy bien, eh... romper cochinitos con un plato, formidable, pim, pam, pim, pam, pim, pam...

C.: —Y entonces, dice: «Bueno, pues ya que he visto así esta cosa, voy a ver un monumento religioso, ¿no?».

F.: —«¡Eh, señor!».

C.: —«¡Qué pasa!».

F.: —«¡No se vaya por esa calle!».

C.: —«¡Por qué!».

F.: —«Porque hay un loco con un plato, pim, pam, pim, pam, pim, pam, a ver si le va a hacer daño o algo».

C.: —Bueno, entonces cambia...

F.: —Efectivi...

C.: —Cambia de calle, ¿no?, y se va por otro sitio a ver la catedral de Segovia. Y entra y dice: «¡jo, vaya catedral de Segovia, madre mía, qué cosa, qué altísima, qué preciosa!»...

F.: —«¡La madre de Dios!», dice. Porque, en la catedral, ¿qué va a decir?

C.: —Y, entonces, él dice: «Voy a empezar visitando, para no empacharme, un altar menor, ¿no?». Y se pone a ver el altar menor y dice: «Joer, ¡qué altar menor! ¡Qué limpio está!».

F.: —Así, pasa el dedo y dice: «¡joer, ni gota de polvo!».

C.: —Claro, como no tiene preparación y eso, pues no puede decir gótico-tardío, ni cosas así, ¿no? Dice: «¡Qué limpio está!». Bueno, a su nivel, pues el hombre... Y sigue caminando y ve allí un confesionario y dice: «¡joder, qué limpio!». Y va allí y empieza a ver figuras y tal, y dice: «¡Oh, el altar mayor! ¿Ha visto usted el altar mayor qué limpio está?»

F.: —Sí. Más limpio que el menor.

C.: —Y se pone a dar vueltas por allí, venga a ver el enrejado de la catedral.

F.: —«¿Ha visto usted la cúpula? ¿Estará limpia? ¿Quién sabe? Si llegáramos...».

C.: —Qué lástima. Y entonces dice: «Voy a seguir visitando». Dice: «¡Anda!, a ver si con este rollo se me ha ido el santo al cielo y... —bueno, ¿qué mejor que se me vaya el santo al cielo que en la catedral?— y el autobús que partía a las siete y media para Madrid me va a dejar en tierra, ¿no?». Conque coge el tío, se pone a caminar, a volver rápidamente donde estaban los autobuses y vuelve, y estaba allí el autobús, dice: «¡Huy! menos mal que está el autobús, menos mal que mi desdicha es menos, que está aquí el autobús», y tal. Y llega y dice: «Oiga: ¿a qué hora dijo usted que salía el autobús para Madrid?».

F.: —«A las siete y media».

C.: —«¿A las siete y media?».

F.: —«Sí, a las siete y media».

C.: —«¿Y qué hora es ahora?».

F.: —«Pues, las ocho».

C.: —«¿Las ocho?».

F.: —«Sí».

C.: —«Pues, me he pasao, entonces». Ah, a lo mejor es que lo hemos contado mal, el chiste. No, es que a lo mejor...

F.: —*¡Efectiviwonder, coño, efectiviwonder! Eso era: efectiviwonder. Gracias, gracias.*

C.: —Disculpad...

F.: —Gracias, muchas gracias.

Capítulo cuarto



CANSADO: —Muchas gracias, muchas gracias por vuestra presencia aquí, porque para los artistas es muy importante la presencia del público, sobre todo para artistas como nosotros, que todo esto lo hacemos ¡por la pasta! Gracias.

FAEMINO: —Ahí está, bien jugado, bien jugado. Gracias, amigos. Gracias. Y no penséis que vamos a malgastar vuestro dinero, no, no: vamos a pagar nuestros artículos que están embargados, que buena falta nos hace, vamos. ¡Uff, qué fatiga!, ¿no? Dicen que esto es fácil, tío... ¡Una mierda así de alta!

C.: —Bien... Queremos dedicar el espectáculo de hoy a toda esa gente de los pueblecitos de España, a esa gente que no tiene nada para sonreír. Para esa gente va nuestro espectáculo, para la gente... yo qué sé, de... Torremolinos, va nuestro espectáculo...

F.: —Sí, para ellos, para la gente de Gandía, sin duda.

C.: —Para la gente de Marbella.

F.: —Sí, para la gente de Estepona.

C.: —Para la gente de Benidorm.

F.: —También, sin duda.

C.: —Torrevieja.

F.: —Sí señor.

C.: —La Manga del Mar Menor... A todos esos pueblecitos que circundan el Estado español.

F.: —Sí, sí, sí señor, a todos esos pueblecitos que no tienen televisión, a los que no llega la televisión.

C.: —Para toda esa gente va nuestro espectáculo.

F.: —Si logramos despertar un poco de sonrisa, nos damos por satisfechos.

C.: —Y, entonces, para comenzar, directamente, vamos a empezar haciendo un *sketch*. Y nosotros nos vamos.

En la farmacia

CANSADO: —Me da esto por favor... (*Y extiende una receta.*)

FAEMINO: —Vamos a ver, ¿esto, esto qué es? ¿Una R?

C.: —L, una L.

F.: —¡Ah, una L! Es que parece una R, ¿eh? A ver, esto es... Linofotulsina.

C.: —Sí, eso es, Linofotulsina, sí, eso, eso, Linofotulsina, sí, eso, eso...

F.: —¿Le suena a usted? ¡Pues no señor, no le puede sonar! No le puede sonar porque me lo acabo de inventar yo, ¿ah? Vamos a ver, puede ser... lino... Linocopul.

C.: —Eso es, Linocopul, eso es, Linoco...

F.: —No, no puede ser, porque ese producto no existe, caballero. No existe.

C.: —Bueno, deme, deme un paquete de tabaco, mientras.

F.: —¿Normal o *light*?

C.: —Normal.

F.: —No. Aquí sólo tenemos *light*. Es que no puede ser esto... Pero ¿esto qué es? ¿Un antibiótico, un barbitúrico, un corticoide? ¿Esto qué es?

C.: —Antibiótico. Un antibiótico es.

F.: —¡Hombre! ¡Ha dado usted en el clavo, amigo! Sí señor, sí señor, antibiótico, sí señor. Ha tenido usted suerte porque me han venido esta semana pasada unos fenomenales, muy bien de precio, ¿verdad? Mire usted, mire... ¿Eh? ¿Qué le parece?

C.: —Muy interesante.

F.: —Mire, además vienen con una promoción, ¿verdad?, que llevándose dos, paga tres.

C.: —¿Y cuál me recomienda usted?

F.: —Yo le recomiendo éste. Mire usted, Impoplen... No, éste, Impoplen. ¿Eh? Que es muy bueno, sale muy bien de precio y al color de sus ojos le queda fenomenal.

C.: —Un poco triste, ¿no?

F.: —Mmmm... Sí, eso sí. Tengo aquí uno en color lila, ¿verdad?, creo tener uno en color lila... Bueno, este naranja... Mire: naranjita, este naranjita, ¿eh?, color anaranjado.

C.: —¿Y si me llevo cuatro cajas?

F.: —Pues le regalamos un laxante.

C.: —Será bueno el laxante...

F.: —Pues, mire usted, si le digo la verdad, casi mejor que el antibiótico.

C.: —¿El laxante?

F.: —Sí, señor, el laxante.

C.: —Bien, pues me lo voy a llevar. Y... ¿qué le iba a decir...? ¿Tiene algún analgésico?

F.: —¡Analgésico! ¡Pero hombre de Dios, pero acaba usted de dar en el clavo, acaba usted de poner el dedo en la llaga, me llaman el Rey del Analgésico! Sí señor: además, los hago yo con mis propias manos, con medicinas de éstas, descartadas y pasadas de fecha, y antiguas y viejas; los hago yo y me los llevo para mis chicos y todo. Mire usted, mire: ¿eh? ¿Qué le parece? ¡Fenomenal!

C.: —Sí, sí, tiene muy buen aspecto.

F.: —Sí, señor. ¿Eh, cuánto le pongo?

C.: —Póngame... pues como para un par de migrañas.

F.: —Muy bien. Vale, aquí está.

C.: —¡Pero eso es por lo menos cuarto y mitad, oiga!

F.: —¡No, no, lléveselo! ¡De verdad! ¡Que me lo va a agradecer, de verdad! Va a decir usted: «¡Oh, cómo se enrolló el farmacéutico!». De verdad, ¿eh?

C.: —Y la posología de esto... ¿cómo...?

F.: —¿Cómo?

C.: —Que... o sea, que cómo se toma este...

F.: —Ah, esto, untado en el pan. Se unta en el pan, y tan ricamente, ¿eh?

C.: —Envuelve usted de maravilla, ¿eh?

F.: —Sí señor, es que he hecho un máster, en la universidad de Berkeley, de empaquetadores. Aquí está.

C.: —Bien, pues dígame cuánto le debo.

F.: —Pues son dos mil pesetas.

C.: —¡Ay, qué bien! Porque tengo 2100. O sea, fenomenal para acabar el mes. Tenga: las dos mil pesetas. Bueno, gracias por la venta, ¿eh?

F.: —Vale, muy bien, adiós. ¡Eh, oiga! Y no se gaste usted los veinte duros, ¿eh?, porque la semana que viene, mire: todo a cien. Adiós. ¡Todo a cien! ¡Todo a cien!

Área de no fumadores

CANSADO: —Qué va, qué va, ¿qué va?

PÚBLICO: —Yo leo a Kierkegaard.

C.: —¡No, hombre! Que parezca que esto está ensayado... Vamos a hacerlo con un poco más de energía. Va, venga. ¡Qué va, qué va, qué va!

PÚBLICO: —¡Yo leo a Kierkegaard!

C.: —Ésa es la idea, ésa es la idea. Bien. Bueno, pues, hoy vamos a... siempre en nuestra idea de deshacer entuertos y tal, vamos a explicaros qué podéis hacer si alguna vez os pillan fumando en zona de no fumadores. Bien, ya saldréis del tema de esta manera. Cuando quieras, Carlos.

FAEMINO: —Fffffuuuhhhhh...

CANSADO: —¡Caballero! ¡Está usted fumando!

F.: —¿Eh, yo? ¿Quién? ¿Yo? No, no...

C.: —Es que aquí no se puede fumar. Ésta es una zona de no fumadores.

F.: —Ya, pero no, si yo no estoy fumando, no, no, no estoy fumando yo.

C.: —Pero es que, el cigarro ese está encendido.

F.: —¿Cuál? ¿Cuál cigarro? ¿Cuál?

C.: —Ése.

F.: —¿Éste? Esto no es un cigarro, no señor: esto es un pitillo. Es que no es un

cigarro, claro.

C.: —Pero ¿podría apagar el pitillo de todos modos?

F.: —Si no está encendido, no está encendido, o sí está encendido... ¿Está encendido?

C.: —Yo creo que sí.

F.: —Pues se habrá encendido solo.

C.: —Me da igual. Usted tiene que apagar el pitillo o cigarrillo ahora mismo.

F.: —No, no puede ser.

C.: —Está usted molestando a la gente.

F.: —Bueno, pues ya me callo. Si es que además no es mío...

C.: —¿El cigarro?

F.: —No, no es mío. Es de un señor que me ha dicho que se lo guardara.

C.: —Bueno, pero usted tiene responsabilidad civil subsidiaria.

F.: —No, bueno, ya, cuando venga él... ya... le dice a él, ya... Pero yo, mientras, se lo guardo, ¿eh?

C.: —¿Apaga usted el cigarrillo?!

F.: —No, no señor.

C.: —Pues le llevo al calabozo de la zona de no fumadores, ¿eh?

F.: —No, no señor, no.

C.: —Insisto. ¡Pues le llevo al calabozo de la zona de no fumadores!, ¿eh?

F.: —¡No, por favor, no!

C.: —¡Pues sí, le llevo al calabozo de la zona de no fumadores!

F.: —No. ¡Qué va, qué va, qué va!

PÚBLICO: —¡Yo leo a Kierkegaard!

C.: —¡Ah!, en ese caso, fume, fume.

Vidas ignominiosas

CANSADO: —Hola. Buenas noches a todos. Estoy muy preocupado porque he cometido un crimen ignominioso, y he venido a este programa de víctimas de la televisión para que, por lo menos, aunque me detenga la policía, por lo menos me hagan famoso. Yo estaba haciendo una chapuza en casa de unas viejas millonarias y, cuando vi que tenían tantísimos millones, dije: «Las acuchillo». Y ya no pude más y las acuchillé el parqué y las he sacado 25 000 pesetas de más y mi mujer no me lo perdona y se ha divorciado.

FAEMINO: —Buenas noches. Me llamo Andrés Sánchez y tengo una clínica dermatológica ignominiosa. El otro día vino un jovencito, actor, y me dijo que tenía

acné. Y, entonces, le dije: «Bueno, te voy a atender». Pero empecé a dar rodeos, con lo cual no fui al grano y el chaval perdió el curro. Lo peor de todo es que mi mujer se ha divorciado.

C.: —Buenas. Yo sí que tengo un problema, porque tengo un hijo que es ignominioso, y entonces, se ha marchado de casa: ha hecho la maleta y se ha ido en un viaje organizado a Brasil. Quince días de viaje, y hace tres días que se marchó y no sabemos nada de él. Por favor, Juan Luis, llama desde donde estés, pero no a cobro revertido. Mi mujer dice que yo soy el culpable y en tanto en cuanto se ha divorciado.

F.: —Me llamo Luis Miguel Ruidrobo. Hace quince días un socio mío que estaba trabajando conmigo en una empresa —ignominiosa, por supuesto—, se ha marchado. Por favor, yo pido desde este programa que aparezca. Que aparezca con los cincuenta millones que se llevó. Por favor, una cosa es la amistad y otra cosa es el dinero: la amistad te la puedes meter en el culo, pero el dinero, por favor, devuélvelo. Lo peor de todo es que mi mujer se ha divorciado.

C.: —No, ya está, ya no hay más.

El sueño eterno

(Aparece Cansado vestido de romano, en la oficina de un detective: Faemino).

CANSADO: —Vamos, va... Bueno, bueno, bueno... Vaya un planteamiento...
¡Vaya un planteamiento!

FAEMINO: —¡Ahí va! ¡Pero bueno!

C.: —Buenos días.

F.: —¿De dónde se ha escapado usted?

C.: —¿Cómo que de dónde me he escapado? Yo voy así habitualmente por la vida, amigo.

F.: —Mira, jolines... ¿Que viene de un baile de disfraces o va?

C.: —Bueno. A ver si el que va raro es usted, yo voy normal, amigo.

F.: —¿Yo? ¡Yo qué voy a ir raro!

C.: —Yo soy romano, amigo.

F.: —¿Romano? ¡Qué romano, qué romano! Ni romano ni romano, ¿eh? A ver si no nos ponemos así, ¿eh? ¿Romano? ¡Que le descerrajo un tiro!, ¿eh? ¡Si nos ponemos así...!

C.: —¿Qué es un tiro? Pero ¿qué es un tiro, amigo...?

F.: —Si te pones chulo te doy así un *hupercuuu*, ¿eh?, y un puñetazo en el... ¿eh? ¿Romano? Romano, mírale el romano... ¡Anda, mira cómo aparece! «Soy un

romano», dice el tío.

C.: —¿Con quién tengo el gusto de hablar? Con el señooooor...

F.: —De señor nada: ¡detective! ¿Tú qué eres?

C.: —Yo soy un romano.

F.: —Un romano. Pues, ¿yo qué soy? Un detective.

C.: —Me está usted poniendo nervioso, amigo. Me está usted poniendo nervioso.

F.: —¡Aaaay, qué romano, qué...!

C.: —¡Me llamo Bruto! ¡Me llamo Bruto!

F.: —Bruto... ¿y qué? ¿Y qué? ¿Qué que te llames Bruto? ¿Y qué...?

C.: —¿Puedo exponer el caso o no?

F.: —Bueno, anda, siéntate, siéntate... romano.

C.: —Buenos días, señor detective. Bueno, ¿hacemos las paces ya, señor detective, o no?

F.: —Bueno, ¿qué quiere?

C.: —¿Hacemos las paces...?

F.: —¿Qué quiere? Que tengo muchas cosas que hacer.

C.: —Bueno, vamos a ver. Yo soy... me llamo Bruto y soy sobrino de Julio César de Roma.

F.: —¿Y qué?

C.: —Pues, bueno, para darle datos históricos. Bien, si quiere ir apuntándolo o algo, para no hacerse un lío, bien, bueno. O sea, Bruto, Julio César.

F.: —Vruto, eres Vruto. Vru-vru...

C.: —No, con B grande.

F.: —¡Ah, Bru-to! Bien, punto, punto y seguido.

C.: —Son bajorrelieves lo que hace usted, ¿no? Bruto, eso es. Y es que resulta que la Historia dice que yo maté a mi tío... pero eso no es cierto.

F.: —«Que maté a mi tío...». Pero ¿qué? Pero ¿qué estás diciendo, romano? Pero ¿qué estas diciendo?

C.: —Tranquilo, detective, tranquilo.

F.: —No, pero, es que, pero romano... ¡No me toques, hombre, las cosas se pueden decir sin tocar!

C.: —Ya, pero usted...

F.: —Las cosas se dicen sin tocar. ¡Venga! ¡Fuera de aquí, hombre!

C.: —No, pero espere, detective...

F.: —¡Venga, fuera de aquí ahora mismo! ¡Venga, fuera de aquí, fuera de aquí! Es usted un impresentable, un golfo. Venga, ¡fuera de aquí!

C.: —Por favor, mire, es que dice la Historia que yo maté a mi tío y por eso dicen: «Tú también Bruto, tú también eres Bruto». Y él no es bruto: «Tú también, noble bruto, su caballo», o sea, su caballo fue el que le mató, «tú también, noble

bruto», decía Julio César.

F.: —Pero ¿tú qué me has visto en la cara? Vamos a ver: ¿qué me has visto en la cara?

C.: —Nooo... «noble bruto».

F.: —¿Tú es que me estás vacilando?

C.: —No, no.

F.: —Pero ¿tú has visto esto? ¿Tú has visto lo que es esto, eh? ¿Tú has visto lo que es? ¡Un despacho, chaval! ¡De detective! ¡De detective! ¡Romano! ¿Eh?

C.: —Ya, ya lo veo.

F.: —Pues ya está, pues cuatro paredes, pues...

C.: —Es que me estás volviendo loco.

F.: —¡Venga, ahora mismo, venga, fuera de aquí ahora mismo, venga, fuera de aquí ahora mismo!

C.: —Pues yo me quedo aquí, pues yo me quedo aquí.

F.: —¡Fuera de aquí!

C.: —Pues yo me quedo.

F.: —¡Anda, anda! Mira que... mmmm... mmmm... (*Amenazante.*)

C.: —Vale, vale, me voy, me voy... Pero porque no quiero discutir. Porque no quiero discutir.

F.: —¡Venga, fuera de aquí, hombre, y respetamos a las personas! ¡Romano! ¡Vengaaa! ¡Venga hombre... por ahí...! ¡Venga por ahí! Va a venir aquí...

C.: —Brgfrgrff...

F.: —¡Ay, Dios mío, que como me calientes...! ¿Eh, romano...?

C.: —Detective...

F.: —El caso es que no estaba mal el caso, mira. Pero, claro, qué banco me iba a cambiar los sextercios de la minuta...

C.: —Detective.

F.: —¡Romano!

El 'sketch' del psiquiatra: terminología y singular sorpresa

CANSADO: —Bueno, ahora vamos a hacer el *sketch* del psiquiatra y el paciente, que lo hacemos cada... Me pasan una nota... Bien, eeeh... Insisto: *sketch* de paciente y psiquiatra. Suele ser, no digo siempre, pero suelo hacer yo de psiquiatra, porque la bata es de mi talla, entonces, digo, oye... Así que el *sketch* comienza ya.

FAEMINO: —*Pom, pom, pom.*

CANSADO: —Sí, adelante.

F.: —Eh... ¿me podría usted atender así desde aquí, como los americanos?

C.: —No, no, por favor, pase, por favor.

F.: —*Pom, pom, pom.*

C.: —No, por favor, pase. Es que si no establecemos un vínculo, yo no puedo.

F.: —Perdone, ¿le pasa algo a usted?

C.: —No. Es que le estoy atendiendo a la americana.

F.: —Ah, bueno. No, atiéndame a la española, es igual ya: a la española.

C.: —¿Qué hay? ¿Qué hay, machote?

F.: —¿Qué pasa?

C.: —Bien, pues vamos ya.

F.: —Muy bien.

C.: —Usted tiene un problema, ¿no?

F.: —Sí, señor. Ante todo buenas noches, porque yo soy una persona muy educada.

C.: —Bien, una persona con problemas puede ser educada siempre, eso para todo, o sea...

F.: —Estaré mal de la cabeza, pero educación... ¡vamos!

C.: —O sea, uno puede ser lo que sea, pero educación, lo primero. Uno puede ser un loco, un asesino, un criminal, pero educado.

F.: —Educación, sí señor.

C.: —Bueno. De acuerdo. O sea que usted es un señor...

F.: —Buenas noches, se lo repito, cuantas veces haga falta. Buenas noches.

C.: —Bien, un señor educado que dice buenas noches. Usted tiene la patología de las buenas noches.

F.: —Sí señor.

C.: —Bien, adelante.

F.: —Mire usted es que yo tengo un trauma, verdad, que cuando... Esto se remonta a cuando yo tenía seis años.

C.: —Pero usted, ¿qué es? Insomne o algo así, ¿no?, supongo.

F.: —Sí señor, soy insomne.

C.: —Claro, es insomne. Claro, bien.

F.: —Sí señor, tengo insomnio.

C.: —O sea, que por las noches no duerme: el señor es insomne, por la noche no duerme el se...

F.: —No, no, por las noches duermo fenomenal, es por el día cuando soy insomne.

C.: —O sea, usted no duerme, por ejemplo, a las once de la mañana.

F.: —¿Eh, sí?, a las once de la mañana todavía estoy en la cama, sí. Sí, sí, sí, hombre...

C.: —A las cinco de la tarde.

F.: —A las cinco... Bueno, a las cinco estoy durmiendo la siesta, porque para mí la siesta, mire usted, es sagrada.

C.: —Hombre, bien.

F.: —Y luego, también, así, doy hornadas.

C.: —¡Usted sí que sabe!

F.: —Sabe, me quedo así como... doy hornadas, sabe.

C.: —Hornadas. ¿Qué es hornadas?

F.: —Hornadas. Yo es que soy de Segovia y digo hornadas, hornadas.

C.: —No, pero aquí no se dice hornadas, ¿eh?

F.: —Sí, me quedo así, traspuesto.

C.: —Cabezadas.

F.: —Ah, cabezadas. Bueno. Los médicos dicen cabezadas, ¿no?

C.: —O sea que, viendo la tele, se queda así. Sí, los médicos decimos cabezadas, el término clínico es «cabezada».

F.: —Sí, cabezada, bueno. Yo es que me quedo dormido, así, en cualquier sitio; o sea, en cuanto tengo una posición así un poco cómoda, voy y me quedo dormido.

C.: —Bien, pues dígame el trauma, por favor.

F.: —Pues nada, que yo recuerdo cuando tenía seis años...

C.: —Seis años..., perdón, no vaya tan deprisa, por Dios. Seis años, «año» ¿cómo se escribe, con ñ?

F.: —Sí, y eso ¿para qué le sirve a usted?

C.: —Pues para rellenar ¿no? Porque luego lo presento...

F.: —Vale, muy bien, para la subvención, ¿no?

C.: —Sí.

F.: —Total, que yo tengo seis años y, entonces, oigo cómo vienen unos camiones mataderos frigoríficos a llevarse a los corderos.

C.: —¡Qué me dice!

F.: —Entonces, yo me quedo así y digo: «Huuuuuuyy».

C.: —Claro, con seis años, ¿qué va hacer?

F.: —Claro, hago: «Huuuuuuyyy». Y entonces cojo y digo: «Ay, por favor, no llevárselos, no llevárselos». Y entonces salgo de estampida, bueno, ya sabe usted.

C.: —Corre...

F.: —Corriendo y eso. Bueno, estampida como los niños, de estampida. Total...

C.: —De estampidita.

F.: —De estampidita. Y ya llego allí y digo: «No se (levéis a los corderos, no, no». Y entonces allí hay un señor mayor, ya mayorzote, un ganso, que está allí

diciendo... me dice: «Niño, niño, pobrecillo, se han llevado a todos los corderos pero han dejado a uno, vamos a llevárnoslo». De tal modo que los dos nos cogemos el cordero y ¡hala, hala la leche!, ¡campo atraviesa!

C.: —A salvarlo.

F.: —Bueno, salvarlo, mmm... salvarlo...

C.: —¿No lo salvas?

F.: —No señor, el mayorzote...

C.: —¿No lo salva?

F.: —No lo salva, no.

C.: —¿Y qué hace, pues?

F.: —El mayorzote, el mayorzote... se lo comeeee...

C.: —El mayo... ¡Eh, machote! ¡Eh, eh!

F.: —¿Eh?, ah, perdón, es que como tenía una posición cómoda, me estaba quedando dormido, perdóneme. Ah, y entonces el mayorzote va y se lo comeeee, y ahí viene mi trauma, sí, ¡uuuaaaahh!

C.: —Claro, y al ver ese trauma... claro, porque tú lo que querías era salvarlo, ¿no?

F.: —Sí señor.

C.: —Tú querías salvarlo, ¿no?

F.: —Sí.

C.: —Querías salvar al cordero.

F.: —¡Nooo! ¡Qué voy a querer salvarlo! Lo que quería era comérmelo y no me dio ni un cacho el tío. Digo: «Pero ¿por qué te lo comes todo? ¡Uuuuaaaahhhaaa! Dame un cachooo, que estoy en la flor de la edad y necesito proteínas. ¡Dame un cacho de ese corderazo que te estás comiendo, y un chato de vino...!».

C.: —Pues el mayorzote, el mayorzote, era yo, ¡yo era el mayorzote! ¡No...! Pero era yo el mayorzote, ja, ja, ja, ¡el psiquiatra loco!

F.: —¡Que te calles, bribón, bribón! Es usted un bribón, ¡uaaaaah!

C.: —Va a dejar de tomar cordero, despiértese machote, arriba. Va a dejar usted de tomar cordero y va a tomar verdura. Aquí tiene.

F.: —Ah, me ha salvado usted la vida, tío loco. Adiós, gracias. Bendito sea por siempre.

El chiste de la señora encaprichada de unas medias de nailon con perlitas negras

CANSADO: —Bueno, gracias. Nos vamos a despedir con un homenaje, un numerito, una cosa cortita...

FAEMINO: —*Pom, pom, pom*. Eh, perdone, doctor: ¿en qué rama se puede calificar al cordero, en reptil, ovíparo o...?

C.: —No, es un irracional.

F.: —Irracional. Bicharraco, ¿no?

C.: —Bicharraco e irracional.

F.: —Bicharraco e irracional, vale.

C.: —Ahora... que está rico.

F.: —Vale, gracias, doctor.

C.: —Bien. Nos despedimos, insisto, con un pequeño homenaje a una...

F.: —*Pom, pom, pom*.

C.: —¿Sííí?

F.: —Oiga y, o sea, que entonces, ¿no puedo comer huevos de cordero?

C.: —Que nono, que el cordero se respeta, o sea, que come verduras.

F.: —No, los huevos se los respeto.

C.: —Exactam... No: el cordero está para usted incólume, o sea, ¡*vade retro* cordero!

F.: —No, no, cordero no, huy qué asco, por Dios. Vale, gracias.

C.: —Bien: homenaje a nuestros tíos abuelos. Ellos son de Águilas...

F.: —*Pom, pom, pom*. Oiga, y si no me como el cordero, ¿me puedo hacer un abrigo con él? ¿Y luego comérmelo?

C.: —¡Que no! ¡Que respete el cordero, que no!

F.: —¿Ni en primavera, que ya no hace falta?

C.: —No. El cordero para ti es...

F.: —¡No señor!

C.: —¡No señor! ¡No nos comemos el cordero!

F.: —No: el cordero no se come.

C.: —¡No, coño! ¡Bendito sea Dios! ¡No nos comemos el cordero, hombre!

F.: —Pues ya está, pues ya está... tío humos, malos humos, mala leche, amargao... Venga, hombre...

C.: —Bueno, lo digo y desaparezco: homenaje póstumo a nuestros tíos abuelos Arroyito y Pozuelón, que estuvieron cuarenta años contando chistes, siempre los mismos. Ellos son de Águilas: es un bello pueblo pesquero de Murcia, maravilloso, un pueblo preciosísimo. ¡Con todos vosotros, dos cachondos mentales que tienen el nombre de Arroyito y Pozuelón!

CANSADO: —Buenas noches. De que buenas noches, lo cual que buenas noches, buenas noches a todos ustedes una vez más...

FAEMINO: —*Idem, eadem, idem*.

C.: —Joder. ¿Y eso?

F.: —Ya ves, pues mira, uno, ya ves cómo soy yo. C.: —*Idem, eadem, idem...*
Joder, el Arroyón. ¡Quién lo ha visto y quién lo ve!

F.: —Uno, que es inquieto, ya ves. *Idem, eadem, idem.*

C.: —¿Y eso? ¿Cómo dices esas cosas tú ahora?

F.: —Pues mira, pues que lo he leído el otro día. Fui al médico para lo mío, y lo leí en una revista, de esas que tienen, vamos, más pasadas ya... que la leche, están todas hechas polvo. ¿Tú has visto esas revistas que tienen?

C.: —¿En dónde? ¿En las consultas de los médicos?

F.: —Sí.

C.: —Están todas más viejas que... atrasadas, atrasadas.

F.: —¿Qué les costaría a ellos cambiarlas?

C.: —Poner de ésas de actualidad... ¿qué les costaría? Pues dinero. ¿Qué les va a costar? Lo que pasa que como son como son, pues...

F.: —Claro, hombre. ¡Venga, cambiarlas!

C.: —Podían cambiarlas.

F.: —Claro, cambiarlas, y poner ésas de pacientes en pelotas y cosas de ésas.

C.: —Joder. Lo que pasa es que... bueno. ¡Bah!, allá cada uno. O sea, su negocio lo llevan como lo llevan.

F.: —Pues ya está.

C.: —Bien.

F.: —*Veni vidi vinci*, amigo.

C.: —¡Puufff! ¡Esto ya sí que es... vamos! ¡Me recalitra, madre mía!

F.: —Ya ves. Mira, lo leí en un folleto de aspirinas, *Quo vadis, Dominis?*

C.: —Joooe... Y son buenas las aspirinas, ¿no?

F.: —Fenomenales. Mejores que las otras.

C.: —Bien. Queridos amigos, esta noche vamos a contar un chiste de vanguardia, un chiste que compuso el gran Heineken hace ya lo menos tres décadas, que son más de quince años y dos lustros, es un chiste que se llama «El chiste de la señorita que está encaprichada de comprarse unas medias de perlitas negras en los tobillos».

F.: —¿Lo desconocéis? ¿Por completo? Bueno, pues os lo vamos a contar.

C.: —Esto es una señorita que va por la calle y de pronto dice: «¡Coñe, si estoy encaprichada!». Dice: «¡Oh, qué bien! He ido a parar al chiste adecuado, ¿no?». Y, entonces, se pone a caminar la señorita que ya está encaprichada y empieza a andar y dice: «¡Caramba, estoy encaprichada, mas no sé de qué! Introspeccionaré hacia dentro y veré qué es lo que me pasa y tal».

F.: —Y ella lleva aquí colgado en bandolera un paraguas, de ésos, así, plegables, con cabeza de pato, con ojos de botón, y ¡estamos en pleno mes de agosto! Y ella, pues ahí está, a lo suyo, no sospecha nada, bueno, pues nada, vale, muy bien...

C.: —Conque dice: «¿Cuál será mi capricho, cuál será mi capricho?», y tal. Y dice: «¡Ah, ya sé! Quiero unas medias de nailon negro con perlititas en los tobillos, ¿no?». Y entonces dice: «Pues voy a dirigirme a un comercio del ramo y allí, pues me atenderán, ¿no?». Y coge, entra en un comercio del ramo y dice: «Hola, buenos días». Dice: «Buenos días, señorita encaprichada». Dice: «¡Joer! ¡qué nivel!». Dice: «No, es que ya la conozco de otras veces del chiste y tal». «Ah, bueno, bueno». «¿Y qué es lo que quería?». Dice: «Pues quería unas medias negras de nailon con perlititas en los tobillos». Y dice: «Es que aquí no tenemos, aquí sólo tenemos pues rosas, claveles y tal, como es un comercio de ramos y tal...». Dice: «Ah, que es un juego de palabras, ¿no?». Dice: «Sí». «Ah, pues haber empezado por ahí».

F.: —Y ella quiere unas medias de nailon, ¿eh? ¡En pleno mes de agosto! Con el calor que dan...

C.: —¡De nailon!

F.: —Bueno, que son mejores, vale. Que dan mucho calor y ella no sospecha nada ni el otro tampoco sospecha nada, bueno, vale, vale.

C.: —Y entonces, dice: «Pues me voy a dirigir a una mercería, que es donde me podrán atender, ¿no?». Y coge la señorita, dice: «Voy a la mercería». Entra en la mercería y dice: «Hola, buenos días». «Buenos días, señorita». «¿No me nota usted así rara y tal?». «Pues no». «Es que vengo encaprichada». «Aquí no hacemos descuento, o sea que... ¿Y cuál es el capricho?». Dice: «Pues unas medias de nailon negro con perlititas en los tobillos y tal, ¿no?».

F.: —¿Y este tío no sospecha nada tampoco?

C.: —¿Quién? ¿El de la mercería?

F.: —Sí.

C.: —No, no sospecha...

F.: —Mira, mira a ver, anda.

C.: —Y el tío se pone a sospechar.

F.: —Aaaah, ya me parecía a mí, el tío empieza a sospechar... que qué querrá esta tía petarda, que qué quiere... Dice: «Un momentito, que enseguida la atiendo». Se mete en la trastienda el tío, empieza a hacer como que busca y entonces empieza a buscar, a buscar, y en vez de sacar unas medias lo que saca es un palo así de grande, y dice: «Venga usted aquí, ¡tía guarra!». ¡Guaca! ¡Y le mete un palo en to' la boca! Y la tía dice: «Pero ¿qué hace, tío cabrón? ¿Pero qué haces? ¡Uuuuaah, déjame!». Y, entonces, en el revuelo, saca la tía del paraguas un picahielos que tenía escondido y le hace ¡guaca! ¡En to' la cresta, guaca! Y dice: «¡Toma, toma!». ¡Y entonces empieza a llenarse todo de sangre, y entonces todo el mundo empieza a llenarse de sangre, y empiezan a salirse las tripas por la cabeza...!

C.: —Tranquilo, tranquilo...

F.: —¡Déjame, déjame!

C.: —¡Arroyo, Arroyo! Que es un chiste, hombre, es un chiste, que tú olvídate...

F.: —Uaaaaah. Bueno. No, no, pero si lo malo de que te claven un picahielos en la cabeza no es que te lo claven, no señor, es que te lo quiten. ¿Por qué? Porque te entra oxígeno y te mueeereeeeees. O sea, que si os clavan un picahielos en la cabeza, hacéis un remachito por aquí y empiezan a decir: «Mira, lleva un picahielos, lleva un picahielos». «¡Pues te jodes, que tú no lo llevas!».

C.: —Sí, si ya lo pone en los picahielos. Dice: «En caso de accidente, no quitar el picahielos de la cabeza».

F.: —Joer, qué mal rato oye, ¡qué mal rato! Bueno, ya está. Muchas gracias, amigos.

C.: —A lo mejor no lo hemos contado bien o algo...

F.: —Bueno, perdonadnos, esto ha sido todo, muchas gracias. Adiós, amigos.

Capítulo quinto



CANSADO: —Muchas gracias, otra vez aquí, os damos las gracias por vuestra presencia aquí, porque para los artistas es muy importante la presencia del público, sobre todo para artistas como nosotros que todo esto lo hacemos ¡por la pasta! Gracias.

FAEMINO: —Bien jugado, bien jugado. Gracias amigos, gracias. Y si a lo largo de la noche contamos algún chiste que no tiene ni puta gracia, por favor, vosotros os reís, porque será mejor estar aquí que haciendo daño por la calle.

C.: —Bueno, muchas gracias.

F.: —Huy, joder, macho, y dicen que esto es fácil... ¡Una mierda como una piedra!

C.: —Vamos a empezar ya el espectáculo de hoy, un espectáculo que está dedicado a la Historia en su inmensidad. Bueno, la Historia: frases famosas de la Historia, como aquella que decía: «¡Las ventanas! ¿Dónde habéis puesto las ventanas?», decía Tutankamon a los arquitectos de las pirámides.

F.: —O «¡Me cago en la madre que te parió!», que le dijo Felipe II al arquitecto Herrera cuando le dejó caer la maqueta en el pie gotoso, o sea... ¡hombre...!

C.: —«Pues yo no pago un doblón hasta que la torre esté otra vez recta», dijo el alcalde de Pisa al arquitecto de la torre inclinada de Pisa.

F.: —«Hombre, si mal, no está mal, pero vamos a sacar más dinero vendiéndolo como chatarra», que le dijo el alcalde de París a Eiffel cuando vio semejante mamotreto.

C.: —Bien, y con este buen humor y esta alegría que nos caracteriza como casi siempre, empieza el espectáculo. Vamos a dar el paso a unos científicos que no voy a explicar... yo qué sé...

F.: —¡Fuerte el aplauso, merece la pena!

Sequía

FAEMINO: —¡Vamos, no tenemos otra que hacer!

CANSADO: —¡Es que hay que arreglarlo todo!

F.: —¡Aaah, no tenemos otra que hacer! Ala, que nos piden que lo arreglemos todo, con las cosas que tenemos que hacer nosotros en el laboratorio y en casa...

C.: —O sea, que hay que arreglarlo todo.

F.: —Recoger a los niños, todo...

C.: —O sea, que unos científicos como la copa de un pino, sobre todo éste, ¡hala, a arreglarlo todo!

F.: —Vamos. Pero es que no tenemos otra cosa que hacer... «No, no, vengan

ustedes a arreglarlo todo...». Vale.

C.: —«Es que hay sequía, es que hay sequía...».

F.: —La sequía... ¡vamos!

C.: —«Arreglen ustedes la sequía, que hay sequía...».

F.: —¿No será al revés? ¿No será que no es que hay sequía sino que es que no llueve?

C.: —Sí: es verdad, *herr doctor, herr doctor*. Muy bien dicho, sí señor. *Herr doctor, herr doctor*.

F.: —Claro que sí, ahí le hemos dado, en to' la diana. Sí señor, claro que sí.

C.: —O sea, dicen que el problema, ¿no?, es que hay sequía y tal. A la península Ibérica, ¿qué es lo que le rodea?

F.: —Mmmmm, vamos a ver, me voy a arriesgar y voy a decir... agua.

C.: —Agua.

F.: —Sí señor, sí señor, muy bien.

C.: —¡Pues utilicemos esa agua para regar los campos!

F.: —¡Pero, hombre, pero si esa agua es salada!

C.: —Bueno, pues ya saldrá la lechuga aliñada... ¡Pues ya está!

F.: —Pero es que hay otro problema.

C.: —¿Cuál es?

F.: —La fruta, la fruta.

C.: —Bueno, pues albaricoques salados. ¿Tú no te comes en los chinos la salsa agridulce y no sé qué guarrerías de ésas? ¡Coño, pues albaricoques salados!

F.: —Sí señor, sí señor.

C.: —Hombre, viva Spain, *herr doctor*.

F.: —¿Sabe lo que le digo, hermano? Que la gente es muy burra, ¡muy burra!

C.: —La gente... la gente... Bueno, doctor, la gente es burra para lo que quiere, ¿eh? Porque luego bien que va...

F.: —Sí señor: «Hiiiihaaa, hiiiihaaa, soy burro, es que soy burro»...

C.: —Es que la gente, cuando quiere, bien que va a los sitios y no es burra.

F.: —Claro que sí.

C.: —Pero hay otras veces que... doctor...

F.: —«Hiiiihaaa, hiiiihaaa, ¡burra, muy burra!».

C.: —Vamos a ver, vamos a ver, doctor... Una familia española, una familia de cuatro miembros, ¿cuántos litros de agua consume?

F.: —Mmmm... Cinco litros.

C.: —¿Al día?

F.: —No. ¡Qué al día, al año! ¡Dónde va usted! ¡Al año!

C.: —Para beber, ¿y para higiene?

F.: —¿Con higiene incluida?

C.: —Sí.

F.: —Seis litros.

C.: —Pues lo que hay que entender... ¿Al día o al año?

F.: —¡Al año, hala, al año!

C.: —Pues lo que hay que entender es que las familias sean autosuficientes.

F.: —Sí señor, sí señor.

C.: —¡A llorar!

F.: —A llorar todo el mundo.

C.: —A llorar y a llorar... lágrimas... lágrimas...

F.: —Y poner cara de pena y de tragedia y de cosas malas.

C.: —Programas de víctimas, programas de culebrones...

F.: —¡Todo el mundo a llorar, ponerse a llorar! ¡Venga a subirse a los tejados a llorar! Y que para que llueva, venga a llorar. ¡Burra, es que la gente es burra, burra!

C.: —¡La gente es muy burra, la gente cuando quiere es burra! ¿Sabe quién tiene la culpa de la sequía, doctor?

F.: —Sí señor, lo sé.

C.: —¿Quién la tiene?

F.: —El Gobierno.

C.: —¡No, hombre, no, el Gobierno, el Gobierno...!

¿Quién tiene la culpa de que haya sequía? Los jóvenes.

F.: —Sí señor. ¡Los jóvenes son los principales culpables de la sequía!

C.: —¡Los jóvenes son los culpables! «No, es que los jóvenes tienen lo que quieren».

F.: —«No, es que tenemos lo que nos da la gana».

C.: —Hala, venga grifo, venga grifo, hala, hala...

F.: —«Es que quiero un grifo y me lo das, oye...». «Es que no, no...».

F. y C.: —«Dame un grifo, dame un grifo, dame un grifo». «Toma un grifito». «Dame un grifo monomando de ésos de cabeza loca, pim pam, pim pam».

C.: —¡Vamos! En nuestra época... pídale usted a su padre un grifo...

F.: —Ya ves... y me cruzaba la cara...

C.: —Hombre, claro...

F.: —Dice: «No señor, no señor, qué grifo, qué grifo...».

C.: —Al río, al río, a beber al río...

F.: —Claro, al río... Antes lo hacíamos todo en el río, ¿sí o no?

C.: —Sí.

F.: —Sí señor, en el río. Allí es que lavábamos, bebíamos, ligábamos, o sea... todo.

C.: —O sea, lo hacíamos todo. Mira, mi chico el mayor me dice el otro día, dice: «Papá, papá, ¿me compras un grifo para el dormitorio? Papá, no, es que no me quiero

levantar»... ¡Ah, ah, te voy a dar así!

F.: —No, señor. No, señor. Pero si es que además luego les regalas los grifos y los tienen sin desempaquetar en la habitación. ¡Pero, chico, ábrelo por lo menos, que eres un burro, hiiihaaa!

C.: —¿Sabe lo que le digo? Que casi es mejor que haya sequía.

F.: —Sí, señor. Sí, señor.

C.: —¿Sabe por qué?

F.: —¿Por qué?

C.: —Para que se fastidien los jóvenes.

F.: —Sí, señor, y además porque nosotros ya sabemos dónde está el río.

Brócoli

CANSADO: —Bien, no se os ve muy unánimes hoy, pero, bueno, da igual. Las personas con mayor atención de este mundo saben que cuando en parte del escenario hay una mesa, un par de sillas, y yo voy vestido de blanco hacemos el *sketch*... del psiquiatra. Que el problema es que Faemino tiene problemas con los corderos y tal, no sé si os acordaréis, que se pone a llorar y tal, y eso, no sé si os acordáis, bueno. Vamos a hacerlo, para que lo veáis, las personas que no lo hayan visto, pues mira, lo ven de nuevo y vosotros lo recordáis, ¿vale? Qué buena idea ¿eh? Somos, es que somos chachis. Bien, pues el *sketch* del psiquiatra y el paciente comienza... ¡ya!

FAEMINO: —*Pom, pom, pom.*

CANSADO: —¿Sí?, adelante.

F.: —Hola, muy buenas. ¿Se puede? ¿Tiene usted cinco minutitos?

C.: —Sí, entre, entre por favor.

F.: —Perdone que le moleste...

C.: —No, no es molestia.

F.: —Bueno, vamos a ver, mire usted... yo es que soy vendedor de enciclopedias y... tengo un problema.

C.: —Ah, bueno, muy bien. Pues yo soy psiquiatra y le voy a atender perfectamente. Dígame, ¿cuál es su problema?

F.: —Pues que no he vendido ninguna. Y entonces pues...

C.: —Pero no veo que un psiquiatra pueda hacer...

F.: —No, vamos a ver, mire, yo es que le voy a ofrecer esta oferta, como su propio nombre indica, ¿verdad?, mire usted a ver si le interesa, verdad, esta enciclopedia encuadernada en... muy bonita...

C.: —Esto es...

F.: —Vinos, vinos, los vinos, la *Enciclopedia del vino*.

C.: —Vino el que vino.

F.: —Sí. La *Enciclopedia del vino*. Y son quinientos fascículos, ¿verdad?, que sabrá... con ellos sabrá usted distinguir cuál es el vino rosado del blanco y lo que es más tinto, ¿no?

C.: —Y cómo...

F.: —Sí, vamos, que cómo es... Cada color, o sea: usted distinguirá cuál es cada color en sí mismo. ¿Qué le parece?

C.: —De los vinos...

F.: —De los vinos, sí.

C.: —No, me parece genial, sí, pero no me interesa.

F.: —No le interesa. Bueno.

C.: —No, es que tengo un poco de prisa, muchas gracias.

F.: —Ya, bueno, un momentito, mire, no, no, verá...

C.: —No, no, de verdad muchas gracias, no, no, no se moleste.

F.: —No, no, perdone que insista, perdone que insista. Perdone, mire usted, aquí tengo esta otra del bricolaje del cirujano...

C.: —Ah, muy interesante. Sí, esto ya me compete un poco más.

F.: —Sí, señor, ¿ve? Pues es que ésta se trata de que...

C.: —Ah, y aquí veo un cucharón, que están sacando... ¿Qué es esto? Un riñón parece, ¿no?

F.: —Sí, sí, es que con los utensilios que tiene usted a su mano, en su hogar, puede usted hacer operaciones quirúrgicas. Ve usted aquí una foto, ¿verdad?, extirpando como bien dice un riñón...

C.: —Y aquí están... Que esto... ¿Qué es? ¿Un colador?

F.: —Un colador, sí. Un colador que están metiendo el riñón y están sacándole los cálculos... O sea, apretando, venga apretar, venga apretar, y entonces, la arenilla se queda arriba y el riñón... cae, o sea, queda abajo.

C.: —O sea, aquí aprietan así, y luego en Australia aprietan al revés, ¿no?

F.: —Sí, se queda licuado. Y luego ya compete al cirujano recomponerlo, bien.

C.: —Y esto son... cubiertos de postre, no, de pescado, parece...

F.: —Sí, de pescado, cubiertos de pescado, sí. Pero esto no, esto para odontología, porque como no tienen filo...

C.: —No, no, pero no me interesa.

F.: —No, no, mire: aquí tengo... también tengo otra, ¿verdad?, muy interesante...

C.: —No, no, de verdad no se...

F.: —No, de verdad, no, no, hágame caso.

C.: —De verdad, de verdad, de verdad.

F.: —Por favor, hágame caso, por favor.

C.: —De verdad, no.

F.: —Mire, *Pueblos de España*.

C.: —¡No!, por favor, no, calle, calle, no, no, no, no por favor, calle, calle, no, por favor.

F.: —Mire: *Pueblos de España de la A a la Z*. Todos los pueblos posibles que hay...

C.: —No, no, no, calle, calle, por favor, no, calle, calle.

F.: —Todos los pueblos, de verdad no, mire... Segovia...

C.: —¡No! ¡Segovia, no!

F.: —También viene el término municipal de Segovia... Arévalo, de la A a la Z.

C.: —¡No! ¡Que se calle!

F.: —Pero, hombre, por Dios, pero ¿qué le pasa?

C.: —Yo es que soy de un pueblo de Segovia... Y soy un bribón. Porque tengo un trauma: de pequeño oía balar a los corderos, melodías, y yo les acompañaba con el acordeón, y el cordero que desafinaba ¡me lo comíaaaa! ¡Soy un ser inmundo!

F.: —Bueno, no se preocupe...

C.: —Soy un psiquiatra inmundo...

F.: —No se preocupe, caballero, mire usted, aquí tengo...

C.: —Pero ¿cómo no me voy a preocupar...?

F.: —Sí, mire, para usted, la *Enciclopedia de las verduras*. Todo el mundo de las verduras, de la A a la Z.

C.: —Hombre, esto cambia completamente. Muchísimas gracias, las verduras, ¡qué bien...!

F.: —¡Oiga! Oiga, esto... ¿cuándo me lo abona?

Comentaristas deportivos

FAEMINO: —Bien, queridos amigos, vamos a continuar con el show...

CANSADO: —*Pom, pom, pom*.

F.: —¿Sí?

C.: —Perdone, señor amable vendedor de enciclopedias, ¿cuántos fascículos me dijo que era esto?

F.: —¡Tres mil!

C.: —Tres mil, a quinientas pesetas... ¡Millón y medio!

F.: —Calcula. Bien, como decíamos, vamos a recibir ahora con un fuerte aplauso...

C.: —*Pom, pom, pom.*

F.: —¿Sí?

C.: —Brócoli.

F.: —Sí, bróco... Ah, es que se ha debido traspapelar, eso es de la *Enciclopedia del cine*, es el nombre de un director italiano de cine, Francesco Brócoli.

C.: —Que... ¿hacía películas de verduras?

F.: —Sí, señor, películas X, películas de éstas de guarras con verduras, bien...

C.: —Porrusalda.

F.: —Sí, es el nombre de la protagonista.

C.: —Ah, perdona, ¿eh?

F.: —Bien, como decíamos, vamos a recibir con un fuerte aplauso a dos comentaristas deportivos que, además de serlo, saben deporte. Con todos ustedes, don Matías Sánchez y don Hilario... Jiménez, me parece. ¡Fuerte el aplauso!

FAEMINO y CANSADO: —¡Aaaaaaeeeh, aaaaaaeeeh, aaaaaaeeeh, aaaaaaeeeh, aaaaaaeeeh, aaaaaaeeeh, aaaaaaeeeh! ¡Campeones, campeones, oeeé, oeeé, oeeé, campeones, campeones, oeeé, oeeé, oooooé! ¡Eeeeh, eeeeh!

Nueva aparición esterar de «El Gran Mímón»

CANSADO: —Luego contaréis lo que queráis, pero aplaudir, estáis aplaudiendo bastante, ¿eh? ¡Qué agradables sois, muchas gracias! Bien, estuvo con nosotros en un espectáculo anterior y hoy repite, alguien maravilloso: el príncipe del gesto, el rey de la cucamona: con todos vosotros, con todos ustedes, ¡el Gran Mímón! Mímón, Mímón, ¡ah!, Mímón, ¡ah!, Mímón, ¡ah...! Bien, Mímón, ¡ah! ¿Qué vas a hacer esta noche para todo el público? ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a cantar? No, no, venga, vale. Vas a saltar a la pata coja... no, no, bueno, ya. Vas a hacer equilibrios... vas a hacer saltos... vas a... ¿jugar al fútbol? A jugar al fútbol, vale, un partido de fútbol, vale, bien, bien, Mímón, un partido de fútbol, bien, sí, sí, vale, venga, Mímón, vale. Bien, vamos allá, Mímón. Bien, un partido de fútbol, ya está, clarísimo. ¿Quién juega el partido de fútbol? ¿Qué equipos juegan? Eeeh... Músicos, artistas contra toreros, solteros contra casados... Eeeh... Digo, un... tararatatá-rará-naná... ¡Ah, Austria! ¡Cómo es Mímón! Austria. ¿Contra quién juega Austria? Contra China, no es China, es eeeh... Vietnam, no, Camboya, Corea, Corea del Norte, Corea del Sur... Mmmmm, ¿eh...? ¡Ah, Japón, Japón! Vale, Japón, bien. O sea, juegan Austria contra

Japón, bien. ¿Qué es? ¿La final del Campeonato del mundo? Un... ¿El torneo de la olimpiada? Eeh... ¿Un campeonato interprovincial...? El campeonato de la... ¡Ah, amistoso! ¡Un partido amistoso entre Austria y Japón! Que no se me olvide, Austria y Ja... ¡Amistoso, hemos dicho, Mimón! Bien, vamos a empezar el partido. ¿Quién saca? ¿Austria o...? Ah, Austria, bien, vale: saca Austria. Bien, saca del centro Austria, venga saca del centro. ¿Gol?, venga Mimón, no hagas trampas. ¿Gol?, desde saque de centro, ¿gol? No seas tramposo, ¿eh? Pero... pero no seas tramposo, Mimón... Bueno, venga, saca del centro ahora Japón, venga, saca Japón. No hagas trampas, ¿eh? Venga, saca Japón... ¡No hagas trampas! Empate a 1. ¿Otra vez gol? Bueno, saca otra vez del centro Austria, pero no metas gol, no seas tramposo, juega el partido normal, venga, saca del centro Austria... ¡No metas gol, por favor, Mimón, no metas gol! ¡Por favor Mimón! ¡Mimón! Vale, vale, venga, pues saca el portero de Japón. ¡No, así no saca el portero! El portero saca... ¡No, amigos! Saca el portero de Japón, venga. ¡Mimón! ¡Venga Mimón, por favor, venga! ¡Mimón, detén tu actitud, Mimón!, pero vale ya, hombre, no seas tramposo, Mimón, por favor, no seas tramposo. Venga, saca el portero de Japón, saca el portero de Japón, pero saca normal. Venga, eso es... saca... venga, saca... ¡Pero Mimón, pero Mimón! ¡Me cago en la leche, trae aquí el palo! ¡Venga, saca el portero! Saca bien, ¿eh? Mira...

Un productor en el Museo del Prado

CANSADO: —Hola, muy buenas noches a todos, de que buenas noches, lo cual que buenas a todos...

FAEMINO: —Huy, macho. Me ha dicho el médico que lo deje. Digo: «Sí, una mierda. Lo dejas tú». Ya ves.

C.: —Buenas noches a todos, de verdad que es un inmenso placer...

F.: —Que me diga que deje de fumar Sánchez-Ocaña, y entonces le hago caso, pero al pringao del médico, no. Porque Sánchez-Ocaña es un sabio, amigo.

C.: —¿Sánchez-Ocaña?

F.: —Sánchez-Ocaña, sí señor.

C.: —¡Pero qué ingenuos sois! O sea, claro, como hace un programa por la televisión, ya es un sabio.

F.: —Sí señor, y lo hace en La Primera, sí señor.

C.: —Bueeeno...

F.: —Que es donde están los mejores, sí señor, sí señor, ¿qué pasa? ¿No ves que de tanto hacer programas en La Primera, la retentiva se le han quedado en los casos? Y lo mismo te resuelve un padraastro, que un tubérculo, que lo que sea. Y respétale.

C.: —Ay, si es que sois ingenuos, ingenuos, ingenuos, y no he visto otra cosa igual: os caéis de espaldas de ingenuos que sois.

F.: —Anda, sí, nada... y cállate y se acabó, y no te metas con Sánchez-Ocaña...

C.: —No, yo no me he metido con Sánchez-Ocaña, ¿eh?

F.: —No te metas con ese señor, que ese señor no te ha hecho nada y está muy malo además, está muy enfermo.

C.: —¿Está enfermo Sánchez-Ocaña?

F.: —Sí señor, mira: en casa del herrero, cuchillo de palo. Ya ves.

C.: —¿Y qué es lo que le pasa?

F.: —Que tiene cronismo.

C.: —¿Cronismo?

F.: —Sííí... cronismo, huuu...

C.: —¿Y qué es cronismo?

F.: —Un huevo colgando y el otro lo mismo. Le he pillao, macho, le he pillao...

C.: —Claro, sí, es muy normal. Es que, cuando trabajas, a uno le pasan esas cosas, lo que le pasó a José Luis Fradejas, hace años.

F.: —Pero ¿qué le ha pasado a Fradejas?

C.: —¿Tú sabes lo que le pasó a Fradejas?

F.: —Nooo.

C.: —Que le salieron huevecillos en las orejas.

F.: —Ah... ¡Me has cortao, tío, me has cortao!

C.: —Bien, queridos amigos, vamos a contar esta noche, vamos a contar un chiste, que es maravilloso a la sazón, que es un chiste además de... pues muy interesante, porque transcurre en ese maravilloso coliseo de la pinacoteca mundial, que es el Museo del Prado.

F.: —Espérate un momento, ¿en qué Museo del Prado? ¿El de los cuadros?

C.: —Sí, claro, o sea...

F.: —Ah, vale, vale, de acuerdo, venga, vale.

C.: —Bien. Esto es un productor de televisión de La Primera... ya que estamos hablando de La Primera pues... esto es un productor de televisión de La Primera que nunca había estado en el Museo del Prado. ¡Qué raro!, ¿no?

F.: —¡Y hay que ver! ¿Has visto el Museo del Prado lo desaprovechado que está?, ¿eh? Que sólo hay cuadros, cuadros... ¡Ponga usted unos muebles o algo! ¡Ponga un tresillo o algo! ¡Que da pena verlo, ahí vacío! Ahí podían vivir seis familias, por lo menos, y bien anchas.

C.: —Sí, sí. «Vamos a casa de los López, que han puesto un Goya en el salón».

F.: —¡Joder!

C.: —Joder. «Y son unos mindundis, pero mira, ahora ponen un Goya, ahora ponen un Velázquez, joder, y trabaja de administrativo. Debe tener mano, por ahí».

F.: —En total...

C.: —Bien... En total, con que esto es... Oye, por cierto, ya que estamos hablando del Museo del Prado, o sea, ¿a ti te parece justo que un pintor de la antigüedad se pase equis tiempo pintando un cuadro, y luego llegues tú y lo veas en veinte segundos?

F.: —Eso no, no es justo.

C.: —O sea, si yo fuera el director del Museo del Prado, las cosas iban a cambiar mu-chí-si-mo... O sea, imaginemos, por ejemplo, vamos a ver, por ejemplo, un pintor antiguo nuestro, por ejemplo... ¿quién...?

F.: —Velázquez.

C.: —Velázquez. O sea, imaginemos que yo soy Velázquez, ¿no?, y estoy en mi taller de pintura, no sé qué, tal...

F.: —Y, de repente, pues, llega el rey, ¿no?, y dice: «¿Qué haces, Velázquez? ¿Tocándote los huevos?».

C.: —«No, estoy pensando, estoy elucubrando...».

F.: —«Ah, menos escaqueos, venga, a pintarme un cuadro, ahora mismo».

C.: —«Pero ¿cuál cuadro queréis que os pinte, majestad?».

F.: —«Un cuadro así, enorme, gigantesco. Es para el *living-room*».

C.: —«No sé qué cuadro, pero decidme qué cuadro queréis».

F.: —«Pues, no sé, vamos a ver... ¿Qué me has hecho a mí? Vamos a ver... Házme tema libre».

C.: —«¿Tema libre? Vale, venga, tema libre». Bueno, conquie el tío se pone a pensar... «A ver qué pinto... tema libre...». Coge, ojea los periódicos y dice: «A ver, ¿qué hemos ganado hoy los tercios? Hemos conseguido la rendición de Breda, pues voy a pintar *La rendición de Breda*, ¿no?». Conque coge el tío, se pone a pintar, venga a pintar... «¿Y qué pinto yo en *La rendición de Breda*, qué pinto...?».

F.: —Entonces llega Murillo... «¿Qué haces, Velázquez? ¿Tocándote los huevos?».

C.: —«No, estoy viendo qué pienso; el rey me ha pedido que le pinte una cosa, *La rendición de Breda*, y no se me ocurre nada...».

F.: —«¿No se te ocurre nada? Además, es enorme ¿eh? ¡Lo que tienes que rellenar ahí, macho!».

C.: —«¡Puufffff! Cinco por cuatro... veinte metros cuadrados».

F.: —«Bueno, mira, escucha, verás... Pon ahí un caballo, que ocupa un montón».

C.: —«¿Un caballo?».

F.: —«¡Jo!».

C.: —«¡Y con los dedos, además!».

F.: —«Muy bien. Todavía sobra sitio ahí, ¿eh?».

C.: —«Sí, queda como... Falta aire, hay espacio, no sé...».

F.: —«Mira, pon un señor así, con una llave, ahí...».

C.: —«Un señor, muy bien...».

F.: —«Pon más señores, muchos señores...».

C.: —«Señores, venga, señores, señores, muy bien...».

F.: —«El caso es que, todavía ahí, por arriba, queda mucho aire, ¿eh?».

C.: —«Sí, hay aire por arriba».

F.: —«Mira, escucha: hínchate a poner lanzas. ¡Fua, fua, fua, venga, otra, otra, venga! Pon una así, atravesada. ¡Guaca, toma, venga, dale! Ahí está, muy bien».

C.: —«Me estoy cansando ya, ¿eh?».

F.: —«Fíjate, macho, cómo te ha quedado. ¿Sabes qué podías poner también? Unos angelitos mofletudos».

C.: —«No, eso es cosa tuya, eso no».

F.: —«No. Es verdad, no. Lo hago yo, lo hago yo. Hala, adiós, Velázquez».

C.: —Conque, bueno, el tío sigue pintando, porque, esto es sólo un boceto, no penséis que ya lo había hecho así, ¿no? Y se tira meses pintando el cuadro, ¿no? Y después pasan los meses, un año entero pintando el cuadro, y lo ponen en el Museo del Prado, ¿no? Hasta aquí, de acuerdo. Y llegas tú y lo ves, en veinte segundos. ¿Y el tío un año, para veinte segundos? A partir de ahora, cuando yo sea el director del Museo del Prado, ¡solamente se ve un cuadro cada día!

F.: —Sí, señor.

C.: —Y al final se hace un test. «¿De qué color llevaban las uñas pintadas las Meninas?». «No lo sé». ¡A ver otra vez el cuadro!

F.: —Eso. Y la entrada, ¡cinco mil pesetas!

C.: —¿Cinco mil pesetas?

F.: —Sí, señor. «Si es que yo soy japonés...». Pues siete mil. Y ya está, amigo.

C.: —Conque esto es un señor, o sea... un productor de televisión, que dice: «Bueno, voy a ver el Museo del Prado», y tal...

F.: —¡Se tiraban años, años y años pintando un cuadro! Es que estoy pensando, ahora, claro, los pintores modernos se han dado cuenta del rollo, ¿eh? ¡Y en veinte segundos te han hecho un cuadro! Luego vas tú, lo ves en veinticinco segundos y le han sobrado cinco segundos al cabrón.

C.: —Conque está venga a ver cuadros, el productor: «Joder, cómo mola». Sube el productor y tal... «¿Qué hace usted?». «¿Yo? Viendo cuadros». «¿Y a qué se dedica?». «Soy productor, soy productor». «Joder, qué buen rollo y tal...». Y venga a ver cuadros, cuadros, ya medio mareado de tanto ver cuadros, dice: «¡Anda! ¡Qué buena idea! ¡Voy a evacuar! O sea, qué buena idea y cómo me va a aliviar». Conque va al baño y se pone allí a evacuar y tal... a hacer pis, por supuesto, y pasa el rato y se queda dormido. Claro, normal, tanto ver cuadros y eso... se queda dormido, ¿no? Y se despierta a las once y media... Todo el Museo del Prado cerrado. Ya ni un alma,

nada, cerradito todo, oscuro, oscuro. Nada. Nada más que el sistema de seguridad, pero como es de fuera a adentro, pues no lo detectan, y el tío por allí... «Joder, qué de cuadros, qué de cuadros, y qué hambre, qué de cuadros, y qué hambre... ¿Qué hago yo? Un productor aquí, con el hambre que tengo, joder, ¿qué hago...?». Conque acierta a pasar por donde están los bodegones de Rembrandt y dice: «¡Anda, bueno, ésta es la mía!». Saca un cuchillito, pequeñito, que llevaba para hacerse bocadillos y coge y se tira al cuadro, enorme, un cuadro de faisanes de Rembrandt, y se empieza a comer el cuadro, ¡gua, gua!, se come todo el cuadro de Rembrandt, hasta que ya, por fin, se queda ahí y se desmaya. Hasta que al día siguiente llega el... y lo ve.

F.: —«¡Pero, hombre de Dios! pero ¿qué ha hecho usted con esta obra de arte? ¿Pero qué ha hecho, insensato?».

C.: —«Pues es que me la he comido, porque tenía muchísima hambre».

F.: —«Pero, hombre de Dios, no ve que esto es del año del pedo y está caducado». Claro, está caducado, y ya está.



Capítulo sexto

CANSADO: —Hola, buenas noches a todos. No sé... tengo una frase, no sé muy bien de qué va la frase, pero al final tengo que decir que todo esto —como nos preguntan— lo hacemos ¡por la pasta!

FAEMINO: —Sí señor, muy bien, muy bien jugado. Gracias, gracias amigos. Y. no penséis que vamos a malgastar vuestro dinero, no. Vamos a pagar el Ferrari Testarrosa, que buena falta nos hace.

C.: —Bien, buenas noches. Vamos a empezar ya directamente el espectáculo, porque tenemos ganas de...

F.: —¡Y dicen que esto es fácil, tío! ¡Una mierda así de grande!

C.: —Bien, vamos a empezar, insisto, el espectáculo...

F.: —¡Ay, qué pinchazos me dan aquí...!

C.: —¿Sabes que, por cierto, sabes que me ofrecen dos millones de pesetas por traducir un libro del inglés y no puedo hacerlo?

F.: —¿Por qué?

C.: —Porque no sé inglés.

F.: —¡Ay! ¡Ah, el otro día estuve ahí, a visitarte a tu casa...!

C.: —¿Sí?

F.: —Y fue imposible aparcar.

C.: —Pero si tú no tienes coche.

F.: —¡Pues por eso! ¡Ja, ja, ja!

C.: —Ja, ja, ja. Claro, es que, amigos, es que hoy es el Día Mundial del Chiste Malo.

F.: —Así que ya sabéis...

C.: —Ya sabéis de qué va esto, y va de chistes malos, ¡pero sin parar!

F.: —«Oye, es que son chistes muy malos...». Ya, pero es que es el Día Internacional.

C.: —De la A a la Z. A contar chistes malos, todo malo. Así es que si os quedáis, vosotros sabréis. Así que con este planteamiento a priori, nos despedimos. Hasta ahora.

F.: —¡A currar, a currar, vamos a currar!

Ambivalencia radical

FAEMINO: —*Pom, pom, pom, pom, pom, pom.*

CANSADO: —Es que con los aplausos, no le oigo.

F.: —Vuelvo a entrar, ¿eh? No hay ningún problema.

C.: —No, no.

F.: —No, no, vuelvo... No, no. Si no me importa. *Pom, pom, pom.*

C.: —¿Sí?, adelante. No hace falta que le diga nada, ¿verdad?

F.: —No, no, ya me siento, ya.

C.: —Así que... ¡a donar órganos!

F.: —Sí señor, a donar órganos, amigo.

C.: —Pues, usted dirá.

F.: —Sí, señor: vengo a donar órganos, pero es que yo tengo un problema, ¿sabe usted? Es que soy filantrópico y egoísta.

C.: —¿Y dónde está el problema?

F.: —Hombre, pues, que como filantrópico, pues sí, mira, a donar órganos, ¡venga a donar órganos, para vosotros, venga, venga, mis órganos por aquí!, pero, como egoísta, digo: «¡Aaayyy!»; digo: «¡Huuuyyy, una mierda!»; digo: «¡Que no, que soy egoísta!».

C.: —Ambivalencia radical.

F.: —¡Aaay, Dios mío!

C.: —Pero no tiene mayor importancia, no tiene mayor importancia. Mire, yo creo que usted podría empezar donando los ojos.

F.: —¿Los ojos?

C.: —Sí.

F.: —Bueno. ¿Y si dono las cejas, por ejemplo?

C.: —No, no, hay que donar los ojos. Ya, bueno, las cejas también, pero los ojos.

F.: —Bueno, pues, voy a donar un ojo, este ojo, y cuando me lo quite éste, me pone este otro en su lugar.

C.: —Es usted un egoísta.

F.: —Y filántropo también. ¡Oh, toma, tomad, mi ojo, venga, para ti, toma!

C.: —Bien, vamos a ver, ¿algo interno no querría donar?

F.: —¿Algo interno? Mmmmm... es que interno, no. Bueno, es que como soy egoísta, ¿sabe usted? Eso de que vea así a la gente por la calle decir: «Mira, ése lleva mi corazón, pero como no se ve».

C.: —Ya, bueno, pero, no sé, de todos modos, no sé, eeh... un riñón, algo que usted...

F.: —Mmmmm... es que... Bueno, voy a donar un hígado, voy a donar un hígado.

C.: —Y eso, ¿por qué?

F.: —Hombre, pues, como soy filantrópico y esas cosas, pues, toma, mira...

C.: —Bien, pues, perfectamente: un hígado, perfectamente. Voy a anotarle, mmm... estoy apuntando con esto...

F.: —Es usted el profesional, yo qué sé...

C.: —No he encontrado un bolígrafo a mano, digo, voy a apuntar con esto. Total, estoy apuntando aquí en el cubrepapeles este, o sea que tampoco...

F.: —Muy bien.

C.: —Bien, pues, o sea, que va a donar usted un hígado, muy bien. ¿Y algo más no quiere donar, por favor?

F.: —Pues, no sé, no sé... Por ejemplo, ¿qué podría donar? Pues no sé... Pues done usted las orejas.

C.: —¿Cómo?

F.: —Las orejas, done usted las orejas.

C.: —¿Que done yo las...? ¿Yo?

F.: —Sííí, done usted... o los lóbulos, los pulpejos, o la úvula, o la campanilla, o el bigote, done usted el bigote.

C.: —Déjeme que lo piense.

F.: —No, no, no. Yo no tengo tiempo para estar aquí perdiendo el mismo, no, no.

C.: —Estas personas tampoco.

F.: —No, supongo que no, tampoco. ¿Pues entonces?

C.: —Se acaba el *sketch* y...

F.: —Pues lo zanjamos y ya está.

C.: —Y aquí no se dona nada, ¿eh?

F.: —Y no se dona nada. ¿Y sabe por qué?

C.: —¿Por qué?

F.: —¡Porque somos egoístaaaass!

C.: —¡Somos egoístaaaass! ¡Somos egoístaaaas!

Página musical: la canción de las cafeterías

CANSADO: —Muchas gracias, gracias de verdad. Vamos a abrir ahora la página musical, yo voy a cantar una canción muy bonita y Faemino me va a acompañar al... al... al...

FAEMINO: —A esto, tío, a esto.

C.: —Al instrumento. Bien, eh, para todos vosotros, una canción muy bonita que lleva por título... mmmmm... Bueno, da igual, por favor, ¡dentro *playbacks!*

Laralarala, lata, lara, larala, faralá...

*Hoy son las cafeterías las que tienen buen ambiente,
te tratan con simpatía y te dan perros calientes,
los castizos preferimos las lentejas con su pote,
sus callos y gallinejas y la gracia de su bote,*

*el bote es nuestra ilusión cuando vamos a pagar,
prestamos gran atención porque nos gusta escuchar:*

«¡Dinero al bote...!».

F.: —«¡Gracias!».

C.: —«¡Peseta al bote!».

F.: —«¡Gracias!».

C.: —«¡Un duro al bote!».

F.: —«¿Eeeeh?».

C.: —«¡Gracias, gracias, gracias! Lalará, lalará, larala, laralalalalá...».

¡Quiero ver al traumatólogo!

CANSADO: —Gracias, de verdad muchas gracias. ¡Qué va, qué, qué va!

PÚBLICO: —Yo leo a Kierkegaard.

C.: —Impresionante, de verdad. Bien. Hay gente que nos pregunta muchísimas veces, bueno, dicen: «Vale, pues vemos vuestro espectáculo, y tal, hemos visto otros espectáculos vuestros y bien, pues, nos hemos reído, y tal, y cual, pero, o sea, no hemos conseguido ninguna enseñanza». Vale, pues hoy vamos a paliarlo, vamos a haceros un numerito: qué hacer si os pillan alguna vez, pues, por ejemplo, intentando pasar a ver al traumatólogo y el jefe no os deja pasar. Cuando quieras, Carlos, empezamos el *sketch* del traumatólogo. Uno de los dos va a ver al traumatólogo.

FAEMINO: —A ver, ¿quién...?

CANSADO: —¡Che, che, che, che!

F.: —¿Eh? Es que voy ahí dentro, voy ahí dentro ahora.

C.: —¿Tiene usted hora?

F.: —¿Eh? No, no, no tengo hora, pero es que paso ya ahí dentro.

C.: —Entonces no puede pasar.

F.: —Ah, no, pero es que voy adentro a ver al doctor.

C.: —¿A qué doctor?

F.: —Al doctor Gutiérrez, o sea, tengo que pasar.

C.: —El doctor Gutiérrez no está.

F.: —¿Eh? No, pero, es que él me está esperando, ya.

C.: —Yo, por mí, yo lo dejaba a usted pasar, pero es que el señor Gutiérrez no está. ¡Hola, qué hay, buenos días!

F.: —Pero ese señor ha pasado.

C.: —Ya, pero es que ese señor es... mmm... ¡es un señor!

F.: —Ah, bueno, pues entonces yo paso también.

C.: —Que no puede pasar usted.

F.: —¿Ah, no? ¿Que no puedo pasar?

C.: —No. ¡Hola! ¿Qué hay, doctor Gutiérrez?

F.: —Eeeh... ¡El doctor Gutiérrez, ahí está!

C.: —Sí, pero es que no puede pasar, porque usted no tiene hora.

F.: —Pero si es que me ha dicho que tengo que... ¡Aaaayy, ay, qué daño! ¿No ves que me duele?

C.: —¿Qué le ha pasado ahí?

F.: —Es que me ha dado una coz un puma. Y tengo una fractura por siete sitios, así que tengo que pasar.

C.: —Si fuera por ocho yo le dejaba pasar, pero por siete...

F.: —Mmmm... Ya paso yo, ¿eh?

C.: —No.

F.: —Sí, ya paso.

C.: —¡Hola, Sagrario! ¿Qué tal estás?

F.: —¡Eh! ¡Mire! ¡Ésa es la enfermera del doctor!

C.: —Sí, es la enfermera Sagrario, sí.

F.: —Entonces, paso.

C.: —No.

F.: —Sí.

C.: —No, porque usted no tiene hora.

F.: —Que sí, yo paso ya.

C.: —Que no puede pasar.

F.: —Que sí, que paso ya.

C.: —Que no.

F.: —Que sí.

C.: —Que no.

F.: —Que sí.

C.: —Que no. Y además le voy a llevar al hospital, al calabozo del hospital.

F.: —¡Ay, no, por favor!

C.: —Queda usted detenido, me acompaña al calabozo del hospital.

F.: —¡No, por favor!

C.: —Sí.

F.: —No.

C.: —Sí.

F.: —No. ¡Qué va, qué va, qué va!

PÚBLICO: —¡Yo leo a Kierkegaard!

C.: —¡Ah, en ese caso...! Pase que le vean el doctor Gutiérrez y la señorita

Sagrario.

F.: —Mire, ¡además, no tengo nada...!

Consejo de examen

CANSADO: —Bueno, sí. Vamos a recrearos un examen oral, que es... o sea, la diferencia del examen oral y el escrito ya la sabéis, ¿no? Es un examen que le ocurrió a Faemino, y yo voy a tener el orgullo y el placer de recrearlo junto a él, ¿verdad que sí?

FAEMINO: —Por supuesto.

C.: —Bueno, pues vamos allá, que sea lo que Dios quiera, venga.

F.: —Vale, vale. Estoy un poco nervioso, ¿eh?

C.: —Bien, buenas tardes.

F.: —Buenas tardes.

C.: —¿Qué tiempo hace que no te examinas?

F.: —Eeeh, dos meses.

C.: —Dos meses.

F.: —Bueno, hemos empezado bien.

C.: —Bien, la primera pregunta está aceptada, vamos a ver. Vamos a empezar por una pregunta de sociales.

F.: —Sí.

C.: —La Revolución rusa. La Revolución rusa fue en el año 1917, ¿verdad? ¿Podría decirme, por favor, en qué país se desarrolló?

F.: —1917...

C.: —Sí.

F.: —Sí, bueno, 1917 estamos hablando, ¿no?

C.: —La Revolución rusa de 1917, no, de mil novecientos... no. De 1917.

F.: —Mmmmm... Fue en Azuqueca de Henares.

C.: —Nnno. De 1917, a ver si es que a lo mejor por la fecha te he liado un poco.

F.: —Aaaah, 1917. ¿El año...?

C.: —Revolución, revolución rrrru-sssa, rrrru-sssa.

F.: —Revolución, revolución... en eso estamos de acuerdo: revolución.

C.: —Revolución ru-sa.

F.: —¡Ah! ¿Eh?

C.: —¿Qué país? ¿Qué revolución? De 1917. Rusa. ¿Qué país...?

F.: —Russsa, russsa, rusa, rusa, Rusia, ¡Rusia, Rusia!

C.: —Bien, vale, vale, bien. Vamos a ver: segunda pregunta. Vamos ahora a

sociales...

F.: —Sí.

C.: —Geografía. El río Ebro. ¿Qué tal estás tú del río Ebro?

F.: —¿Yo? ¡Yo fenomenal!

C.: —Bien, esperemos que así sea. El río Ebro. ¿Podría decirme, por favor, cuántas sílabas tiene el río Ebro a su paso por Zaragoza?

F.: —Sí. Cuántas sílabas tiene el río Ebro a su paso por ¿Zaragoza...?

C.: —Por Zaragoza, sí.

F.: —Por Zaragoza, bueno. Por Azuqueca no, por Zaragoza.

C.: —No, en Azuqueca fue la Revolución rusa.

F.: —Vamos a ver. Pues, fueron... son... eeeh... mmmm... eeeh... Churchill, Winston Churchill. No. Victoria, Victoria. ¿Qué? ¿Eh? Genial. Eh... bbbuuu... Genial. No. Mmm... me voy a arriesgar, voy a arriesgarme...

C.: —Arriesgar: ¡así me gusta la gente! ¡Arriesgada! ¡La gente, que sean arriesgados, que sean arriesgados, que sean arriesga-dos, arriesga-dos!

F.: —¿Arriesgados?

C.: —Arriesga-dos.

F.: —Dos, dos, dos. Dos.

C.: —Dos, sí, bien. Sociales, bien. Vamos a pasar a las matracas, a las impopulares matemáticas.

F.: —Vamos a ver.

C.: —Tenemos dos conjuntos.

F.: —Sí, señor.

C.: —Con tres elementos en uno y dos elementos en otro. ¿Cómo se llama la aplicación que corresponde uno, y solamente uno, del conjunto A al conjunto B?

F.: —Yo lo sé. Yo lo sé. Pero... ¿y usted? ¿Eh? Porque a lo mejor yo lo digo, y usted no lo sabe, ¿eh? Y eso que lleva al bolsillo.

C.: —¿Pero cómo no lo voy a saber, si yo soy el maestro? Soy el señor... el profe...

F.: —¿Ah? ¿Cómo que lo sabe? ¿Y quién me dice a mí que usted lo sabe? No. A ver, listo.

C.: —Se llama inyectiva.

F.: —Inyectiva, ya está, pues eso es, inyectiva, claro.

C.: —Inyectiva.

F.: —Bueno, pues ya está, lo sabe, bien, lo sabe.

C.: —Bien, pues vamos a acabar con una pregunta de naturales y ya acabamos, rápidamente. ¿Cómo se llaman los animales que viven en casa de los pobres?

F.: —Terneras.

C.: —No, coño. De los pobres, de los pobres...

F.: —¡Ah, de los pobres, pobres! Mmmm... esto... que son... cerdos, cerditos.

C.: —¡Pequeños!

F.: —Claro, cerditos pequeñitos.

C.: —Que no. Esos que van... yuuuuuuuuuu... ¡De los pobres, animales de los pobres...!

F.: —¡Ah, rat... rat... ratitas...! O sea, ratas... o un dentista... ¡Buuuu...!

C.: —No, son la familia. ¿Cómo se llama la familia? La familia de esos animales.

F.: —Ratoncito Pérez.

C.: —¡De los ricos, no! ¡De los pobres! ¡De los pobres!

F.: —¡Aaaaah, pues haber empezado por ahí! ¡Me estás liando!

C.: —Roe... roe...

F.: —Roe... roe...

C.: —Roedooo... roedoooo... roedooooo-res.

F.: —Roedooo-res. Roedoooo-res. Ya está: roedooo-res.

C.: —Sí, roedooo-res. Aprobado. Venga, ya, aprobado.

F.: —Bueno, pues ya está, pues se acabó. ¿Vas a venir a cenar esta noche? Que dice mamá que si te hace los huevos...

C.: —Que estás aprobado, venga, anda...

Un 'sketch' novedoso

CANSADO: —Muchas gracias, gracias de verdad. De verdad, gracias, gracias. Pero... eso, cortaos un poquito, porque es que... «No, es que en vuestro programa hay muchos aplausos y tal... Claro, están pagados...». Bien: el *sketch* del psiquiatra, servidor, y el paciente. A ver si os sorprende... Se desarrolla en esta parte del escenario, y yo hago de psiquiatra y Faemino hace de paciente.

FAEMINO: —*Pom, pom, pom.*

CANSADO: —¡Han llamado a mi puerta! Otra vez.

F.: —*Pom, pom, pom.*

C.: —¡No, calla, calla, ese ruido! ¡Oh! ¿Quién será? ¿La muerte amarga y aciaga que se...?

F.: —*Pom, pom, pom.*

C.: —¿Quién será? ¿Ser o no ser?

F.: —¿Qué pasa? Que vengo yo de consulta privada, amigo.

C.: —¡Oh, de la consulta privada, y yo estoy aquí hablando por hablar! ¡No, por favor, entre, entre, me postro a sus pies! ¡Soy una mierda!

F.: —¡Uh, no, hombre, hombre!

C.: —¡Soy un humilde neuropsiquiatra, licenciado en Berkeley!

F.: —¡Venga, arriba, hala, arriba, venga!

C.: —¡Y usted es un paciente!

F.: —¡Venga, arriba los corazones, venga!

C.: —¡Un maravilloso paciente y yo soy una mierda!

F.: —No, una mierda, no. Baboso... bueno, pero no. ¡Qué va a ser una mierda!
¡Hala, arriba!

C.: —Uuuuuuuahh, soy un simple psiquiatra, uuuuuahh...

F.: —Venga, póngase usted a mi nivel. Venga, a mi nivel; venga, arriba, ¡venga, olé!

C.: —¡Aaaay! ¡Gracias, machote!

F.: —Venga, arriba. Vamos a ver, ¿le ayudo?

C.: —Sí, muchas gracias. Me voy a venir por aquí, gracias.

F.: —Ahí, muy bien. Me ha asustado usted, ¿eh? Que vengo un poquito mal de la cabeza yo, ¿eh?

C.: —¡Ay, qué sofocos me dan!

F.: —Buenas noches.

C.: —Pues, usted dirá qué le pasa.

F.: —Mire usted, yo es que tengo un trauma. De aquí, de la cabeza.

C.: —¿Y yo qué?

F.: —Hombre, usted, desde luego.

C.: —Yo sí que tengo traumas y problemas en la cabeza.

F.: —Sólo ha habido que verle ahí, arrastrado como un gusano. Como un caracol, echando un reguero de saliva y babas. Total, que tengo un trauma, y un problema.

C.: —Bien, pues, exactamente, ¿qué trauma es?

F.: —Pues mire usted, es que yo tengo un problema con los corderos. O sea, mi trauma es con los corderos.

C.: —Qué ricos los corderos, ¿eh?

F.: —Mmm... no. A mí es que me dan mucha pena. Me dan muchísima pena los corderos...

C.: —¿Los corderos? ¿Pena?

F.: —Sí, sí, mucha pena, mucha pena.

C.: —¿No se come usted los corderos?

F.: —No señor. Yo sólo veo a ese animalito y mire, no... ¡Qué pena! Es que, o sea, me da lástima. Digo: «¡Qué lástima!».

C.: —Un corderito...

F.: —Por Dios, pero si es que es un bendito... pero si es que no ha hecho más que nacer a la vida y voy a venir yo, y me lo voy a comer, es que estoy... soy un cabrón o

algo...

C.: —Yo es que comerlo, no, pero darle una patada en la tripa...

F.: —¿Eeeh?

C.: —Bueno, y entonces, ¿qué le ocurre exactamente?

F.: —Pues, nada, que yo es que tengo un trauma porque por las noches tengo pesadillas, ¿sabe usted? ¿Sabe con qué?

C.: —No.

F.: —Con... con... ¡con los vegetaaaaales, uuuuauaaaaah...!

C.: —¿Que sueña usted con vegetales?

F.: —Sí señor, sí señor. Sueño con vegetales, uuuuaaaaah, y con las verduras, aaaaahhh... Me persiguen las verduras, tengo pesadillas horribles. Veo como unos apios así, me vienen a perseguir a mí, a mí, ¡a mííí! Digo: «Pero, hombre, ¡unos apios!, pero, hombre... ¿Dónde se ha visto esto? ¡Por Dios! ¡Aaaaaahhh...!»». Veo como una calabaza. Me persigue también, y veo como unas alcachofas y me revientan en la cabeza... ¡Aaaaaahhhh...!

C.: —*No problem!*

F.: —Sí señoor.

C.: —*No problem!*

F.: —Sí señor, y con lo mal que huelen...

C.: —*No problem!* Yo he estudiado en América, *no problem*. Bien, va a dejar usted de tomar verdura; no va a tomar tampoco cordero; y, como novedad, se va a tomar pescado azul, como la nobleza.

F.: —Pescado azul... Bueno, voy a decir que me ha salvado la vida.

El Gran Melquíades, imitador

CANSADO: —Gracias. Bien, en la vida de un presentador pocas veces se llega a obtener algo tan gustoso como esto que tenemos aquí esta noche. Es para mí un placer presentaros a una persona que ha recorrido el mundo entero —dos veces, además— haciendo un número de imitación de pájaros, maravilloso. Él es ornitólogo. Es para mí un placer presentaros, presentarles, ¡al Gran Melquiades! Bien, el Gran Melquiades va a empezar imitándoles, ni más ni menos que... ¿qué vas a empezar imitando?

FAEMINO: —Bueno, voy a empezar imitando el pájaro cualesquiera.

C.: —Cuando quieras, Melquiades.

F.: —Bien. (*El Gran Melquiades pone cara de pájaro cualesquiera*).

C.: —Pero esto es...

F.: —Bueno, es más o menos, o sea... O sea tampoco es...

C.: —Ya, o sea, tampoco es muy exhaustivo ¿no?

F.: —Ahora, ahora... ¿Has visto? (*El Gran Melquiades pone cara de pájaro cualesquiera; esta vez notablemente mejor*).

C.: —Bien, el pájaro cualesquiera. ¡Fabuloso Melquiades! Bien, bueno, bueno, bueno. Bien. Ahora va a hacer una cosa un poquito más estrambótica, algo más peculiar... ¿Qué vas a hacer?

F.: —Bueno, saliéndome un poco de lo que es mi especialidad, voy a hacer para todos ustedes con mucho cariño y mucho respeto, voy a hacer a un ornitorrinco. (*El Gran Melquiades cierra los ojos*).

C.: —El Gran Melquiades interpreta a un ornitorrinco. Eeeh... Melquiades, ¿pero esto es un ornitorrinco?

F.: —¿Eh? Sí, pero es que está durmiendo, mira.

C.: —Bien, vale. Gracias Melquiades. Después de esta bonita panoplia, de esta fantasía de imitaciones, va a hacer lo que a él realmente le ha dado la fama en el mundo entero, en Estados Unidos, ¡bbuuu...! En ese vasto país ha hecho maravillas: él imita fundamentalmente pájaros en celo... Va a empezar imitando a un tucán en celo.

F.: —A ver si me sale... (*Pone cara de tucán en celo*).

C.: —¡Perfecto, un tucán en celo! Bien, vamos un poquitín más allá, un pelín más allá, un poquitín, nada, una cosita de nada... Va a hacer ahora una buganvilla de Guatemala en celo. De Guatemala.

F.: —¿Eh? ¡Ah! (*Pone cara de buganvilla de Guatemala en celo*).

C.: —De Guatemala. ¡Melquiades! Y ahora ya, como cerrando el ciclo, como brillante colofón, va a imitar un loro en celo.

F.: —Uuua-pa, uuua-pa, uuua-pa.

C.: —¡Eh! ¡El Gran Melquiades! ¡Melquiades! ¡Melquiades!

Un chiste juvenil

CANSADO: —Hola, muy buenas noches a todos.

FAEMINO: —Buenas noches a todos.

C.: —De que lo cual que buenas noches y una vez más, muy buenas noches, buenas noches a todos...

F.: —Me ha dicho el médico que deje la cerveza. Digo: «Sí, ya, será la fría». Y me la estoy tomando caliente como el caldo, macho.

C.: —Como los ingleses.

F.: —A ver, que están locos de la cabeza, amigo.

C.: —Bien, buenas noches. Esta noche...

F.: —La cerveza no puede hacer daño, amigo. No señor.

C.: —¿Por qué?

F.: —Pues porque ¡coño!, pues, porque es de Nuestro Señor esto.

C.: —Bien, vamos a contar, queridos amigos, esta noche... ¿Sabes quién bebe mal la cerveza?

F.: —¿Quién?

C.: —Los jóvenes.

F.: —Los jóvenes, claro. No es que la beban mal, es que no la saben mear.

C.: —Bueno, eso. Me da igual que lo mismo me da, igual.

F.: —Mira el tripón que tengo, mira el tripón...

C.: —Impresionante, ¿eh?

F.: —¿Has visto? Mi dinero me ha costado. Mira, ¡vaya tripón...!

C.: —¡Oh, vaya tripón, madre mía! ¿Eso de qué es? ¿Tres meses, no? ¡Qué tripón, qué sinvergüenza!

F.: —Ya ves. Total.

C.: —Bien, vamos a contar un chiste, ya que hemos mentado a los jóvenes, vamos a contar un chiste con mucha marcha, un chiste joven. Bueno, como chiste, fenomenal, ¿no?, de estos chistes de tarjeta joven. Bien, esto es un...

F.: —¡Uy!, debo tener alguien dentro, macho. ¿Qué pasa?

C.: —Sí, que estás enfermo o algo, además, tú. Bien, esto es un grupo, a la sazón, de jóvenes que están en la plaza mayor, de cualquier parte, porque en cualquier plaza mayor se reúnen los jóvenes a beber cerveza, además.

F.: —Hombre, de marcha.

C.: —De marcha.

F.: —Claro, de marcha, a lo suyo.

C.: —Y están todos los jóvenes ahí, venga los jóvenes ahí... «Joder, macho, ¡qué marcha!».

F.: —«¡Qué marcha tenemos, joder, estamos sentados aquí con una marcha!».

C.: —«Joder, jóvenes, qué marcha tenemos, y tal... ¡Qué marcha tenemos...! Claro, como somos jóvenes, pues tenemos marcha y tal». «¡Eh, joven!».

«¿Qué pasa, joven?».

«¿Y tú?».

«Pues ya ves, joven, aquí... de marcha».

«Joder, qué marcha...» y tal, ¿no? Y al cabo del rato aparece otro joven.

F.: —Y llega y dice: «Vamos a ver, ¿quién es el cabecilla de la marcha? O sea, ¿de estos jóvenes con marcha?».

C.: —«De este grupo de jóvenes, yo soy el joven, el cabecilla joven».

F.: —«¿Tú eres el cabecilla joven, chaval?».

C.: —«Sí. Esa mano estorba, ¿eh?».

F.: —«Bueno, te voy a decir una cosa, escucha».

C.: —«Sí. Esa mano la puedes quitar».

F.: —«¡Escúchame! Escucha, vamos a ver, escúchame: ¿tú quieres ver un Porche que me he comprado?».

C.: —«¿Tú tienes un Porche, joven?».

F.: —«Ya lo ves».

C.: —«Bueno, vamos a verlo». Cogen los dos jóvenes...

F.: —Van los tíos...

C.: —Cogen el autobús...

F.: —Cogen el autobús... «¿Eh? ¿Qué? ¿Has dicho algo?».

C.: —«No, nada».

F.: —«Ah, vale».

C.: —«Joder, ¡qué marcha!, ¿eh?».

F.: —«¿Eh? Llevamos una marcha...».

C.: —«Oye, ¿y el pendiente ese que llevas? ¡Qué marcha!, ¿no?»

F.: —«Pues, mira, de marcha, que tengo marcha, mira, ya ves».

C.: —«Joder, joder». Bueno, conque se bajan del autobús, cogen otro autobús..., cogen otro autobús...

F.: —«¿Qué? ¿Has dicho algo?».

C.: —«No, no, nada».

F.: —«Ah, vale».

C.: —«Qué marcha, ¿eh?, joven».

F.: —«Sí, mucha marcha».

C.: —Bueno, conque se bajan, y llegan por fin a donde tienen que llegar.

F.: —Dice: «¿Tú quieres ver mi Porche?».

C.: —«Vamos a verlo».

F.: —«Venga, ven, mira, entra en casa, verás».

C.: —«Esa mano estorba mucho, ¿eh?».

F.: —«Bueno, vale, que se pueden decir las cosas sin tocar, ¿no?».

C.: —«Hombre, ya ves».

F.: —Bueno, total... «Pasa, pasa a mi casa, mira, ven, ¿te enseño el Porche?, ¿lo quieres ver?».

C.: —«Sí. ¿Está dentro de casa?».

F.: —«Sí, dentro, mira, ven, pasa al patio, mira: ¿ves este patio, todo el patio?».

C.: —«Sí, sí».

F.: —«Mira, el porche».

C.: —«O sea ¿que tú quieres vacilar a un joven?».

Coge el joven, coge un bate de béisbol y hace: ¡bum! ¡Hala, la cabeza abierta por cuatro sitios! ¡Ni un puma puede hacer una cosa igual!

F.: —«¡Aaaaay, aay, aaaay!».

C.: —¡Hala, al hospital! Y coge el tío, se va al hospital, a un hospital de estos jóvenes, ¿no?, de estos enrollaos, ¿no?, de esos con todos los médicos con pendientes y tal, bueno, enrollaos y tal...

F.: —O sea, radiografías jóvenes...

C.: —Todos jóvenes, con mucha marcha y tal... «¿Qué pasa, joven?». «Bueno, que me han abierto la cabeza». «Joder, cómo mola». «Qué marcha, joder, qué marcha tiene», y tal.

F.: —Total. Pasa el tiempo...

C.: —Y otra vez los jóvenes en la plaza mayor, ¿no? Llega el joven y dice: «¡Vaya marcha y tal, joven!, ¿eh?».

F.: —Y total que llega el chaval... «Oye, tío, ¿te acuerdas de mí?, al que le abriste la cabeza por dos sitios».

C.: —«Hombre, cómo no me voy a acordar ti, claro que sí».

F.: —«Vale, te voy a decir una cosa. Sin tocar, ¿no?».

C.: —«Hombre claro».

F.: —«Vale. Oye, pues se dice y ya está».

C.: —«Hombre, joder, ya te lo he dicho veinte veces por lo menos».

F.: —«Vale. Oye tío... es que mira, me he comprado un Porche».

C.: —«Y quieres que vaya a tu casa a verlo, ¿no?».

F.: —«Sí, ¿quieres?».

C.: —«Bueno, yo voy, pero ya sabes lo que pasa con los jóvenes».

F.: —«Bueno, te vienes, venga vamos». Total que cogen el autobús, llegan al autobús... Llegan a su casa y dice: «Mira, pasa a mi casa, ven, mira, vamos al comedor».

C.: —«No me he traído el bate, ¡pero tengo una mala leche...!».

F.: —«Mira, escucha, aquí en el comedor, mira... Voy a abrir el armario este donde tengo las bebidas, verás, los licores y eso, mira... abro, ¿ves?, saco una botella y mira, ponche, Ponche Caballero, chaval».

C.: —Vale, vale, no, bien, bien. «No tengo el bate, pero aquí hay un sillón de oreja que te lo voy a estampar en la cabeza...». ¡Bbbpppuuuuuuu! Al hospital joven otra vez.

F.: —¡Joder, le da así un golpe joven, bbbpuuuuu...! Un cacharrazo, venga, con esta butaca joven, bbbpuuuuu... Bueno, total, un mes... Dos meses...

C.: —Tres meses... Cuatro meses...

F.: —Cinco meses... Éste de mi bolsillo: cinco meses...

C.: —Y ya por fin al sexto mes... «¿Qué pasa, joven? Vaya marcha que tenemos, y tal».

F.: —«¡Chaval, chaval!».

C.: —«¡Hombre, el del Porche!».

F.: —«Mira chaval, mira, ¿has visto? ¿Sabes lo que es esto?... Las llaves del Porche».

C.: —«¡Que te voy a arrear con...!».

F.: —«Qué, ¿quieres verlo?, ¿eh?, ¿quieres verlo?, ¿eh?... ¡Porche, toma tus llaves!».

C.: —«Me cago en mmmm...».

F.: —¡Gracias, muchas gracias, adiós!

C.: —¡Y aquí acaba el espectáculo! ¡Adiós!

F.: —¡Adiós! ¡Hasta siempre! ¡No cambiéis nunca!

Capítulo séptimo



CANSADO: —Buenas noches, bienvenidos, *welcome*. Las primeras cosas que yo digo siempre tienen que ver con la pasta, con el dinero y tal, pero, bueno, la idea es que nosotros siempre todo lo hacemos ¡por la pasta!

FAEMINO: —¡Bien jugado, bien jugado! Gracias, gracias amigos. Dinero, además, que va a ir muy bien invertido. ¿Por qué? Porque el crucero que nos vamos a pegar no se paga solo.

C.: —Está bien, está bien. Vamos a empezar ya el...

F.: —¡Joder, qué fuerza macho...! Y dicen que esto es fácil, ¡una mierda, va a ser fácil!

C.: —Vamos a empezar ya el espectáculo de hoy...

F.: —¡No, no, no! No digas ese número, no lo digas. No lo digas.

C.: —Pero si... ¿qué más da? Venga... Vamos a hacer hoy el número... el programa...

F.: —No, no, ese número no lo digas, que sales en televisión... eso no... que está muy mal, que da muy mala suerte.

C.: —¿Da mala suerte? Pero ¿quién ha dicho eso? Si son...

F.: —Sí; no lo digas, no lo digas. No, di un número anterior u otro posterior, pero ése no lo digas.

C.: —Pero si eso es del siglo pasado.

F.: —No. No lo digas. No lo digas.

C.: —¡Bienvenidos al programa número 9! Pero, Faemino, por favor, venga, pero ¿qué te ha pasado? Faemino... ¿qué ha pasado?

F.: —¿Eh? Ay, un gato negro, un gato negro.

C.: —Que no, que soy yo, tío, venga.

F.: —Una escalera.

C.: —¡Bienvenidos al programa número 8 + 1! Empezamos ya este programa con un *sketch* de silla y mesa. Vámonos, venga...

Despedidos

CANSADO: —Como decíamos ayer, vamos a continuar los *sketch* de silla y mesa con el *sketch* del psiquiatra y del paciente, la gente que sigue el programa habitualmente, creo que son tres o cuatro, notarán que empezamos por el *sketch* este en vez de acabar, por qué, quedaos hasta el final y lo veréis. El *sketch* del psiquiatra y el paciente comienza ya.

FAEMINO: —*Pom, pom, pom.*

CANSADO: —¿Sí? Adelante. Buenos días. Le noto un poco triste hoy, ¿eh?

F.: —Sí, señor. Es que no voy a volver a verle nunca.

C.: —¿Cómo, cómo, cómo?

F.: —No señor. Nunca más volveré a su consulta.

C.: —Eso es bueno, eso quiere decir que ya se ha curado, que ya no tiene problemas, ya no tiene traumas con los corderos, que ya está usted...

F.: —No, qué va, qué va... Yo sigo teniendo el trauma de los corderos, me gustan cada vez más... ¡Ay, los corderos!

C.: —Entonces, ¿por qué?

F.: —Me gustas, cordero.

C.: —¿Cuál es el problema, entonces? O sea, ¿por qué no va a venir nunca más aquí? ¿Le trasladan de ciudad?

F.: —Porque me han despedido, ¡uuuaaaah...! Me han despedido, vamos, vamos, ¡aaaaahahaha...!

C.: —Pero ¿cómo que le han despedido? Pero, explíquese, explíquese...

F.: —Sí, me han despedido. Pues dicen que me repito como la morcilla, que siempre digo lo mismo y todo eso, y yo cuando me comprometí a hacer estos *sketch*, pues lo había hecho para renovarme y eso, pero dicen que siempre digo lo mismo, ¡uuuaaahh...!

C.: —Ahí tiene mucha razón, porque es que siempre la misma historia, que si corderos, que si un trauma, que si no hay que comer cordero...

F.: —Yo quería cambiar y hablar de borregos, de ovejas, de carneros...

C.: —Hombre, también están, yo qué sé, los cerditos, el ganado vacuno, o sea, podía usted haber variado un poquitín...

F.: —¿Y qué culpa tengo yo de tener fijación con la cabaña merina?

C.: —Y luego, además, siempre la misma historia, que si soy de Segovia, de un pueblo de Segovia, que no sé qué...

F.: —¿Eh, y qué tiene usted contra Segovia?

C.: —¿Eh? No, no, yo no tengo nada.

F.: —Hay dos Segovias. Hay dos corderos.

C.: —Bien, vale, bien.

F.: —Vivan los comuneros.

C.: —Venga, tranquilícese, por favor.

F.: —Viva Castilla.

C.: —Venga, tranquilícese, por favor.

F.: —Sí, pues cuando le diga yo a usted ahora... ya verá.

C.: —¿Qué dice usted? Paciente, llevo ocho programas con usted y no sé cómo se llama, se llama...

F.: —Me llamo «tío», ¡uuuaaaah...!

C.: —«Tío».

F.: —Tío Arguiñano... El de los corderos... El de los corderos al hombro, como Víctor Manuel, ¡uuuuuuuuahhh...!

C.: —Son cinco mil pesetas.

F.: —¡Uuuuuuuuuahhh! Pues, cuando le cuente a usted, se le va a ir la fiesta, amigo.

C.: —¡Qué! ¿Qué pasa?

F.: —Pues que le han despedido a usted también.

C.: —¿Que me han despedido a mí también?

F.: —Sí, porque dicen que también se repite usted, que siempre me está recetando verduras y verduras.

C.: —Bueno, pero hombre, es que, claro, para su caso lo mejor es comer verduras, pero vamos le receto apio, le receto brócoli, le receto coliflor...

F.: —Pues sí, eso, ¿y por qué siempre me receta verduras? ¡Pues no hay cosas que recetar...! Pescado hervido, jamón york, huevos *hilaos*... y, siempre, nada más que verduras, ¡aaaaahhh...!

C.: —O sea, ¿que nos han despedido a los dos?

F.: —Sí señor, ¡aaaahhh!

C.: —¿Sabe lo que le digo?

F.: —¿Qué?

C.: —¡Hínchese a cordero!

F.: —Diga usted que sí.

C.: —Que se jodan. ¡Hínchese a cordero!

F.: —Y me hincho a cordero.

C.: —Y se acabó.

F.: —Y yo le invito a mi pueblo, a venirse a comer cordero, sí señor.

C.: —Muy bien, a comer cordero, eso es.

F.: —A Segovia.

C.: —Sí señor, a comer cordero.

F.: —Ay, no. El médico me lo ha prohibido, sólo puedo comer verdura.

C.: —Pero que el médico soy yo. Venga, hombre, déjelo, que el médico soy yo.

F.: —Ah, que el médico es usted. ¡Ah! ¡Pues venga!, ¡viva el colesterol!

C.: —Vamos a hincharnos de cordero y dejarnos de tonterías.

Qué hacer si no os dejan pasar a una Discoteca

CANSADO: —Qué va, qué va, ¿qué va?

PÚBLICO: —¡Yo leo a Kierkegaard!

C.: —Perfecto, bien. Bueno, la gente que nos sigue hay veces que nos pregunta: «Oye, pues bien, el programa está bien, es ameno, entretenido, es un rollo, etcétera, pero lo que pasa es que no sacamos ningún fruto del programa y no nos sirve para nada y eso». Y entonces como no nos gusta que nos digan esas cosas vamos a intentar paliarlo, vamos a daros una pauta para que, si alguna vez no os dejan pasar a una discoteca, pues, hagáis esto y así os dejen pasar. Qué hacer si no os dejan pasar a una discoteca. Cuando quieras, Carlos.

FAEMINO: —Va... Suerte.

CANSADO: —¡Eh, eh!

FAEMINO: —¿Eh? ¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¡Jo, qué pasa!

C.: —Que no puede pasar.

F.: —Ah, es que voy ahí dentro. Voy a bailar, voy a bailar ye-yé, voy a bailar...

C.: —Es un club privado.

F.: —Ah, bueno, pero yo ya paso.

C.: —Sólo socios.

F.: —Ah, vale, pero yo paso ya a bailar, ¿eh?

C.: —¿Usted es privado?

F.: —¿Eh? No, señor...

C.: —¿Y socio?

F.: —No, no, pero escúcheme, pero si es que le estoy diciendo una cosa... O sea, me tiene usted que atender. Vamos a ver, si le estoy hablando con educación... Vamos a ver, yo paso ya, ¿eh?

C.: —No, no, no.

F.: —Si es que voy ahí dentro, pero no voy a bailar, voy a...

C.: —¡Hola! (*Dirigiéndose a otra persona*). ¿Qué hay, chaval? Pasa.

F.: —Ah, vale... No, es que... ¿Él es privado? ¿Ése?

C.: —El chaval este sí.

F.: —Ah, es privado, bueno.

C.: —Es el hijo del jefe.

F.: —Ah, vale. Escucha: es que voy adentro, pero a leer, no voy a bailar, no, no, a bailar no; ye-yé, no, no; a leer.

C.: —¡Oh, qué cliente más interesante!

F.: —¿Eh? Ahora ya paso.

C.: —No, no, no, que no. Es que con el ruido y las luces y eso te vas a distraer y no puedes leer dentro. Lee aquí fuera.

F.: —Bueno, pues hacemos una cosa: usted lee el libro aquí, y yo paso ya a bailar

ye-yé, venga.

C.: —No, no, no, un momento, un momento... Es que no sé.

F.: —¿Que no le gusta?

C.: —No, no me gusta.

F.: —Ah, vale. Bueno, pues ¿le digo una cosa?

C.: —El qué.

F.: —Si no sé bailar, si yo soy un pato mareado bailando, mire: ye-yé, ye-yé... Así que entro ya.

C.: —¿Y yo? ¿Qué se cree? ¿Que sé bailar? Mire: ye-yé, ye-yé... Iguales, estamos los dos iguales.

F.: —Bueno, pues ya paso entonces.

C.: —No, no, que no.

F.: —No, ya paso.

C.: —Además, me están entrando las glándulas seminales ya... No pasa, ¿eh?

F.: —No, pero paso ya.

C.: —¡No, que no pasa!

F.: —Paso.

C.: —Que no, además, me vas a acompañar al calabozo de la discoteca.

F.: —No, no, no, por favor.

C.: —¡Sí, me acompañas al calabozo de la discoteca!

F.: —No, por favor, no, no...

C.: —¡Sí, tú me acompañas al calabozo de la discoteca!

F.: —No, qué va, no... ¡Qué va, qué va, qué va!

PÚBLICO: —¡Yo leo a Kierkegaard!

C.: —¡Tú me acompañas al calabozo de la discoteca!

F.: —¡Qué va, qué va, qué va!

PÚBLICO: —¡Yo leo a Kierkegaard!

C.: —¡Que no, que tú no pasas, ni éstos tampoco! ¡Tú no pasas! ¡Venga, al calabozo de la discoteca!

F.: —Que yo leo a Kierkegaard.

C.: —Vamos, que no, que no tiene nada que ver, venga, al calabozo de la discoteca, vamos.

Página musical: 'Buenas noches, mi amor'

CANSADO: —Gracias. Bien, vamos a animar un poco el ambiente, vamos a abrir la página musical del programa. Yo voy a cantar y Faemino va a tocar un... Faemino no

sé si podrá aguantar el peso de la responsabilidad esta noche...

FAEMINO: —¿Esto qué es? ¡Una banqueta, macho!

C.: —Bien. Vamos a cantar una canción para todos vosotros, dedicada a los más jóvenes, a la gente mayor, bueno a todo el mundo. Cuando queráis, por favor, ahí arriba, pues ponéis el *playback*, por favor...

*Buenas noches, mi amor,
buenas noches, tanti soñi,
buenas noches, mi amor, mi amor,
mi amor, a mile, a mile,
cuánto te extraño amor mío,
mi poglio bene, bene questa sera,
questa... con me, amor mío,
buenas noches mi amor, mi amor,
buenas noches, tanti soñi,
buenas noches mi amor, mi amor, mi amor, a mile, a mile.*

El guipuzcoano errante

CANSADO: —Buenas noches. Hoy os voy a contar una leyenda, una leyenda que compuso Gustavo Adolfo Bézquer. Es una leyenda que se llama «El guipuzcoano errante». Espero que os guste, porque es una leyenda que tiene todo lo que debe tener una leyenda, bueno, casi todo. Ésta es la historia de un muchacho de Rentería, Andoni L. Gabicogoguiascoa, que era de Rentería, ya digo, y veraneaba siempre en Zaráuz. Bueno... veraneaba... Trabajaba en un chiringuito dieciocho horas diarias, él dice que trabajaba... Entonces, después de trabajar, se iba a la playa a pasárselo bien, a levantar piedras y partir troncos, y se lo pasaba fenomenal. No olvidemos que es una leyenda. Y él... ¡ah! ¡Ay, qué error más tonto...! Esto todo transcurre en el año del Señor de 1808, es que se me ha olvidado decirlo al principio... Y entonces, estaba nuestro amigo Andoni L. venga a levantar piedras y tal, y conoció a Agustina, una chica de Zaragoza muy interesante y tal, y empezaron a intimar: «Ay, qué buena estás, Agustina». Bueno, es que había estudiado también en Galicia... Y, entonces, Agustina se enamora locamente de Andoni: «¡Cuánto me gustas, Andoni!». Y... bueno, es igual, ella era cosmopolita, y entonces, ella también tenía un hermano que se llamaba Paco, también de Zaragoza, y dice: «¡Eh! ¿Quieres que hagamos cosas, Andoni?». Y dice: «Sí, pero tengo que llamarte Pachi». Dice: «Vaya una cosa más aburrida eso de levantar piedras y partir troncos, ¿por qué no cogemos bueyes y arrastramos piedras?». Y, entonces, así lo hicieron y-empezaron a pasárselo bien los

dos amigos y estuvieron todo el verano juntos y tal y cual, y al final, ya en octubre fueron a Zaragoza, ¿no?, y entonces, llegaron a Zaragoza y, de pronto, empezaron las tropas napoleónicas a dar vueltas alrededor de Zaragoza: «Vamos a conquistar Zaragoza» y tal... Y Agustina que era muy patriota le dijo a Andoni: «Andoni, Andoni, tenemos que acabar con el francés». Dice: «¿Qué...? ¿A qué te refieres?». Dice: «No, o sea, es que no me he explicado bien, tenemos que acabar con el soldado francés». «¡Ah! vale, pues sí: acabemos». Entonces, Agustina de Zaragoza le dijo a Andoni López, Andoni L. Gabicogoguiascoa: «¡Vamos a defender estas murallas!». Y dice: «¡Hala, que no, y me voy ami casa!»... Y Agustina... pues ya sabéis lo que hizo, y Pachi se fue a su casa a pasárselo bien. Y ésta es la historia que transcribió Gustavo Adolfo Bézquer.

¡Es la guerra!

(Faemino y Cansado, vestidos de militares, porque hacen de militares. Faemino está herido).

FAEMINO: —¡Ay, ay, ay, ay, ay!

CANSADO: —Canta y no llores.

F.: —Bien. Cucurrucucú...

C.: —Paloma.

F.: —Bien. ¡Ay, sargento, sargento, ay, siga sin mí, sargento! Que uno de los dos pueda llegar a la gloria, o algo, puesto que yo creo que voy a morir, que uno... *(Cansado obedece y se va)*. ¿Eh? ¡Sargento, sargento! ¡Sargento, venga usted aquí, hombre!

C.: —Como me has dicho que me...

F.: —A usted le dicen dos cositas y ya... Sargento, deposítame aquí.

C.: —¡Si has sido tú, gordito, si te hemos visto!

F.: —¡Mírale, mírale el tío! ¡No te escondas, que te hemos visto! ¿Qué querías? ¿Matarme? ¡Uuuuh...! Por aquí. No, no, por aquí no, por aquí no.

C.: —¿Por aquí?

F.: —Un poquito más allá, que es que aquí hay barro.

C.: —Es lo malo de la guerra, que está perdida.

F.: —De barro. ¡Ay, ay, ay, qué dolor, qué dolor, qué dolor tengo!

C.: —Voy a investigar la herida que tiene... *(Va a mirarle la cabeza)*.

F.: —No, si aquí no estoy herido, no, esto no es nada, esto es camuflaje, para impresionar... Donde estoy herido es en la pierna. ¡Oh, qué dolor!

C.: —Cómo no vas a estar herido aquí en la cabeza, chico...

F.: —Que no, que no, es en la pierna, en la pierna... ¡Oh...! ¡Ay...! Además, yo creo que ha sido un neutrón porque escuece distinto... ¡Aaah, qué dolor!

C.: —Uy, esto es...

F.: —Deme usted, deme usted, verá... Le veo incrédulo, le veo incrédulo... Deme usted ahí, en la cabeza, sí, sí... ¿Eh?, ¿eh? Si yo tuviera ahí algo, estaría dando botes.

C.: —¡Usted no tiene aquí nada, Señor!

F.: —Claro. Ahora pruebe ahí, en la pierna... ¡Uff, uh! ¿Eh?

C.: —Demostrado.

F.: —¿Es o no es? ¿Estamos o no estamos?

C.: —Sí. ¿Sí o no? ¿Sí o no? Sí.

F.: —Sí. ¡Aaaay, ay, qué dolor, qué dolor!

C.: —Ah no, esto es una gangrena gaseosa, ¿eh?

F.: —Bueno, menos mal, qué buena noticia me ha dado.

C.: —Y, además, hay que operar, ¿eh?

F.: —Mira, pues estamos apañados.

C.: —Y tiene suerte porque tengo camas.

F.: —Vaya, pues, no, si al final, voy a tener suerte. ¡Aaah, mmm, ah!

C.: —Ay, lo que pasa es que no he traído la anestesia.

F.: —¿Eh?

C.: —No he traído la anestesia.

F.: —Ah.

C.: —Si quieres, te puedo dar un puñetazo como Rambo o te doy el güisqui como Indiana Jones...

F.: —Pues... un puñetazo, como Rambo. Yo es que me he vuelto loco por la guerra. ¡Aaah, aaah! Ah, no, ¡güisqui, güiisqui, como Indiana Jones, güisqui!

C.: —Con moderación, ¿eh? Moderación.

F.: —¡Pero si esto es agua!

C.: —Pero con gas.

F.: —Ah, sí. Ya noto el efecto del gas.

C.: —Bueno, pues voy a comenzar la operación, le voy a interesar los tejidos, para empezar, los tejidos que son, mmm... parece un tejido así... tergal, un poco anticuado pero está bien, estoy interesando lo que es el hematoma en sí mismo de la bala que tiene el chaval, le voy ahora a sacar rápidamente el balín, ¡ah!, ya está sacado, y ahora le echo un poco de gapo, para que cicatrice antes, simplemente es para eso, y bueno, tiene tres segundos de postoperatorio y en cuanto pasen tres, ya te puedes levantar. Una, dos y tres.

F.: —¡Jo, qué bien me encuentro, qué manitas tiene usted, jefe, qué barbaridad!

C.: —Del Insalud, del Insalud.

F.: —¡Anda! Bueno, quitando que era la otra pierna, está bien. Pero ¡ay, mira!,

cosido ahí, mira, sargento Ramírez y la fecha, qué bonito, qué barbaridad. Pues, vamos a seguir avanzando que ya me ha dado así un poco de moral a la cosa. Vamos a seguir avanzando... ¡Ay, uy, yyaaay, que soy alérgico al gajo, uuuy, aaay, uuuummm!

C.: —¡Aaaaah, qué pena más grande, se ha muerto! Ésta es la escena de mi lucimiento... Eeeh... ¿Cómo lo voy a contar en el cuartel?

F.: —¡Sargento, sargento!

C.: —Espera, espera un poco, espera... ¡Aaaay, qué dolor más grande me invade!

F.: —¡Sargento, sargento! ¿Está usted ahí?

C.: —¿Quién soy?

F.: —El sargento.

C.: —Aaah.

F.: —¡Sargento, qué tragedia...! ¡No veo!

C.: —Te has muerto y, además, ¿no ves? Vaya lote. ¿Tú sabes qué es lo primero que hacen los oftalmólogos?

F.: —Lo ignoro.

C.: —Abrir los ojos.

F.: —Ah, mucho mejor ¿eh? Joer, ¡qué diferencia!, ¿eh? ¡Qué barbaridad...! ¡Sargento, sargento!, cuando yo me muera, tengo yo dispuesto que me han de enterrar en una bodega, al pie de una cuba, con un grano de uva en el paladar, a mí, me gusta el pi-pirivi-pipí...

C.: —Con qué...

F.: —Con la bota empiná, para-va-papá... Con el pi-pirivi-pipí...

C.: —Con qué...

F.: —Con el pa-parava-papá... Y al que no le guste el vino, sargento, es un animal. Me voy a morir, pero antes, voy a decirle dónde están escondidos los planos secretos, que ganan la guerra.

C.: —¡Buah, buah, no me lo creo!

F.: —Sí señor, me ha caído usted bien.

C.: —Pero si los moribundos nunca decís nada. Decís que sí, que sí, que sí, y luego...

F.: —Yo le voy a decir dónde están los planos secretos, yo se lo voy a decir...

C.: —Que no...

F.: —A que se lo digo...

C.: —A que no...

F.: —A que se lo digo...

C.: —A que no...

F.: —Mil duros.

C.: —Va, mil duros.

F.: —Mil duros. Los planos están en... en... Mil duritos, ¿eh?, joé.

C.: —A un panal de rica miel, cien mil moscas acudieron, mas todas por golosas murieron, presas de patas en él. Se ha quedado hecho una pavesita.

F.: —Yo estoy muerto.

Chiste esquimal

CANSADO: —Buenas noches a todos, de que buenas noches lo cual que muy buenas noches.

FAEMINO: —Tengo una tos, macho, que me sale, yo qué sé, de los pulmones, yo qué sé de dónde...

C.: —Debe ser del tabaco, ¿no?

F.: —Sí, debo tener en los pulmones por dentro o algo y debe ser eso.

C.: —Ya, los alveolos, los tienes enfervecidos.

F.: —Yo qué sé, del tabaco, puede ser del tabaco, yo qué sé.

C.: —¿Tú cuánto fumas ahora?

F.: —Yo, dos paquetes.

C.: —¿Dos paquetes al día?

F.: —Sí.

C.: —Eso no es nada.

F.: —Eso no es nada, qué va a ser.

C.: —La ONU dice que puedes fumar tres al día, me parece, tres o cuatro, no sé.

F.: —Sí señor, sí. Si es negro, si es negro, no, no puedes fumar, solamente dos paquetes al día, pero si es rubio, como yo, la ONU dice que puedes fumar cartones y cartones.

C.: —Pues si lo dice la ONU...

F.: —Pues, oye, habrá que hacer caso, yo qué sé.

C.: —El maestro lo tiene la Santa Madre Iglesia.

F.: —Ya ves. O yo qué sé, o a lo mejor también debe ser del humo de los autobuses o algo.

C.: —Eso va a ser de la contaminación.

F.: —Sí, sí.

C.: —De los humos de los autobuses y el metro y eso.

F.: —Sí, sí, de los extractores del metro. Va a ser eso.

C.: —Bien, queridos amigos, esta noche vamos a contar un chiste de la zona no contaminada, un chiste ecologista...

F.: —¡Ah, es precioso! ¡Buah!

C.: —... que transcurre en el mundo de los hielos, en los polos, o sea, donde no hay contaminación, no hay nada, nada.

F.: —No hay ni autobuses ni nada, nada.

C.: —Sí, hay autobuses.

F.: —Ah, bueno, sí, uno, queda uno.

C.: —Sí, los que llevaron los conquistadores españoles, sí.

F.: —Sí, lo dejaron allí.

C.: —Se llevaron los autobuses y la gripe.

F.: —Y la patata también.

C.: —Sí. Se llama la gripe de polo, pues fíjate, o sea, en cuanto llega la gripe ya... sin problema. Bien, vamos a contar un chiste, queridos amigos, un chiste que transcurre en el Polo Norte...

F.: —¡Ay, en el Polo Norte! ¡Qué pena! ¡Podía ser en el Polo Sur, porque son más cachondos!

C.: —Ah, bueno, eso sí.

F.: —En el Polo Sur sí, hombre, tienen sus... oye ellos, ¡buah!, ya ves...

C.: —La gente del Polo Sur es una gente cachonda que... ¡buh, madre mía!

F.: —Bueno, todo el año están trabajando ellos para las fiestas, o sea, todo el año...

C.: —Tienen la Feria de Abril del Polo Sur, bueno...

F.: —¡Bueno, eso es una maravilla, hombre!

C.: —Vamos, eso... hay que estar allí.

F.: —Eso hay que verlo.

C.: —Hay que estar allí... Eso, los señoritos en focas subidos y tal, eso hay que estar allí para verlo... Aunque, te advierto una cosa, Arroyo, están picados con el carnaval de la Antártida.

F.: —Sí, porque ellos tienen allí sus cosas, sus tonadillas, y sus cosas...

C.: —Sí, las chirigotas...

F.: —Chirigotas, y cosas de ésas... Eh... esto... cómo era ésa... «El elefante marino, la foca y el pingüino, lalalá...». Es que hace mucho que fui y no me acordaba.

C.: —Sí, están picados y tal, vas por cualquier calle de la Antártida y no tienen más que chirigotas, y tal.

F.: —Sí, trabajan todo el año, todo el año están trabajando para las fiestas, porque, bueno, allí... trabajar, en fin, bueno. Lo que pasa es que ellos ahorran mucho porque no tienen gastos allí en el Polo, apenas tienen gastos, bueno, se toman una coca-cola de vez en cuando y el hielo lo tienen gratis, o sea que...

C.: —Bueno decimos del Polo Sur, pero el Polo Norte también está muy... ¿eh?

F.: —Son campechanos.

C.: —Las fiestas, o sea, la fiesta que hacen el 7 de julio los mozos lapones, ahí...

F.: —La suelta de la foca.

C.: —Que sueltan a la foca y van con la foca y tal, dándoles cabezazos...

F.: —A los chavales con una barra de hielo, bum, bum, bum.

C.: —Y la foca «emperrecida» dando cabezazos, ¡bbbruuuhh!

F.: —Hay que verla en la curva esa de, cómo la llaman, no sé qué...

C.: —Sí, en la curva de Rovaniemi...

F.: —Unos golpetazos y unas cosas, por el hielo, a ver, claro.

C.: —Bueno, perdóname, Arroyo: y la Semana Grande de Groenlandia... ¿Qué me dices?

F.: —Hombre, eso es digno de ver, vamos.

C.: —Eso, hay que estar allí, hay que estar en Groenlandia para ver qué semana más grande... O sea, es que, ¡hala, venga! ¿Cuánto hace falta? ¿Mil? ¡Pues dos mil!

F.: —No es grande, es enorme.

C.: —Es enorme, o sea, y es que es en agosto, además, o sea, a Groenlandia hay que ir en agosto.

F.: —Sí, sí. Sí, bueno, si vais, por favor, el clima engaña, ¿eh?, os lleváis una rebequita o algo, porque, de verdad, ¿eh? Luego, a la caída de la tarde, dices «¡Joder, hace un biru...!».

C.: —¡Coño, o el chiriviri!

F.: —O el chiriviri, que cae granizado, macho. Cosas del hielo.

C.: —Sí, bueno, queridos amigos, después de esta breve introducción cultural, vamos a contar un chiste de un esquimal, que por eso era la introducción, un esquimal que va caminando con su... tío y sobrino, que van cami...

F.: —¡Espera, espera, no! Es que lo estás contando mal, no, no es así. Esto es padre e hijo... Es que lo estabas contando mal.

C.: —Bien, son dos esquimales que son a la sazón padre e hijo y van caminando y, de pronto, dice el hijo: «¡Papi, papi! Cuando tenga veinte años, ¿qué seré?».

F.: —No, no, no, así no es, así no es, calla, calla. Dice: «¡Papi, papi! Cuando tenga veintiún años, ¿qué seré?». ¡Es así el chiste!

C.: —«¡Papi, papi! Cuando tenga veintiún años, ¿qué seré?». Dice: «¿Tú sabes idiomas, imbécil? Tú no sabes nada más que cosas de esquimal y cosas así, pues, ¿tú qué vas a ser de mayor? ¡Pues esquimal! ¿Qué vas a ser, imbécil? ¡Aaaaay...!».

Total, que siguen caminando, y, al cabo del rato, dice el hijo: «Papi, papi, ¿cuando tenga cuarenta años...?».

F.: —Espera, espera... «Papi, papi, cuando tenga cuarenta años...», sí, es así. Si al final va a ser el mismo chiste, ya verás.

C.: —Dice: «Papi, papi, cuando tenga cuarenta años..., ¿qué seré?». Dice: «¿Tú tienes estudios, imbécil...?».

F.: —«¿Tú tienes estudios, imbécil, majadero, pequeñajo, eh? Que están calentando y me voy a ir para abajo».

C.: —«Sinvergüenza... Pero tú no tienes estudios, no lo aprovechaste cuando era menester, que estabas en la flor de la edad, ahora, ¿qué vas a ser el día de mañana? ¡Pues esquimal! ¡Como todo el mundo, todo el mundo de aquí, de esta fiesta!», y tal. «Bueno, bueno». Y siguen caminando. Ellos vivían en un iglú adosado precioso, ¿no?, y van caminando por la Avenida de los Hielos, y venga a caminar, y al cabo del rato dice: «Papi, papi, es que me está carcomiendo una idea y estoy hasta los huevos de que me carcoma, ¿no? ¿Me podrías contestar a esta pregunta? Cuando tenga sesenta y dos años, ¿qué seré?». Dice: «Bueno, el imbécil este... Pues con esas prerrogativas que he dicho antes, ¿qué vas a ser el día de mañana? ¡Pues esquimal! Además, ¿por qué lo preguntas?». Dice: «¡Es que tengo un biruji...!».

F.: —Dice: «¡Es que tengo un frío que, jooo...!»». Es que el chaval tenía frío.

C.: —¡Es que allí están a bajo cero!

F.: —¡Claro, lógico!

C.: —Es que ¡como no habéis ido nunca a Groenlandia, claro!

F.: —Bueno, no lo habéis entendido, bueno, es igual. Oye, pues que haya paz en el mundo.

C.: —Oye, lo importante es tener salud y tal, ¿eh? Disculpádnos, ¿eh? Perdonad, ¿eh? Adiós.

F.: —Adiós. Adiós, amigos.

Capítulo octavo



CANSADO: —Buenas noches, amigos, bienvenidos una vez más, *welcome to the show*, nosotros estamos muy contentos de estar aquí y que estéis tanta gente aquí, porque nosotros todo, todo, todo esto lo hacemos exclusivamente ¡por la pasta!

FAEMINO: —Bien dicho, bien dicho, gracias, gracias. Sí, nos gusta la pasta, ¿y qué? Amigos, sí... ¿Y por qué nos gusta la pasta? ¿Y para qué sirve la pasta? Pues para pagar la... de alquiler, que no se paga sola.

C.: —Después de esta... Vamos a empezar ya el...

F.: —Te voy a decir una cosa: esto parece fácil. Lo parece, ¿no?

C.: —Sí.

F.: —¡Pues una mierda, va a ser fácil!

C.: —Bien, ya estamos pasando, afortunadamente, el ecuador...

F.: —Tatá, tatá, ¿has visto?

C.: —Qué sorpresa, que estás...

F.: —Pasando el ecuador, mira.

C.: —Ah, por la cuerda floja.

F.: —Sí, señor, ahora voy a pasar el meridiano, mira... bapa, bapa... mira cómo paso el meridiano.

C.: —Ah, o sea, el ecuador y el meridiano.

F.: —Sí, señor.

C.: —Y sabrás pasar, yo qué sé, el trópico de Cáncer y el trópico de Capricornio y tal...

F.: —Sí señor, sí señor. ¿Quieres que pase el paralelo?

C.: —¿El paralelo?

F.: —Mira... bambingú, bambingú, papa-parapapa-papá... Es el paralelo de Barcelona, chaval.

C.: —¡Qué buen humor tiene mi compañero Faemino! Bien... Ja, ja, ja.

F.: —Ja, ja, ja. ¡Qué buen rollo! Ja, ja, ja.

C.: —Hemos empezado de verdad a... ja, ja, ja.

F.: —Buen rollo, buen rollo.

C.: —Bien, queridos amigos, empezamos ya con un *sketch*, la primera vez que hacemos nosotros una cosa histórica, me parece.

F.: —Eeeh, sí.

C.: —Bien, empezamos con un *sketch* histórico, y comenzamos inmediatamente.

F.: —Ya, pero ya, vamos, empecemos, a currar.

Segovia 'anni' CVIII

CANSADO: —*Pom, pom, pom.*

FAEMINO: —¿Qué pasa? Pasa.

C.: —Ave, Tretor Cayo Valerio.

F.: —Ave, arquitecto Casio Priego.

C.: —Tengo un problema. Hola, ¿qué tal estamos?

F.: —Pues, mira, aquí estoy. De verdad que estoy de cochinito hasta el gorro, macho... Joder, mira: donde estén los espaguetis, que se quite el cochinito, aunque sean con cochinito los espaguetis, pero oye, espaguetis.

C.: —¡Tretor!

F.: —Oye, y recogido ya tu rebaño, dime, ¿qué nuevas me traes?

C.: —Tretor, ¿qué tiempo llevamos los romanos aquí en Segovia?

F.: —¿Hoy qué es?

C.: —Martes.

F.: —Doscientos años.

C.: —¿Y qué hemos hecho nosotros por Segovia?

F.: —Hombre, hacer, hacer... pues mira, hemos hecho las termas...

C.: —Bueno, las termas.

F.: —Hemos hecho la calzada romana...

C.: —Bueno, la calzada romana.

F.: —Hemos hecho ahora un carril de aceleración...

C.: —Bueno, el carril de aceleración. Pero ¿qué hemos hecho por el turismo de Segovia?

F.: —No os comprendo.

C.: —O sea, sí. Los turistas vienen aquí a Segovia por las calzadas, acelerando o decelerando y van a las termas, pero una vez que están en las termas ¿qué visitan? Si es que no hay Alcázar hasta el siglo XVII...

F.: —Eso es verdad.

C.: —Se aburren. Hay que buscar algo, hay que darles un acicate, algo que digan: «¡Vámonos todos a Segovia, que se está muy bien y hay unos monumentos muy bonitos!».

F.: —Eso es verdad.

C.: —Claro que es verdad.

F.: —Porque el otro día estuve allí en Emérita Augusta, que ellos siguen empeñados en llamarlo Mérida...

C.: —Yaaa...

F.: —Digo: pero, vamos a ver, ¿cómo viene en el mapa?

C.: —Emérita Augusta.

F.: —Pues no señor: Mérida.

C.: —Vaya por Dios.

F.: —Digo, pero ¿qué trabajo os cuesta decir Emérita Augusta? No señor: Mérida.

C.: —Bueno y, al grano, ¿qué pasó allí en Emérita Augusta?

F.: —Pues que estuve viendo el teatro que han construido allí.

C.: —¡Hombre!

F.: —¡Un teatro romano...!

C.: —¡Un teatro romano! Pero... o sea, otra cosa no, pero ¡romano!

F.: —Pues nada, que tienen ya programado, yo qué sé, hasta... dos años, me parece que tienen programado ya, aunque siempre, lo mismo de siempre.

C.: —Claro que sí.

F.: —Los clásicos.

C.: —Los clásicos.

F.: —Aristófanes, Aristóteles...

C.: —Bueno, en esta época, ¿qué van a poner? Pues clásicos, a ver.

F.: —Y me parece que va a venir Luis Cobos, macho.

C.: —Pues a eso es a lo que yo voy, justo ésa es la idea. Un monumento para Segovia, tengo aquí preparada la maqueta.

F.: —A ver.

C.: —A ver si os gusta, Pretor.

F.: —Aquí no hay nada.

C.: —Es que he hecho un...

F.: —Que le corten la cabeza.

C.: —He hecho un curso de magia, mirad ahora Pretor, ah.

F.: —¿Y esto qué es?

C.: —¿Cómo que qué es? El acueducto de Segovia.

F.: —¿Y qué? ¿Qué es esto?

C.: —Pues un mirador, para mirar a la ciudad, con pisos, un ascensor que sube y baja, todo de metal... Bueno, una ingeniería maravillosa.

F.: —Y esto, pero ¿me lo vas a construir así de alto?

C.: —No hombre, o sea, ciento cincuenta metros, así.

F.: —Mmmm... Un mirador, un mirador.

C.: —¿Te gusta para aquí, para Segovia?

F.: —No, es que para Segovia no lo veo, es que, chico, yo qué sé, todavía en Pisa, por ejemplo, como el acueducto inclinado de Pisa, por ejemplo, podía ser... O qué sé yo, pues mira, pues por ejemplo, a lo mejor lo podíamos poner en el mar Mediterráneo, como mirador.

C.: —¿Para ver qué?

F.: —El mar.

C.: —¿Qué mar?

F.: —El Mediterráneo.

C.: —¿De verdad que no os gusta? Es que está pensado para aquí, para Segovia.

F.: —¿Y para Valencia, para ver las fallas?

C.: —No, mira, es que esto está especial para Segovia, o sea, aquí en el segundo piso, hay un sitio para asar... Hornos, o sea, hornos...

F.: —No me confundáis.

C.: —Y después de asar... los hornos... Una vez calentitos los hornos, ¡hala, a meter cochinitos y corderos!

F.: —Ah, poner un restaurante.

C.: —¡Claro! Y giratorio, que todo gire, así, pimpam, pimpam.

F.: —Pero de corderos nada, ¿eh?

C.: —Ah, ¿no?

F.: —No, no, no, ni cochinitos ni nada, no señor, pizza, pizza, a hacer pizzas. ¡Y ya está, se me ha ocurrido una idea! Tener una flota de cuádrigas debajo para repartirlas a domicilio.

C.: —¿Las pizzas?

F.: —Claro.

C.: —¡Huy, qué buena idea!

F.: —Oye, una cosa: ¿habéis pensado aquí en la base...? ¿Cómo resolverlo y eso?

C.: —Mmmm...

F.: —A lo mejor no he hecho bien la pregunta. Me refiero, el tema de la calzada, ¿cómo lo habéis resuelto?

C.: —Pues, muy fácil. Y te podía haber respondido antes también. Los coches, en el futuro, podrán pasar por debajo.

F.: —Jo, es que los romanos somos la pera, ¿eh?

C.: —Somos listos.

F.: —Muy bien, pues me lo vais a construir, pero no con materiales de esos modernos, no, no, no, de piedra, de piedra.

C.: —Me habéis dejado de ídem.

Programa de víctimas de la televisión

CANSADO: —Otra vez aquí, para contar mi caso, mi grave caso, he venido aquí a un programa de víctimas de televisión para explicar lo que me pasa y espero que ustedes me comprendan. Yo soy empresario, tengo una empresa de construcción y he contratado a moros de éstos, gente que no tiene apego a la vida ni nada, y los contratos sin seguro y sin nada, ¡baaaah...! Y entonces, el otro día, se cayó uno por el hueco de un ascensor de un cuarto piso y se ha roto las piernas, y ahora, ¡que quiere una

indemnización! Y como yo le digo: «¡Si tú no eres español!». Y lo que pido, por favor, desde aquí, desde este programa de víctimas, es que se tenga en cuenta que soy español, y que entonces, quería irme de vacaciones a las Seychelles con mi mujer y mis hijos, y no puedo ir porque tengo que darle cuatro millones al *marroquí*, y mi mujer se ha divorciado.

FAEMINO: —Buah, buah, eso no es nada.

C.: —Y no tiene gracia, da igual, pero es un número combativo, me da igual.

F.: —No, no, eso no es nada. Mira el tío víctima: lo grave es lo mío. ¡Quítese, hombre, quítese!

C.: —¡Qué pasa! ¿Cuál es su problema? ¡A ver!

F.: —¡Qué, qué! Pues mire usted, el mío sí es un problema, ¡tío víctima!

C.: —¡A ver, listo! ¿Cuál es su problema?

F.: —Pues mire usted, yo soy sevillano y no me gustan las sevillanas: eso sí que es un problema.

C.: —¡Venga ya!

F.: —¡Sí señor!

C.: —¡Eso no es un problema ni es nada, el problema es lo que me pasa a mí, eso sí es un problema! ¡Yo soy gallego, señor mío, yo soy gallego!

F.: —¿Y dónde está el problema?

C.: —Pues ahora se lo voy a contar. Vivo en Melbourne, Australia, y no tengo morriña ni nada. Eso es un problema, ¡eso sí que es un problema!

F.: —¡Baaah, baaah! Eso no tiene..., mira, el tío víctima: «Es que yo soy el víctima, es que yo soy el víctima». Lo mío sí que es, que yo soy una víctima, sí señor, de la sociedad.

C.: —¡A ver, a ver, listo, a ver qué problema tienes, a ver!

F.: —Pues yo soy cirujano neurovascular...

C.: —¡Huy, cirujano neurovascular, huuy!

F.: —Sí señor, sí. Y tengo complejo de inferioridad. ¿Qué pasa? ¿Eh? Eso sí que es...

C.: —¡Oh, eso no es nada! Vamos a ver si se puede mejorar esto. Yo soy de Bilbao, y además soy catedrático de neurocirugía de Oxford, y me creo una persona del montón, una persona normal...

F.: —¡Eso no es ningún problema! El problema es el mío. Yo soy crítico de cine, ¿eh?, y me gustan las mismas películas que a todo el mundo.

C.: —¡Imposible superarlo, eso sí que es un drama!

F.: —Problemas...

Cómo salir de Sing-Sing

CANSADO: —Bien, luego, después del espectáculo vamos a sortear un coche entre todos vosotros: un coche antiguo, ¿eh?, no penséis... Bien, eeh... Qué va, qué va, ¿qué va?

PÚBLICO: —¡Yo leo a Kierkegaard!

C.: —Bien, perfecto. Este verano... La gente viaja mucho y se mete en muchos líos. Entonces, hoy vamos a dar un paso cualitativo: vamos a explicaros qué hacer si os pillan en un marrón, no aquí en la península, sino, por ejemplo, en Estados Unidos. Qué hacer si os pillan en un marrón y os meten en la cárcel, como, bueno, en una penitenciaría, que no es lo mismo, y qué hacer para salir de ella, por ejemplo, yo qué sé, de Sing-Sing. Bueno, cuando quieras, Carlos: cómo salir de Sing-Sing.

FAEMINO: —Hola, no puedo salir.

CANSADO: —Usted no puede salir, *yes, the door is closed*.

F.: —Sí, *door is closed*, no puedo salir. He de salir, gracias.

C.: —Usted necesita las llaves.

F.: —Sí, yo, usted me da llave, y yo salgo, y ya vuelvo.

C.: —No, error.

F.: —No.

C.: —La construcción gramatical ha sido errónea, pruebe de nuevo.

F.: —Puerta *is closed*.

C.: —*Yes*.

F.: —Yo salir.

C.: —*Yes*.

F.: —Treinta *minute*, volver.

C.: —*Yes*.

F.: —No, yo quince *minute*.

C.: —*Okey*.

F.: —Mejor, y volver.

C.: —*All right*.

F.: —*All right*.

C.: —*Is all right*.

F.: —*Is all right, yes*.

C.: —Salga. *Going out, please, friend*.

F.: —*Yes. Oú le keys, ou le keys*.

C.: —*Over there*.

F.: —Voy fuera, salgo y ya vuelvo.

C.: —Yes, going out, yes, yes.

F.: —Y ya... después. O sea, no antes, no, después.

C.: —Después.

F.: —Salgo con unos amigos. Usted no, yo. Salgo, me da la llave y salgo con unos amigos, quince *years*, no *minute*, bueno, mejor *years*.

C.: —Quince *minute*.

F.: —No *years*.

C.: —*Year*.

F.: —*Ouh yeah*.

C.: —Usted sale por aquí...

F.: —Sí, por la puerta, no olvidemos, por la puerta.

C.: —Sí, sí, *but, but, the door is closed, but I like it*.

F.: —Nooo, ¿*door is closed*?

C.: —*Yees*.

F.: —¡*Combien!* No. *How much is closed*?

C.: —*With this keys*.

F.: —*Keys*. Yo voy a por tabaco y vuelvo.

C.: —*Fifty minutes*.

F.: —*Yes*, tabaco.

C.: —Oh, yo tengo tabaco para ti, amigo.

F.: —No, tabaco no, es malo. No tabaco, ¡uagh!, repugnante. ¡Qué asco! ¡Qué asco de tabaco!

C.: —Grite, grite.

F.: —*You* extranjero, yo gritar: ¡no, tabaco malo, yo salir a por puros! Le traigo uno a *mister* y vuelvo.

C.: —No, venga, para allá, para allá, *over there, over there*, para allá, para allá.

F.: —Nooo...

C.: —No, *over there, over there*.

F.: —*Pleasssse...!*

C.: —No, además, ya estoy harto: me va acompañar al calabozo de la prisión.

F.: —¡No, no señor!

C.: —¡Sí, al calabozo de la prisión!

F.: —¡No, no señor!

C.: —¡Sí!

F.: —No, qué va, qué va, ¿qué va?

PÚBLICO: —¡Yo leo a Kierkegaard!

C.: —Salga, salga.

F.: —¿Cuál es?

C.: —Ésta.

Famosos en acción

¡Y ahora, con todos ustedes, los magníficos imitadores Beodos Brother!

FAEMINO Y CANSADO: —¡Hola, buenas noches amigos, buenas noches, buenas noches a todos! Nosotros somos imitadores, ¡imitamos, además, a famosos en acción! ¡Famosos en acción! ¡Famosos en acción! ¡Famosos en acción!

C.: —Esta noche vamos a imitar a todo tipo de gente de esa cadena... de Antena 3.

F. y C.: —¡Antena 3, popopopopó! ¡Famosos en acción! ¡Qué... Brother! ¡Brother, hermanos! ¡Famosos en acción!

C.: —Vamos a empezar, queridos amigos, vamos a empezar imitando al tío ese de los telediarios de las corbatas.

F.: —¡El de Antena 3, popopooó! El tío de las corbatas, ¿cómo se llama...?

F. y C.: —¡Manuel Campo Vidal! ¡Manuel Campo Vidal! ¡El tío de las corbatas! ¡Antena 3! ¡Famosos en acción! ¡Manuel Campo Vidal! ¡Manuel Campo Vidal!

C.: —Manuel Campo Vidal, esperando el ascensor.

F.: —Click, pom, pom, pom. «¡Ascensor!».

C. y F.: —¡Famosos en acción! ¡Famosos en acción! ¡Famosos en acción! ¡Antena 3! ¡Antena 3!

C.: —Bien, vamos a seguir imitando a famosos en acción, vamos a imitar... Mmmm... ¿A quién podemos imitar? Mmmm...

F.: —Vamos a imitar a... mmmm... José Pamplona. Bueno, Pepe Navarro, yo qué sé. Pues, ya está, el de las corbatas.

C. y F.: —¡Antena 3! ¡Antena 3! ¡Corbatas!

C.: —Bien, vamos a imitar a Pepe Navarro.

C. y F.: —¡Pepe Navarro! ¡Pepe Navarro! ¡Pepe Navarro!

C.: —Bien, vamos a imitar a Pepe Navarro, en el mercado, haciendo cola para comprar pescado. ¡Pepe Navarro!

F.: —«¡Oiga, por favor! ¿No es usted José Pamplona?».

C. y F.: —¡Famosos en acción! ¡Antena 3! ¡Antena 3! ¡Famosos en acción!

C.: —Bien, y ya, como colofón absolutamente brillante, como colofón vamos a imitar juntos en *Famosos en acción* a ¡Manuel Campo Vidal!

C. y F.: —¡Manuel Campo Vidal! ¡Y a Pepe Navarro! ¡Manuel Campo Vidal y Pepe Navarro!

F.: —Vamos allá.

C.: —En el ascensor. Hago yo el ascensor, espera.

F.: —Bueno, vale, venga.

C.: —Tú estás esperando el ascensor.

F.: —Sí. Click.

C.: —Yo voy en el ascensor.

F.: —Tengo más. ¡Clin!

C.: —Yo voy al quinto.

F.: —Yo voy al sexto.

C.: —O sea, que yo me bajo antes.

F.: —Sí. Vaya calor, ¿eh?

C.: —Está el mercado cada día peor.

F.: —La crisis. ¡Clin!

C.: —Bueno, yo me bajo aquí.

F.: —Vale.

C. y F.: —¡Famosos en acción! ¡Famosos en acción! ¡Famosos en acción!
¡Antena 3! ¡Antena 3!

El chiste de los Jubilados que hacen “puenting”

CANSADO: —Hola, buenas noches a todos, de que buenas noches, lo cual que muy buenas noches. Es un placer estar aquí con todos ustedes en este marco...

FAEMINO: —El otro día me fui con el coche, macho. Me fui de viaje con el coche.

C.: —Vale, buenas noches a todos. Es un placer estar aquí con estas noticias que nos llegan desde todas partes. Buenas noches, vamos a contar esta...

F.: —Ya ves. Estuve en Sevilla, me fui a lavararlo allí.

C.: —¿El coche?

F.: —Sí señor. Ya ves.

C.: —¿Y cómo se te ocurrió tan... idea, sinvergüenza?

F.: —Pues mira, digo, voy a coger el AVE... Y me fui viendo las instalaciones, viendo las vías a ver si estaban puestas o no, que no me lo creía yo.

C.: —¿Y estaban puestas?

F.: —Están todas, macho. Las dos: una y dos.

C.: —Claro, la de ir y la de venir, claro.

F.: —Sí, señor. Y me estuve fijando, y les voy a proponer una cosa a los ayuntamientos, ¿sabes cuál?

C.: —No.

F.: —Tirar a tomar por culo la Giralda. Sí señor, sí señor.

C.: —¿Le vas a proponer eso al ayuntamiento de Sevilla?

F.: —Sí señor, en persona, se lo voy a decir yo, ¿sabes por qué?

C.: —Nooo.

F.: —Porque me he dado cuenta de que la gente va a los sitios por los monumentos, y no señor: ¡se derruyen todos los monumentos!

C.: —Sí señor.

F.: —Destruídos. ¡En Burgos también! ¡Fuera!

C.: —¿La Giralda la vas a tirar en...?

F.: —No hombre, no, la Giralda no... La de Burgos, ¡la de Burgos! ¡La Giralda de Burgos, no! ¡Otra!

C.: —¿Qué tiras entonces en Burgos?

F.: —Calla, tú... Pues morcillas, joder. Vamos a derruir las morcillas.

C.: —Ah, la catedral. En Burgos tiras la catedral.

F.: —¡Claaaaro!, y fuera. El que vaya a los sitios, que sea por el interés de la ciudad mismo.

C.: —¡Ah! O sea, por los paisanos y tal.

F.: —¡Claaaro!

C.: —Nada de «no, es que yo voy a Burgos por la catedral». No señor.

F.: —No señor. Si ya no está, si ya no está la Giralda, ¿ahora qué?

C.: —Burgos, mucho... Toda la gente que vaya nada más que a ver las casas, a las personas, pero nada de «no, es que esta catedral es del siglo xv...». ¡Pues no está, señores!

F.: —Si no, la pintamos de gotelé.

C.: —Se lo vas a proponer tú también eso, ¿no?

F.: —También, al ayuntamiento.

C.: —Si no quieren una cosa, ¡toma dos tazas!, ¿no?

F.: —Sí señor, sí señor. Con baldosines, vamos a poner baldosines a los monumentos.

C.: —Bien, queridos amigos, vamos a contar esta...

F.: —¡Pareces moderno, ye-yes!

C.: —Queridos amigos, esta noche vamos a contar un chiste *merveilleux*, que es un chiste...

F.: —¡Joder!

C.: —O sea, ¿que yo no puedo viajar cuando quiero a Lyon? No te jode, ahora el listo este. Tengo parientes en Lyon.

F.: —Vale, vale, bueno.

C.: —Queridos amigos, vamos a contar esta noche un chiste muy bonito que es el de los jubilados que hacen *puenting*. ¿Lo conocéis... el chiste?

F.: —No lo conocen.

C.: —Que son unos jubilados muy marchosos que dicen: «Vamos a hacer

puenting». ¿No? ¿No lo sabéis? Bueno.

F.: —Lo vamos a contar.

C.: —Esto son unos jubilados que son matrimonio y ya hasta han cumplido las bodas de platino de matrimonio y...

F.: —Son datos que vamos dando.

C.: —Claro, para que nos encariñemos más con la problemática social de nuestros días, ¿no? Y están los dos allí, ociosos y aburridos, y dice ella, que es muy campechana, así como muy lanzada, dice: «Evaristo, vámonos al club de la tercera edad, a pasarlo cañón».

F.: —Llegan allí, al club ese, un club... pero de lujo, ¿eh?

C.: —Un club de esos del Inverso que dices ¡madre mía!

F.: —Con su dominó, con sus parchises...

C.: —Para jugar al mus, para jugar al tute...

F.: —Con sus mesas para jugar al dominó...

C.: —Bueno, o sea...

F.: —Con sus mesas para jugar al parchises... Con sus sillas...

C.: —O sea, lujo.

F.: —Con sus váteres... Bueno, de lujo, en fin, ¿qué vamos a decir? De lujo.

C.: —Conque van ya al club del Inverso ese, un club, o sea, todo de lujo, o sea, a tutiplén ¿no?, de arriba abajo todo a tutiplén ¿no? Y entonces, va allí y se pone allí, pues lo típico, ¿no? dice: «Vamos a jugar al dominó», y tal. «Yo no sé, cariño». «Bueno, pues vamos a jugar a otra cosa» y tal... Conque, en ese momento, que era sábado por la mañana, *sábado per la matina*, que dicen fuera, en los países transalpinos, y entonces...

F.: —Tú eres un viajado, ¿eh, macho?

C.: —Bueno, voy a proponer yo al italiano que tiren a tomar por culo todo el Renacimiento, ya verás qué gracia.

F.: —La torre de Pisa, que ya...

C.: —A cabezazos la vamos a tirar, la torre de Pisa. Bien, queridos amigos: están allí, entonces, en el club del Inverso y es sábado por la mañana y aparece un monitor de tiempo libre, de esos que dicen: «¡Bueno, jubilado, vamos...!», o sea, «jubiladito».

F.: —No olvidemos que es de lujo.

C.: —«Vamos a hacer cosas, pues, experiencias de éstas de tiempo libre y tal».

F.: —«Sí, de éstas, pues, ramping, plunting, sempoing, ponking, tanking... y De la Quadra Salcedo, también».

C.: —Conque dice: «Hoy, queridos amigos, voy a explicar cómo se hace *puenting*». Con que les explica... vamos a hacer *puenting*... porque con esto, lo otro, tira para allá, tira la goma elástica, te tiras detrás de la goma elástica, te atas... Bueno, lo que es eso, ¿no? Les explica todo lo que es la problemática de los jubilados y tal,

para ir de acá para jubilado, tener que poder ir al Himalaya de jubilado y tal, ¿no? Y, entonces, dice: «Bueno, la semana que viene haremos *puenting*», y ella...

F.: —«Podemos hacer ping-pong».

C.: —Pong-ping, todo acaba en pin. Bien, conqué...

F.: —Huy, qué finolis, por favor. Todos pin, por favor.

C.: —Conqué dice: «La semana que viene vamos a hacer *puenting*». Y ella, o sea, la señora Mari Carmen, pues, digamos, se enamora del monitor de tiempo libre, porque claro, es un chaval de 1,85, así, cachas y tal...

F.: —Claro, y está más bueno que el maíz.

C.: —Hombre, o sea, al marido lo quiere, pero dice: «Mira, para el sexo este hombre y luego, para el amor, mi marido». Conqué, bueno, empieza a flirtear y tal, y pasa una semana, y ella que no vive nada más que pensando en el *puenting*, «¡Oh, qué bien...!», venga pensando en el *puenting*, pensando en el *puenting*, «pues yo voy a hacer *puenting*». «¡Pues yo no voy!», decía el marido celoso, «no, yo no voy, yo no voy». «Vente a hacer *puenting*, Evaristo, que lo vamos a pasar cañón, y tal, y nos jugamos un dominó en el autobús y tal». Bueno, conqué van allí al puente, a hacer *puenting*... Y *puenting*, para las personas que no lo sepan, les diremos que es tirarse así como si fuera un loco por un puente... Que estás desesperado, pues haces *puenting*, ¿no? Y, entonces, llega la señora esta, y como es un poco mayor, o sea, va a partir del puente equivocado y cae, ¡bum!

F.: —«¡Uaaaaaaaah!» y va bajando, bajando, y dice: «¡Huy, la que voy a dar yo aquí, por Dios! ¡No, no! Yo, antes de estrellarme contra el suelo y reventar como un..., yo lo que voy a hacer es estirar la mano a ver si me sujeto a algo». Y, de repente, ¡uaca!, se encuentra así unos matorrales y entonces, se queda así la mujer: «¡Eaaaaaaah, por favor!».

C.: —Y él, el monitor de tiempo libre, que también la quería, se acerca a... «¡Eeeeh, Mari Carmen! ¡Que oigo tu voz melodiosa! ¿Qué haces ahí?».

F.: —«¡Pues mira, cariño!».

C.: —«Sssshhh, no me ponga en un compromiso».

F.: —«¡Que estoy aquí, suspendida!».

C.: —«¿Que estás ahí suspendida?».

F.: —«Sí».

C.: —«¡Qué coño suspendida! ¡Por lo menos un notable alto!».

F.: —«¡Hombre, pero altísimo, ya ves!».

No estaba suspendida, estaba aprobada.
Con notable.

C.: —¿No lo habéis cogido... el chiste?

F.: —Bueno, es igual, oye, pues otra vez contaremos otro a ver si tiene gracia.
Pues ya está.



FAEMINO Y CANSADO. es un dúo español de humoristas que toma su nombre del apelativo artístico elegido por sus componentes, Carlos Faemino y Javier Cansado. Comenzaron su carrera en Madrid, España, con espectáculos callejeros, posteriormente en teatros y continuaron con apariciones en televisión, incluso con un programa propio, hasta la actualidad, en que siguen llenando teatros. Su humor, aunque suele etiquetarse como inclasificable, se puede considerar como absurdo, inteligente y surrealista.

Ángel Javier Pozuelo Gómez (Javier Cansado), nacido en Madrid (Carabanchel) escribía en la revista de su instituto y desde joven diseñaba juegos de mesa para regalar a su familia en cumpleaños. Es la parte más seria y locuaz del dúo. Está casado y tiene tres hijos. Al comienzo se daba a conocer como “Rudy Cansado”.

Juan Carlos Arroyo Urbina (Carlos Faemino) nacido en Madrid el 26 de mayo de 1957, en el barrio de Carabanchel. Actualmente vive con su pareja, Susana Egea.

Se conocieron en Madrid en 1980, donde coincidieron en varios trabajos y crearon una firme amistad. Los primeros espectáculos “oficiales” los dieron al aire libre en el madrileño parque de El Retiro de Madrid, famoso por las actuaciones espontáneas de diversos artistas que allí se daban cita. Fue un domingo de septiembre de comienzos de la década de los ochenta. Ofrecieron cuatro pases esa mañana, con más luces que sombras. El verdadero motivo de aquel comienzo fue recaudar dinero para invitar a comer a sus amigos a un restaurante chino. Desde entonces acudieron regularmente a ofrecer sus espectáculos en El Retiro. Coincidieron con humoristas

como Pedro Reyes y Pablo Carbonell, en la época de mayor y mejor actividad artística del parque.

Actuaron en este escenario durante cerca de cuatro años, llegando a ofrecer espectáculos de más de dos horas de duración. Se les conoció al principio como “Los del mono rojo” (aunque su verdadero nombre artístico era Tato y Kiko), por el atuendo que llevaban por entonces. Más adelante se bautizaron como “Los hermanos Benítez”. Al final de esta época pasaron a llamarse Faemino y Cansado.

En la época final empezaron a compaginar las actuaciones de El Retiro con espectáculos en bares de la periferia de Madrid. De ahí dieron el salto a teatros. Se les empezaba a conocer.

Empezaron en televisión en el programa “Un, Dos, tres” donde se hicieron famosos contando el mítico chiste del águila y posteriormente en el programa infantil Cajón Desastre donde hicieron sketches memorables. Con todo esto consiguieron darse a conocer ante el gran público, hasta tal punto que tuvieron la oportunidad de realizar una serie de dieciséis programas propios de aproximadamente media hora de duración: El orgullo del tercer mundo, emitidos en TVE 2. El programa se grababa en una sala de fiestas y en él empleaban una puesta en escena similar a la de sus espectáculos teatrales, sin apenas decorado y con escasa indumentaria especial. En este programa se acuñó la expresión “yo leo a Kierkegaard”, respuesta del público en un momento de uno de sus gags. Esta frase nació como respuesta a la idea de los productores del programa de que era necesario crear una frase significativa que pudiera hacerse popular. Ellos se lo tomaron a guasa y se inventaron esta expresión pensando que nunca podría calar entre la gente. Pero finalmente se hizo muy famosa y se considera su grito de guerra. Con este programa llegaron a mucha más gente y comenzaron a generar una legión de fans, aunque el capítulo que más se vio no alcanzó el millón y medio de espectadores.

También hicieron apariciones esporádicas en programas de variedades como *Tutti Frutti*, *Pero ¿esto qué es?* o *Vip Noche*.

Se cansaron del mundo televisivo por el ritmo y la tensión que les exigía el rodaje. Desde entonces han hecho apariciones esporádicas en televisión. Lo siguiente que grabaron para la pequeña pantalla fue una serie de vídeos para la colección “Magos del humor”, con otro ritmo más pausado y con mucho control por su parte.

Desde entonces se han centrado en las actuaciones en teatros y han hecho apariciones en medios distintos. El 10 de mayo de 2000 y junto al dibujante Alberto Calvo estrenaron la revista digital lamandibula.com, dentro del ya desaparecido portal canal21.com, con personajes como “Opacman, las aventuras y desventuras del superhombre que no deja pasar la luz a través de su cuerpo”, o con “El Cansamino”, un concurso de preguntas y respuestas en el que gana quien contesta de forma más surrealista a las preguntas que se le proponen. Se creó al abrigo del boom de internet

de finales de los noventa y finalmente cerró pocos años después.

Han aparecido en la radio, fugazmente en el cine y recientemente han publicado dos libros sobre sus espectáculos, con sendos vídeos. También han realizado diversos trabajos separados, si bien Cansado ha sido mucho más prolífico que Faemino.

Sus espectáculos se componen de una sucesión de gags, generalmente sobre situaciones corrientes llevadas al absurdo. Suelen ser historias muy trabajadas y con muchos detalles. No hablan de actualidad, no realizan imitaciones, no hacen chistes sobre políticos ni se visten de ama de casa. Apenas emplean decorado o vestimentas especiales.

Su humor también se considera surrealista porque mezclan lo sencillo y lo intelectual tratando temas atemporales. Buscan la interacción con el público, que debe entender sus juegos de palabras y dobles sentidos. De hecho, recomiendan a su público haber acabado la educación obligatoria para apreciar completamente su humor.

Notas

[1] C. López Puccio, J. Maronna, M. Mundstock y C. Núñez Cortés sorprendieron al mundo porque, procedentes de los rígidos y sesudos conservatorios —eran compositores, instrumentistas y directores de orquesta—, se convirtieron en refinadísimos humoristas. <<

[2] Una de las entrevistas más interesantes y de la que se han extraído algunos comentarios para este artículo la realizó Raúl Minchinela para *Contracultura*, en enero de 1996, también en el *Semanal* de *El Periódico de Catalunya*. Es uno de los escasos artículos en los que Javier Cansado analiza el humor del dúo sin recurrir a su personaje. Con Faemino no se tiene constancia de que se haya conseguido. <<